Los Hollister

Y EL CARNAVAL DE HIELO

16



JERRY WEST

Los niños Hollister aprenden muchas cosas nuevas durante su visita al Carnaval de Invierno y resuelven el misterio del trineo perdido.





Jerry West

Los Hollister y el carnaval de hielo

Los Hollister - 16

ePub r1.1

nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Ice Carnival Mystery*
Jerry West, 1958
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá
Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



UNA SORPRESA INVERNAL



—Nuestro hombre de nieve ya está preparado para que se le ponga la cabeza —anunció, muy orgulloso, Ricky Hollister, a sus hermanos.

—¿Tendremos tiempo de acabarlo antes de ir a la escuela? —preguntó Holly.

—Claro que sí —afirmó Pete, retirándose unos pasos para admirar la gran bola de nieve.

La bola iba a ser el cuerpo del hombre de nieve y los cinco hermanos Hollister la habían hecho en el jardín de su casa.

—¡Oh, qué gracioso! —exclamó Pam, con ojos chispeantes—. Ven, Sue, chiquitina, que haremos la cabeza.

Rápidamente se confeccionó otra esponjosa bola de nieve y los dos chicos la levantaron para colocarla en su lugar. Pero Ricky, que había tenido que ponerse de puntillas, empezó a resbalar hacia atrás. Queriendo evitar el batacazo, el niño echó los brazos alrededor de la cabeza de nieve.

Pero ya era demasiado tarde. El pobre Ricky cayó al suelo y la bola de nieve se estrelló en su cara.

—¡Oh, pobrecillo! —dijo la compasiva Pam—. ¿Te has hecho

mucho daño?

Cuando, entre las partículas de nieve apareció la carita pecosa de Ricky, sonriendo, todos los niños se echaron a reír. No había nada que preocupase o enfadase al pelirrojo Ricky, de ocho años, un año mayor que Holly, la pequeña de trencitas. Sue, con cuatro años y el cabello rubio, era la menor de la familia, y el mayor de los hermanos era Pete, un muchachito guapo y cortés de doce años. Tenía el cabello castaño y le seguía Pam, que era morena y cuya edad era de diez años.



Mientras Ricky se ponía en pie y sacudía la nieve de su rostro, Pam dijo:

—No te preocupes. Le haremos otra cabeza al hombre de nieve.

Pero en aquel momento se abrió la puerta delantera de la casa de los Hollister. Una señora esbelta y sonriente salió al porche.

—¡Es hora de ir a la escuela! —anunció la señora Hollister.

Los niños corrieron al porche, donde la madre dio a cada uno un beso, al tiempo que les entregaba los libros de escuela.

—¡De prisa! —dijo la madre.

Era viernes y el último día de clase, antes de empezar las vacaciones de invierno. De modo que iban a tener toda una semana para jugar en la nieve, suponiendo que el mes de febrero continuase siendo tan frío como hasta entonces.

Los cuatro hermanos mayores llegaron a la escuela en el momento en que sonaba el timbre para entrar. Con las mejillas sonrojadas, se quitaron a toda prisa los abrigos y cada cual corrió a su clase. Pero cada uno de los hermanos Hollister siguió pensando en el muñeco de nieve a medio hacer.

Cuando el maestro le preguntó a Ricky cuántos eran seis por seis, el pecoso estaba adormilado, mirando por la ventana. Al darse cuenta de que le estaba preguntando a él, respondió a toda prisa:

—La cabeza de nieve.

Y todos los niños de la clase se echaron a reír.

Al pequeño le parecía que, aquella tarde, las saetas del reloj se movían más lentamente que de costumbre. Pero, por fin, sonó el timbre de salida y todos se marcharon atropelladamente del colegio. Ricky y Holly fueron de los primeros en llegar a la calle.

—¡Ven! ¡Iremos por el camino más corto y acabaremos nosotros el muñeco de nieve! —dijo Ricky, muy nervioso.

Holly asintió y siguió a su hermano. Cruzando un campo en diagonal, ahorraban tiempo. Los dos tenían que subir montículos de nieve en los que se hundían hasta las rodillas y Holly pas9 algunos apuros. Una vez se detuvo para meter las trencitas dentro de la capucha.

—Espérame —suplicó y su aliento se convirtió en una nubecilla blanquecina.



Ricky tomó de la mano a su hermana y juntos recorrieron el campo, cubierto de nieve. Al entrar en el jardín, los dos se detuvieron en seco, muy asombrados.

—¡Canastos! —gritó Ricky—. ¡Nuestro hombre de nieve tiene cabeza!

—¡Y brazos! —añadió Holly, sin poder creer lo que estaba viendo.

La figura de blanca nieve no sólo tenía cabeza y cara, sino que llevaba, además, un gorro de tricot, cuya punta caía hacia delante, tocando casi la graciosa nariz de zanahoria. Los ojos del hombre de nieve, hechos con dos trozos de carbón, brillaban al sol. Como boca tenía un plátano, con los extremos curvados colocados hacia arriba.

Mientras Ricky y Holly continuaban parpadeando, perplejos, el hombre de nieve empezó a hablar en voz baja y hueca, diciendo:

—¿Qué os pasa? Me hacía falta una cabeza para pensar. Por eso, mientras vosotros estabais en el colegio, me he hecho una.

—¡Pero… pero si está hablando! —gritó Holly, despavorida.

En aquel momento llegaban Pete y Pam, que quedaron inmovilizados al oír hablar al hombre de nieve, el cual, con voz cavernosa, añadió:

—¡Jo, jo! Parece como si nunca hubierais visto hablar a un hombre de nieve. Vosotros sois los Felices Hollister, ¿verdad?

Con voz débil y estremecida, Holly sólo pudo contestar:

—Ssss… sí.

Al momento, los labios de Pete se abrieron en una alegre sonrisa. Inclinándose, el muchachito cuchicheó algo al oído de su hermano pequeño. Ricky también sonrió y, agachándose, caminó de puntillas hasta la parte posterior del hombre de nieve.

—¡Sal de ahí, abuelito! Te hemos reconocido —dijo.

Al oír aquello, los otros tres se acercaron, también, y encontraron a Ricky dando tirones de un hombre cubierto con un abrigo impermeable y gorra de cuero, que reía de buena gana, oculto tras el muñeco de nieve.

El abuelo de los Hollister era delgado, pero vigoroso. Tenía la nariz recta y una sonrisa jovial. Mientras abrazaba a sus nietos, dijo:

—Espero que no os importe que haya terminado vuestro hombre de nieve para gastaros esta broma.

—Nos ha gustado mucho —le aseguró Pam—. ¡Qué contenta estoy de que hayáis venido! ¿Desde cuándo estáis aquí?

—Desde esta mañana, al poco de haberos ido vosotros al colegio.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis? —preguntó Holly.

—Pocos días. Vuestra abuela y yo nos dirigimos a Quebec, a ver el Carnaval de Invierno. Y se nos ocurrió venir primero a veros.

—¿Dónde está la abuelita? —preguntó en seguida Holly, mirando a su alrededor.

Mientras Holly estaba hablando, la señora Hollister, protegida por un grueso abrigo, salió al porche. La seguían Sue y una señora de mediana edad con cara redonda y alegre.

—¡Abuelita! ¡Abuelita! —gritaron a un tiempo, los niños, corriendo hacia ella.

La buena señora, entre tantos besos y abrazos entusiásticos, estuvo a punto de caer al suelo.

Los padres del señor Hollister, que ya no trabajaban, vivían en Froston, Canadá, donde tenían un grupo de apartamentos que alquilaban a los deportistas en invierno. Ahora habían dejado el lugar al cuidado de un ayudante, y por eso pudieron salir de viaje.

—¿Qué es «Que-Ve»? —quiso saber Sue.

—Quebec es una ciudad famosa —contestó el abuelo—.

Queremos visitarla ahora para ver el *Mar di Gras*.

El abuelo y los niños se quitaron las botas en el porche y entraron en la casa.

—Cuéntanos más cosas del carnaval de Quebec, abuelito —pidió Ricky.

El abuelo Hollister se sentó en una cómoda butaca. En seguida, Ricky y Holly se instalaron sobre sus, rodillas.

—Veréis —empezó diciendo el abuelo—. El carnaval tiene una mascota que se llama «Bonhomme Carnaval». Es un gigantesco hombre de nieve que pasea por las calles, saludando a la gente.

—Un hombre de nieve que habla… —rió Pete—. ¿Por eso se te ha ocurrido hacer hablar a nuestro muñeco de nieve?

—Sí —admitió el abuelo, riendo, también.

—Pero hay muchas más cosas en el carnaval de Quebec —intervino la abuela—. El desfile de carrozas de la última noche es muy lindo; además, la reina del carnaval y sus damas pasean por las calles nevadas.

—Y no te olvides de la competición de canoas por el río St. Lawrence —añadió el abuelo.

Esto intrigó tanto a las niñas como a los muchachos y en seguida empezaron a hacer preguntas. El abuelo les explicó que la competición se efectuaba con largas canoas, en cada una de las cuales iban cinco ocupantes, que conducían las embarcaciones por el río, lleno de hielo, desde Quebec hasta Levis, en la orilla opuesta.

—Pero ¿qué pasa si alguna canoa tropieza con un trozo grande de hielo? —preguntó Ricky.

El abuelo repuso que los expertos sabían conducir las canoas, esquivando el hielo, por el agua clara.

—¡Caramba! ¡Cuánto me gustaría ver eso! —dijo Pete.

Después que todos tomaron el chocolate caliente con pastelillos, servido por la madre, la traviesa Holly propuso:

—¡Vamos a hacer una guerra con bolas de nieve!

—De acuerdo —contestó el abuelo, levantándose para salir con sus cuatro nietos mayores.

El abuelo, Ricky y Holly tomaron posiciones tras un alto roble. Por su parte, Pete y Pam buscaron protección en unos arbustos de poca altura. En seguida empezaron todos a hacer, con la mayor

prisa posible, esponjosas bolas de nieve. Cuando los dos montones estuvieron completos, Ricky gritó:

—¡Preparados! ¡Apunten! ¡Fuego!

El aire se llenó de volantes bolas de nieve que iban y venían. Una bola se estrelló en el cuello de Holly, que rió alegremente y arrojó su munición con más fuerza que nunca.

Estaban en plena batalla cuando por el camino del jardín, avanzando directamente hacia la línea de fuego, apareció una furgoneta.

—¡Es papá! ¡Es papá! —anunció Pam—. ¡Alto el fuego!

Al volante de la furgoneta se sentaba un hombre atlético, de simpática sonrisa. El señor Hollister era dueño del Centro Comercial de Shoreham, una tienda de ferretería, juguetes y artículos deportivos.

Una gran bola de nieve surcó el aire y fue a parar al sombrero del señor Hollister.

—¡Vamos, Ricky! —protestó el padre—. No has debido hacerlo.

—¡Pero si no he sido yo! —se defendió el pequeño que se volvió en seguida hacia la calle, anunciando— [1]: ¡Ahí está el que lo ha hecho!

—¡Es Joey Brill! —gritó Holly.

Una sola ojeada bastaba a los Hollister para reconocer al camorrista que les estaba molestando constantemente desde que la familia se trasladó a Shoreham.

—¡Vamos, Joey, ven aquí! —llamó Pete—. Haremos una batalla de nieve contigo.

Pero Joey ya se alejaba corriendo, mientras el señor Hollister se sacudía el sombrero.

—No me importa recibir una bola de nieve, pero ésta llevaba hielo dentro —comentó el señor Hollister, volviendo a ponerse el sombrero, sonriente.

En seguida, estrechó la mano que le tendía su padre y le dio unas palmadas afectuosas, diciendo:

—¿Qué tal, papá? Elaine me telefoneó, diciendo que estabais aquí.

Después de la cena se habló más sobre el carnaval de Quebec.

—Nosotros tenemos vacaciones —recordó Pam a sus padres—.

¿No podríamos ir a ver ese carnaval?

—Mamá y yo tenemos un secreto para esas vacaciones —dijo el señor Hollister.

—No es de buena educación tener secretos —observó Holly.

—No lo es —concordó el padre—. Pero éste es un secreto muy especial. No puedo decíroslo ahora.



El señor Hollister cambió inmediatamente de tema, preguntando si ya se había dado a «Domingo» su cubo de avena. «Domingo» era el Burro de los Hollister. Se lo había regalado un ranchero del oeste y vivía en el garaje de la casa.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Hollister—. Me había olvidado

por completo de la cena del pobre «Domingo».

—Yo iré a dársela —se ofreció Ricky.

Y, cuando terminaron de cenar, el pequeño fue al garaje con un cubo de avena. Al ver su alimento, el burro levantó y bajó repetidamente la testuz, diciendo:

—¡Aaa iii! ¡Aaa iii!

—Ya está arreglado, amigo —le contestó Ricky, colocando el alimento ante el hambriento animal.

Hizo más frío durante la noche y, a la mañana siguiente, la nieve crujía bajo los pies. Los niños salieron con sus pequeños trineos individuales.

—Vamos a lo alto de la colina para deslizamos por ella —propuso Pete—. Y nos llevaremos a «Domingo» para que tire de nosotros.

Atando un trineo tras otro, formaron una especie de tren. Luego, engancharon a «Domingo» al primer trineo. Pete anduvo unos pasos junto al burro hasta que todos los trineos quedaron en línea recta. Acto seguido también el chico saltó a su trineo. «Domingo» caminó alegremente, tirando de los trineos, hacia la colina cercana.

—Somos igual que esquimales —gritó Holly—. Pero llevamos un burro, en lugar de perros.

Al poco rato llegaron al pie de la colina donde docenas efe niños se divertían deslizándose por la cuesta, hacia el Lago de los Pinos. Cuando Pete detuvo al burro, uno de los trineos se desvió, súbitamente, de su camino y resbaló velozmente hacía las patas del animal.

UN CARAMELO EMBRUJADO



—¡Cuidado! —gritó Pete.

Inmediatamente se inclinó hacia delante y cogió la barra de conducción del trineo que estaba ya a pocos centímetros de las pezuñas de «Domingo». Al detenerse tan bruscamente, el ocupante del trineo estuvo a punto de salir disparado. ¡Era Joe Brill!

—¡Quita tus manos de mi trineo! —ordenó el chicazo, poniéndose en pie y saltando al suelo.

Pete soltó el trineo y también se puso en pie. Los ojos de Holly brillaban de indignación.

—¡Joey, has querido hacer daño al pobrecito «Domingo», a propósito! Igual que lo hiciste con mi papá ayer.

—Con la bola de nieve quise dar a Ricky —dijo el otro, defendiéndose.

—Era una bola con hielo —acusó Pete—. Sabes que eso no es jugar limpio. No vuelvas a hacerlo, Joey.

—¿Quién va a impedírmelo?

—¡Yo!

Joey miró, entonces, al suelo y sonrió. Luego, sin previa advertencia, dio un fuerte empujón a Pete, que cayó de espaldas por

encima del trineo y se golpeó contra la endurecida nieve.

Aún Pete no había tenido tiempo de levantarse, cuando Ricky, con los puños apretados, embistió contra Joey. El chicazo se defendió y arrojó al pequeño al suelo.

Nunca había visto Pam a Joey peleando con tanta valentía. Pero pronto comprendió por qué lo hacía. Su amigo Will Wilson llegaba corriendo, para ayudarle.

Pete, que ya se había levantado del suelo, saltó por encima del trineo y agarró a Joey por los hombros. Los dos cayeron por tierra y rodaron sobre la nieve.

—¡Ayúdame, Will! —chilló Joey.

Su amigo hizo un movimiento rápido, para dar un puntapié a Pete, pero no lo consiguió, porque Ricky se arrojó a sus piernas y le hizo caer de espaldas. Antes de que Will hubiera tenido tiempo de levantarse, Pam y Holly se sentaron sobre él, mientras Sue se divertía rociándole la cara con nieve.

—¡Dejadme levantar! —gritó el chico y luego, con alaridos angustiados, llamó—: ¡Joey, estas chicas son demasiado para mí! ¡Ayúdame! ¡Socorro!

Un grupo de niños, que se había reunido a mirar, rió alegremente, oyendo a Will. Entre tanto, Pete había logrado quedar encima de Joey y le tenía aplastado contra el suelo.

—¡Basta! ¡Basta! Tú ganas —masculló el camorrista.



Entonces Pete le soltó. Ricky y sus hermanas estaban haciendo reír a carcajadas a los demás niños, porque se les había ocurrido agarrar a Will por las piernas y le arrastraban por la nieve como si fuese un fardo.

—¡Soltadme! ¡Dejadme marchar! —suplicaba el chico.

—Si volvéis a hacerlo, sentaremos a «Domingo» sobre vuestro estómago —prometió Ricky.

Los dos malintencionados chicos se pusieron en pie y se sacudieron la nieve de la ropa.

—Esta vez nos habéis vencido —masculló Joey—. Pero yo me vengaré.

Los dos amigos se alejaron, corriendo, y, cuando estuvieron a bastante distancia, Joey volvió la cabeza para gritar, amenazador:

—¡Os desharemos el hombre de nieve!

Y en seguida desaparecieron, arrastrando sus trineos.

—No podemos permitir que lo hagan, Pete —dijo Ricky, mirando a su hermano con preocupación.

—¡Claro que no! —concordó Pete.

Todos subieron a sus trineos e hicieron que «Domingo» cambiase de dirección, para volver, a toda prisa, por donde había llegado. Pero el burro, que, en general, era complaciente con sus amos, en

aquella ocasión consideró que había llegado su momento de descansar.

—¡Por favor, «Domingo», guapo, date prisa! —suplicó Holly.

A pesar de ello, el burro no se movió.

—Creo que tendremos que soltar los trineos y volver a casa por nuestra cuenta —opinó Pete.

Después de acordar que Holly y Sue se quedasen para convencer a «Domingo» de que había que volver, los otros tres echaron a correr, para ver si alcanzaban a Joey y a Will. Pero los dos chicazos les llevaban mucha ventaja y no parecían más que dos puntos negros en la lejanía. Viendo que no lograban adelantar, teniendo que arrastrar los trineos, Pete y Pam los soltaron.

—Nosotros dos nos adelantaremos, Ricky —dijo Pam—. Lleva tú nuestros trineos.

Los dos hermanos mayores corrieron con toda la rapidez de sus piernas. Pero Joey y Will volvieron la cabeza, y al verles, también corrieron con mayor rapidez. En un momento estuvieron en el jardín de los Hollister. No se veía a nadie.

—Primero le aplastaré la cabeza —decidió Joey.

—Y yo le destrozaré el cuerpo a puntapiés —dijo, orgullosamente, Will, mientras los dos se acercaban al hombre de nieve.

Pero, de pronto, sonaron unas palabras que les hicieron detenerse en seco.

—¡Quietos, chicos! —ordenó una voz, extrañamente engolada.

Joey retrocedió, tan asustado, que los ojos parecían ir a saltarle fuera de las órbitas.

—¿Quién ha dicho eso?

—¡He sido yo! —declaró la voz—. ¿Nunca habéis visto hablar a un hombre de nieve?

Los dos chicos miraron a derecha y a izquierda. No se veía a nadie. Will, con gran dificultad, consiguió abrir los labios en una sonrisa muy extraña.

—No puede haber un hombre de nieve que hable.

—Pues por aquí no hay nadie —objetó Joey—. ¡Yo me marcho ahora mismo!

Los dos chicos salían, veloces como centellas, del jardín de los

Hollister, cuando Pete y Pam llegaron.

—No nos han estropeado el hombre de nieve —dijo Pam, extrañadísima.

La voz dijo entonces:

—No, porque yo se lo he impedido.

Y al decir esto, el abuelo Hollister salió de detrás del hombre de nieve. Pete y Pam rieron con tantas ganas que llegó a dolerles el estómago. Y cuando, a los pocos minutos, llegaron los otros hermanos, todos volvieron a reír, imaginándose el susto que se había llevado Joey.

«Domingo», oyendo tantas carcajadas, levantó la cabeza y dijo:

—¡Aaa iii!

El abuelo explicó a los niños que había salido a pasear al jardín y estaba detrás del hombre de nieve cuando llegaron los dos chicos, hablando de lo que pensaban hacer. Por eso se le ocurrió hablarles, sin dejarse ver.



Esta vez el abuelo acompañó a los niños a la colina. Como ya no había nadie que les molestase, pasaron una mañana muy divertida, deslizándose en los trineos. Después de comer, salieron a jugar en la nieve. Cuando empezó a oscurecer, entraron en casa, con las caritas sonrojadas por el aire frío.

Estaban acabando la cena cuando Pete preguntó:

—Papá, ¿cuál era ese gran secreto del que hablaste ayer?

—Dínoslo, papá —suplicó Ricky.

—Está bien —accedió el señor Hollister—. Y tú, Elaine, ponte el abrigo y el sombrero. No vayamos a llegar tarde a la reunión.

Viendo a sus hijos rodearle, muy interesados, el señor Hollister sonrió y dijo:

—Se trata de un misterio sobre un «cariole».

—¿Qué es eso? —preguntó Pam.

El padre explicó que un «cariole» era un trineo del Canadá francés. Por Navidad, él había encargado uno como regalo para sus hijos. «Domingo» habría podido tirar de él.

—Pero Navidad ya ha pasado y Santa Claus no «trayó» ninguno —protestó Sue.

—Es verdad. Y ahí está el misterio —contestó el señor Hollister, mientras sus hijos le escuchaban con la boca abierta—. Escribí una carta, reclamándolo, al constructor de esos trineos, pero no he recibido contestación.

—¿Y el trineo estaba pagado, papá? —preguntó Pam.

El padre contestó que sí.

—Pero no lo siento tanto por el dinero, como por tratarse de un «cariole» muy bonito que yo deseaba que vosotros tuvieseis.

—¿Dónde hicieron el «cariole»? —preguntó Pete.

—En Quebec y…



En aquel momento, apareció la señora Hollister, preparada para

salir. Su marido consultó el reloj y dijo, en seguida:

—Ya os diré algo más sobre el misterio, luego.

Los niños quedaron tan desencantados que la abuela propuso ayudarles a preparar arropías.

—¡Viva! —gritó Sue.

Y Holly, añadió:

—¿Verdad que es estupendo tener una abuelita que sabe hacer arropías?

Al oír aquello, el señor Hollister se echó a reír.

—Tu abuela entiende mucho de arropías. A mí, cuando era pequeño, me tuvo que despegar más de una de la ropa.

En cuanto sus padres cerraron la puerta, los niños se marcharon con su abuela a la cocina. Pam buscó un cazo y, siguiendo las instrucciones de la abuela, lo puso al fuego con azúcar, mantequilla y agua.

—¿Está ya? ¿Está ya? —preguntó la pequeñita Sue, dando saltos de impaciencia.

—Falta un minuto —contestó la abuela, metiendo una cuchara en la espesa mezcla.

Sacó la cuchara y en un poco de agua fría echó una gota del jarabe, para probar cómo estaba. Sosteniendo la gotita entre los dedos, anunció que estaba aún poco dura para trabajarla. Añadió un poco de vainilla y removió bien.

—Pete, trae mantequilla para las manos —pidió la abuela.

—¿Por qué vamos a ponemos mantequilla en las manos? —se asombró Holly.

—Para evitar que la mezcla se nos pegue a la piel.

Un momento después, la abuela anunció que la melcocha estaba preparada. Todos los niños se apresuraron a untarse las manos con mantequilla y se colocaron en fila delante del fogón. Cuando la mezcla se enfrió y espesó un poco, la abuela fue vertiendo un poquito en cada una de las manos extendidas que esperaban.

—Ahora, muy de prisa, lo vais pasando de una mano a la otra, hasta que podáis sostenerla entre los dedos —indicó la abuela—. Entonces le dais la forma que queráis, rápidamente, antes de que se ponga demasiado duro.

—¡Qué divertido, canastos! —exclamó Ricky.

—Y qué caliente —se lamentó Holly, arqueando las cejas con angustia.

Cinco pares de manos se pusieron a trabajar activamente, haciendo que la melcocha tomase diferentes formas. Desde el principio, «Zip», el hermoso perro pastor de la familia, había permanecido tumbado en un rincón, presenciando la escena, Ricky se volvió para decirle:

—Mírame bien, «Zip», que yo voy a hacerlo más de prisa que nadie.

Tris, tras, tris, tras. El pequeño oprimía y hacía girar la pasta entre sus manos, rapidísimamente. Pero era tanto su entusiasmo que, de pronto… ¡plaf! La masa de caramelo se escabulló de sus dedos y fue a parar al suelo.

Inmediatamente, «Zip» se levantó y se apoderó con la boca de la pegajosa masa. Un instante después el perro empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro, dejando escapar lastimeros gruñidos.

—¡Oh! —exclamó Pam—. A «Zip» se le ha pegado el caramelo en los dientes. Y no puede soltarlo.

—Ven aquí, que yo te lo quitaré —dijo Pete.

Todos rieron, viendo a «Zip». El perro abría el morro y quedaba muy cómico, intentando quitarse el caramelo de los dientes con las pezuñas.

Pete dejó su masa de caramelo en un plato y, agachándose, arrancó, con todo el cuidado que pudo parte del caramelo pegado a la dentadura de «Zip». Luego puso un tazón de agua caliente en el suelo.

—Anda, «Zip». Tómate esto. Así se disolverá el caramelo.

El perro, muy agradecido, dio varios lametones en el agua.

Mientras Pete estuvo ayudando a «Zip», Ricky había tomado el caramelo de su hermano para seguir trabajándolo. La abuela ayudó a Holly y Sue. Por fin, todos tuvieron la masa muy elástica y pudieron darle forma de cintas que doblaban una y otra vez sobre sí mismas.

—Esto es muy divertido —declaró Sue, con ojitos relucientes.

Y entusiasmada, levantó el lazo de caramelo sobre su cabeza. Pero separó los deditos y el caramelo se le escapó. Una parte le cayó en el cabello y el resto en el cuello, como un collar.

—¡Huuuy! ¡Ayudadme! —suplicó la pequeñita, viendo que el caramelo se empeñaba en quedar pegado a su piel.

LA PRIMERA PISTA



—¡Abuelita! ¡Ayúdame! Estoy envuelta en caramelo —gritó Sue, luchando con desespero por quitarse el caramelo del cuello y el cabello.

—¡Ja, ja! —rió Ricky—. Sue lleva una serpiente al cuello.

Pam también rió.

—¡Una serpiente de caramelo! ¡Ten cuidado, no vaya a morderte con los dientes de dulce!

La abuela acudió en ayuda de Sue. Después de humedecerse los dedos en agua caliente, desenroscó la tira de caramelo del cuello de la pequeña. Luego le limpió el cabello con un paño húmedo.

—Quiero un poquito de caramelo limpio —pidió luego, Sue.

Pam le dio una parte de su caramelo. Y la abuela les enseñó a hacer largas tiras que extendieron sobre una madera espolvoreada de harina, para luego cortarla en trocitos pequeños. Después los colocaron sobre una bandeja y los cubrieron con un papel encerado.

Ricky se metió en la boca dos caramelos a un tiempo.

—¡Hum, yam, yam!

Los demás también comieron y Holly dijo al poco rato:

—Ya sé lo que sentía «Zip». ¡A mí también se me pegaban los

dientes!

Entre todos fregaron los utensilios utilizados y los guardaron en su sitio y todo volvía a estar ordenado cuando regresaron el señor y la señora Hollister. Sus hijos les invitaron a trocitos de arropía y los dos dijeron que era la mejor que habían probado nunca.

Sentados otra vez en la sala, con los mayores, Ricky dijo:

—Papá, ¿nos hablarás ahora del misterio?

El señor Hollister sonrió al contestar:

—Todavía no os he dicho lo más importante.

—¿Qué es? ¿Qué es? —preguntaron todos los niños acoro.

—Me gustaría que… —el señor Hollister hizo una pausa y repitió—. Me gustaría que mis jóvenes detectives me localizasen el «cariole».

—¡Qué!

—¿Hablas en serio?

—¡Eres un sol, papaíto!

El señor Hollister recibió un diluvio de besos y abrazos de todos sus hijos.

—¡Eso quiere decir que vamos a ir a Quebec! —exclamó Pete—. ¡Vivaaa!

—Sólo hay un pero —dijo el señor Hollister frotándose la barbilla y haciendo una mueca—. Yo no puedo dejar la tienda demasiados días.

—Pues no tienes que dejarla —dijo Pam—. ¿Por qué no nos llevan a Quebec los abuelitos? Luego, mamá y tú podrías ir a buscamos a finales de semana.

—No es mala idea —admitió el padre—. ¿Qué opinas tú, Elaine?

Como contestación, la señora Hollister miró a los abuelos.



—Eso es cosa de vosotros dos —dijo, sonriente—. ¿Creéis que podréis dominarles?

—Claro que podremos —dijo la abuela, sin titubear—. En nuestro sedan cabrán todos los niños. Podremos instalamos en el hotel «Foresse», que da al río St. Lawrence.

—¡Canastos! —fue todo lo que pudo decir Ricky, que tomó las manos de Holly y los dos bailotearon alegremente.

Pam estaba roja de emoción. Siempre había tenido ganas de conocer la histórica ciudad francesa en la que se habían instalado los franceses hacía muchos años.

—En Quebec se libró una gran batalla, ¿verdad? —preguntó.

—¿Una batalla de bolas de nieve? —añadió Ricky.

—Algo mucho más trágico —contestó el abuelo, explicando que habían sostenido la batalla los defensores franceses y los atacantes

ingleses—. Los generales eran James Wolfe, al mando de los británicos, y Louis de Montcalm, al frente de los franceses.

—¡Cuéntanos más, abuelito! —pidió Holly.

—Protegido por la oscuridad, Wolfe desembarcó con 1600 hombres —relató el abuelo— y se refugió en una cueva, al oeste de la ciudad, hacia la mitad del río St. Lawrence. Fueron llegando refuerzos que engrosaron sus filas, hasta reunir 3600 hombres.

—¿Y los franceses no lo sabían? —preguntó Pete.

El abuelo contestó que los defensores habían sido tomados por sorpresa. Los ingleses habían trepado por la escollera rocosa y alcanzaron la Llanura de Abraham, donde se colocaron en posición de batalla. Los intrépidos franceses se defendieron, pero fueron los ingleses quienes ganaron la batalla.

—Y tanto Wolfe como Montcalm cayeron en la lucha, mortalmente heridos —añadió el abuelo.

Pam, que se había quedado muy triste, murmuró:

—Me alegro de que los franceses y los ingleses no sigan luchando. Son todos tan agradables…

—Lo son, sin duda alguna —concordó el abuelo—. Y cuando vayamos a Quebec conoceréis a los descendientes de aquellos intrépidos franceses.

El abuelo Hollister siguió contando a sus nietos que había llevado un largo tiempo construir la gran muralla que rodeaba la vieja ciudad y… ¡sólo dos horas perder la batalla por defenderla!

—Podremos ver muchas cosas, mientras estemos en Quebec —dijo, entusiasmada, Pam—. ¡Qué emocionante!

—Y nos divertiremos con los deportes de invierno —añadió Pete.

—No olvidéis que tenéis un trabajo detectivesco que hacerme —les dijo el señor Hollister—. Os daré un par de pistas, para empezar.

Fue a su escritorio, de la esquina de la sala, abrió un cajón y sacó la fotografía de un trineo.

—Esto es un «cariole». Lo mismo que tenían que haber construido para vosotros. El constructor de estos trineos se llama Víctor Tremblay. Debía haber colocado las iniciales F. H. en la parte delantera de nuestro trineo.

—¡Las iniciales de Felices Hollister! —exclamó Pete—. Yo creo,

papá, que podremos encontrar ese trineo, si buscamos bien.

—Pero puede que ese «cariole» no lo hayan llegado a construir —reflexionó Pam.

—Por eso debéis localizar al señor Víctor Tremblay y preguntárselo —dijo el señor Hollister.

—¿Cuándo nos vamos? —preguntó Holly, nerviosísima.

—¿Qué os parece pasado mañana? —preguntó el abuelo—. Así llegaremos con tiempo suficiente para presenciar los últimos festejos de *Mardi Gras*.

—Magnífico —dijo la señora Hollister—. John y yo llegaremos a finales de semana para recoger a los niños.

Pam anotó inmediatamente la dirección de Víctor Tremblay en Quebec, y comentó:

—Es muy raro que no haya recibido tus cartas, papá.

—Puede que las haya recibido y no se haya molestado en contestar —dijo Pete.

El señor Hollister se inclinaba a creer que el fabricante de trineos no había recibido sus cartas.

—Yo creo que papá está en lo cierto —intervino la señora Hollister—. Puede haberle sucedido algo a ese hombre, antes de que le llegasen las cartas.

—Pero ¿no nos las habrían devuelto? —preguntó Pete.

—No, si las ha recogido alguien, en su nombre.

—A ver si lo averiguamos pronto —dijo Pete esperanzado.

Cuando, a las ocho, Holly y Sue subieron a acostarse, Holly se puso el camisón y se sentó, con las piernas cruzadas, en la cama de su hermanita.

—¿Hacemos un juego? —propuso.

—¿Qué juego?

—¡Ya sé! —dijo Holly, con una risilla traviesa—. Jugaremos a la batalla de Quebec. La alfombra será el río y para escollera tenemos, tenemos… —murmuró, buscando a su alrededor con la vista. Por fin se fijó en la cabecera de la camita antigua de Sue y exclamó—: ¡Ésa puede ser la escollera!

Saltó al suelo y apartó de la pared la cabecera de la cama. Mientras, Sue, con un amplio camisón azul, con lunares amarillos, saltó repetidamente sobre el colchón diciendo:

—Yo seré el capitán monte y tú el lobo malo.

Esto hizo reír a la hermanita mayor.

—No seas tontina. El general no era un lobo. Pero si tú quieres ser el general Montcalm, a mí no me importa.

Holly se colocó detrás de la cabecera de la cama, diciendo:

—Ahora, cuando yo quiera subir por la escollera, tú procurarás impedírmelo.

Sue se apoderó de una almohada, anunciando:



—Esto será el cañón.

—Ja, ja, ja. Una almohada cañón. ¡Así no me hará daño! —dijo Holly, empezando a ascender por la «escollera».

Sue se puso a la defensiva, levantando la almohada sobre su cabeza, con las dos manos. Y en seguida atacó. La almohada golpeó en la cara al enemigo, en el momento en que Holly estaba llegando a lo alto de la cabecera.

¡Plum!

Dando un grito, Holly cayó de espaldas, haciendo un estrépito que alarmó a toda la familia. Sue quedó muy asustada con su inesperada victoria y los ojos se le llenaron de lágrimas, viendo a

Holly tendida en el suelo.

—¡Oh, pobrecita! ¿Te has «hacido» daño?

Holly se levantó del suelo lentamente, oprimiéndose la nuca con las palmas de la mano. La señora Hollister entró en la habitación muy asustada.

—¡Dios mío! ¿Qué os ha pasado?

—Un cañón almohada me ha herido —explicó Holly, esforzándose por disimular las lágrimas—. Toca aquí.

La madre acercó una mano a la nuca de Holly, donde estaba saliendo un gran bulto.

—Pam, trae unos cubitos de hielo y una toalla —pidió la señora Hollister.

La hija mayor llevó ambas cosas y la madre envolvió los cubitos de hielo en la toalla y los aplicó al chichón de Holly, que pronto notó un gran alivio en la cabeza.

—Yo no te quise hacer tanta pupa —dijo Sue, muy afligida.

—Si no es nada, bobita —la tranquilizó Holly.

Luego, antes de acostarse, Holly insistió en que los abuelitos palparan la herida que había recibido en la «batalla de Quebec». El abuelito soltó una risilla burlona y dijo:

—No van a ser siempre los chicos los que resulten alcanzados por el fuego enemigo.

Por la mañana, a la hora del desayuno, la abuela dijo que los niños debían aprender a decir algunas palabras en francés.

—Daremos la primera lección ahora mismo.

Antes de empezar, Ricky fue a mirar por la ventana, para cerciorarse de que el hombre de nieve estaba intacto. Luego, los cinco hermanos guardaron silencio.

—En Quebec, todo el mundo habla francés —explicó la abuela —. Y hay muy pocos niños que sepan alguna palabra de inglés. ¿Qué palabra os gustaría saber primero en francés?

—Por favor —dijo Pam.

—*S'il vous plait* —tradujo la abuelita.

Los niños repitieron la frase muchas veces hasta que todos, incluso la pequeñita Sue, se la supieron de memoria.

Después aprendieron a decir *merci*, que quiere decir «gracias», y *bonjour* que es lo mismo que «buenos días».

—Tengo hambre —dijo Ricky.

—Se dice *j'ai faim* —contestó la abuela.

—Si lo que digo es que tengo hambre, de verdad —declaró el pecoso.

—Pero si acabas de desayunar… —objetó Pam.

Pero Ricky pronunció tan estupendamente *j'ai faim* que se le permitió comerse otra tostada con mermelada. Pronto terminó la lección y todos los niños salieron a jugar. Holly y Sue se divirtieron hablando detrás del hombre de nieve, como había hecho su abuelo. Pam enganchó a «Domingo» a la carreta y fue a hacer compras para su madre. A los chicos les invitó Dave Meade, el amigo de Pete, a jugar en el Lago de los Pinos, que estaba helado.

El día pasó muy rápidamente. A la hora de la cena la señora Hollister anunció que todas las maletas estaban preparadas para el viaje.

—Y la cena está casi a punto —añadió—. Niños, lavaos las manos. Pete, ¿has ido ya a dar de comer a «Domingo»?

Pete contuvo una exclamación. Había estado tan entretenido, leyendo en la enciclopedia cómo los ingleses habían asaltado las puertas del viejo Quebec francés, que se olvidó por completo del pobre burro.

Tras ponerse las botas y la chaqueta, salió hacia el garaje. Pero volvió inmediatamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Pam, viendo la mirada de preocupación del chico.

—¡«Domingo»! ¡«Domingo» ha desaparecido! —dijo Pete, angustiado.

UNA NOCHE FANTASMAL



En compañía de sus padres, Pete y Pam corrieron al garaje. Las puertas estaban abiertas y no se veía al burro por ninguna parte.

—¡Mirad! ¡La cuerda está desatada! —observó Pam.

—Y aquí se ven huellas de sus pezuñas —añadió Pete.

La luz de la luna, brillando sobre la nieve, indicaba claramente el camino que había seguido el animal. Al mismo tiempo que las huellas del burro, se veían pisadas dejadas por dos pares de botas.

—¡Oh! —exclamó Pam, siguiendo las pisadas que llegaban hasta la calle—. Seguro que lo han hecho Joey y Will para vengarse de nosotros.

Pete y Pam siguieron las huellas durante un corto trecho. Pero en la esquina ya no pudieron distinguir nada, pues las pisadas se confundían con otra infinidad de huellas.

—No merece la pena ir más lejos —dijo Pete—. Desde aquí, «Domingo» ha podido seguir cualquier camino.

Cuando los dos hermanos regresaban a casa, Pam tenía los ojos llenos de lágrimas.

—A lo mejor, no volvemos a ver nunca a «Domingo» —murmuró.

El señor y la señora Hollister estaban tan tristes como sus hijos por la desaparición del animal.

—Podemos telefonear a la policía y decirle al oficial Cal Newberry lo que ocurre —propuso Pete.

El simpático policía Cal había ayudado muchas veces a los niños a resolver misterios. Pero esta vez no encontraron al policía, que tenía todo el día libre. Pete habló de la desaparición de «Domingo» al sargento que se puso al teléfono.

—Empezaremos a buscar inmediatamente a vuestro burro —dijo el sargento a Pete—. Y le comunicaremos a Cal lo ocurrido, en cuanto vuelva al trabajo.

Los hermanos Hollister se fueron a acostar muy tristes y todos, en secreto, rezaron una oración para que les devolvieran a «Domingo» sano y salvo. A la mañana siguiente, antes del desayuno, el oficial Cal telefoneó a Pete. Después de estar hablando un rato, Pete le dio las gracias y contó a su familia lo que el policía acababa de decirle. Se había interrogado a Joey y a Will, pero ambos tenían coartadas. Ninguno había salido de su casa la noche pasada.

—Cal dice que él seguirá buscando a «Domingo». Que nosotros hagamos el viaje y nos divirtamos, sin preocuparnos.

Holly movió la cabeza y dijo, confiadamente:

—Si el oficial Cal está buscando a «Domingo», seguro que lo encontrará.



Después de ir a la iglesia, se colocaron las maletas en el sedán de los abuelos Hollister. Pam se sentó delante, con los abuelos, mientras los demás niños se acomodaban en el asiento posterior del amplio coche.

—¡Adiós y buena suerte! —les despidieron los padres—. Pronto nos veremos.

Mientras el abuelo conducía, el cielo fue oscureciéndose y, hacía poco que los Hollister se habían detenido para comer, cuando empezó a nevar. Los limpiaparabrisas trabajaban velozmente,

mientras la nieve se iba amontonando sobre el coche.

—Creo que lo mejor será telefonear para que nos reserven habitaciones en el motel —dijo el abuelo, deteniendo el coche ante una gasolinera.

Mientras el depósito se llenaba de combustible, él hizo la llamada telefónica; luego volvieron a ponerse en camino. Pero la marcha resultaba lenta. El espesor de la nieve era cada vez mayor.

—Espero que lleguemos pronto —dijo Pam, preocupada, viendo que cada vez resultaba más difícil conducir.

Como Sue llevaba mucho rato silenciosa, la abuela volvió la cabeza, sonriendo, para decir a la pequeña:

—No te asustes, nenita.

—No estoy asustada —repuso Sue, con una amplia sonrisa—. Es que voy pensando.

—¿En qué?

—En los pájaros.

La contestación hizo que todos rieran.

—¿Y qué pensabas de los pájaros? —preguntó Pam.

La chiquitina se llevó un dedito helado a la mejilla y contestó, muy seria:

—Cuando los pajaritos se acuestan, ¿se quitan las alas?

Todos rieron, aún más que antes.

El abuelo se reía todavía cuando, en la semioscuridad, distinguió un perro que cruzaba la carretera delante del coche. Inmediatamente usó los frenos. El sedán se desvió a un lado. Luego, quedó oscilando peligrosamente y por último… ¡se deslizó en la cuneta de un lado de la carretera!

—¡Bendito sea Dios! ¿Qué haremos ahora? —preguntó Pam.

—Que todo el mundo conserve la calma —pidió el abuelo con voz tranquilizadora—. Esperaremos a que pase algún coche que pueda ayudamos.

—Pero estando aquí abajo, nadie nos verá —lloriqueó Holly.

—Encenderé los faros y tocaré la bocina, para llamar la atención.

Los Hollister permanecieron unos minutos silenciosos, viendo cómo caía la nieve e iba cerrando la noche. Luego, en la distancia, se vio el brillo de dos faros.

—Ahora nos sacarán de aquí —dijo Holly, esperanzada.

Pero, con gran desencanto de los viajeros, ni los faros ni la bocina funcionaron cuando el abuelo quiso hacer uso de ellos, y antes de que la familia tuviera tiempo de pensar en otra solución, el camión había pasado de largo.

—Puede que tengas alguna avería en la batería, abuelito —sugirió Pete.

Él y Ricky se ofrecieron para salir a mirar la batería, pero la abuela creyó preferible que todo el mundo permaneciese dentro del coche.

—No quiero ni pensar en que alguno de vosotros pudiera perderse en plena noche, bajo esta terrible ventisca.

El motor seguía en funcionamiento, para proporcionar calor a los ocupantes del coche y se abrió una rendija en las ventanillas con objeto de que hubiera ventilación. Aullaba el viento y los copos de nieve se iban amontonando en las ventanillas. Pronto los Hollister no pudieron ver nada del exterior.

—¡He oído algún vehículo que se acerca! —anunció Pam.

—Yo diría que se trata de una máquina quitanieves —dijo el abuelo.

—¡Hurra! ¡Van a salvarnos! —gritó Ricky.

Pero el chiquillo había hablado muy pronto. Cuando el abuelo quiso asomarse para hacer señales, la puerta no se movió. Y cuando, con grandes esfuerzos, pudo abrir, la máquina quitanieves había desaparecido. El conductor de la máquina debió de suponer que el coche estaba abandonado. Y lo que había hecho fue dejar más nieve junto el coche accidentado. Los gritos que dio el abuelo para llamar la atención del conductor se perdieron en el viento.

—Bien —dijo el abuelo, volviendo a cerrar la portezuela—. Podemos pasar la noche en el coche.

—¡Canastos! ¡Esto sí es una verdadera aventura! —exclamó Ricky.

Sue no tardó en quedarse dormida y poco después también se durmió Holly. Pero las dos se despertaron cuando, inesperadamente, Pete exclamó:

—¡Mirad ahí! ¡Zambomba!

Señalaba la ventanilla junto a la que iba sentado. En la nieve

adherida a los cristales se estaban abriendo dos misteriosos agujeros.

—Es muy fantasmal —declaró Pam, casi sin voz.

También los abuelos se mostraron muy aturdidos.

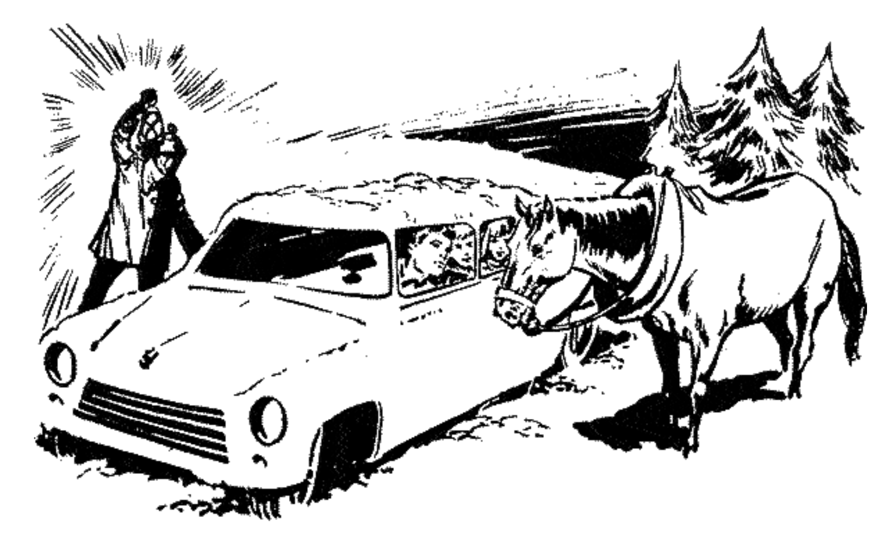
—Tengo que salir para ver a qué se debe eso —dijo el abuelo.

A empujones logró abrir la portezuela y salió.

—¿De qué se trata? —preguntó la abuela.

—Lo creáis o no —repuso con voz perpleja, el abuelo—, aquí hay un caballo. Estaba olfateando ante la ventanilla y por eso se derretía la nieve. El pobre está perdido.

Apenas había dicho aquello el abuelo cuando, a poca distancia del sedán, se vio brillar una luz.



—¡Eh! ¡Acérquese! —llamó a gritos, el abuelo.

—¡Ya voy! ¡Estoy buscando mi caballo! —repuso una voz.

Pronto apareció un hombre con una linterna. Llevaba una gruesa chaqueta y un gorro de piel.

—Ya está aquí, ya —dijo Pam, que había salido también del coche.

—Soy George Moulin —se presentó el desconocido—. Tengo una granja a poca distancia de aquí. Los perros asustaron a «Castaño», mi caballo, que huyó y se perdió. Me alegro de que ustedes lo hayan encontrado.

—Nosotros no lo hemos encontrado —confesó Holly—. Él nos ha

encontrado a nosotros.

—Sí. Gracias a Dios —añadió la abuela—. De no ser por él habríamos pasado aquí toda la noche, sin que nadie nos viese.

Con una sonrisa, el granjero les dijo:

—Vengan conmigo. Pueden pasar la noche en mi granja.

Los Hollister sacaron del portaequipajes los maletines y Pete sentó a Sue sobre sus hombros. Todos treparon por la pendiente. Luego avanzaron en fila india sobre la nieve; el granjero Moulin iba delante, tirando del caballo. El abuelo llevaba de la mano a Holly y la levantaba en vilo cuando pasaban por montículos de nieve demasiado altos.

Al llegar a la casa del granjero, los Hollister se sacudieron la nieve de los pies y entraron en la cocina. ¡Qué calentita y acogedora resultaba, con los fogones antiguos, de carbón, encendidos!

—¡Ven a conocer a nuestros visitantes! —dijo el granjero, llamando a su mujer que estaba en otra habitación.

La señora Moulin, robusta, con cabello negro y rostro delgado y firme, quedó muy sorprendida al ver a los huéspedes.

—¡Oh, pobres criaturas! —exclamó, haciendo que los niños se acercasen al fogón, y ayudándoles a quitarse los abrigos.

—Muchas gracias —dijeron todos los niños a un tiempo.

El abuelo telefoneó al hotel para cancelar las reservas, explicando al director lo que les había sucedido.

Una vez que los abrigos estuvieron colgados para que se secasen, la mujer del granjero preparó a los visitantes una cena caliente. Mientras comían, los niños hablaron de su aventura.

—Les gustará a ustedes Quebec —afirmó el señor Moulin—. Mis padres emigraron a los Estados Unidos, pero siempre vuelven aquí para ver el *Mardi Gras*.

Cuando terminaron el humeante estofado, la salsa de manzana y el pastel de chocolate, los fatigados viajeros estaban deseando meterse en la cama. A Pam le pareció que apenas había apoyado la cabeza en la almohada cuando ya volvía a ser de día. Después de que hubieron tomado un apetitoso desayuno, consistente en huevos revueltos y salchichas caseras, el granjero dijo:

—Bien. Ahora engancharemos a «Castaño» a nuestro trineo y les llevaré hasta su coche. Estoy seguro de que podremos sacarlo de la

cuneta.

Los niños se pusieron inmediatamente los abrigos y las botas. Pete buscó también el abrigo de su abuela y la ayudó a ponérselo.

Después de dar las gracias a la señora Moulin por su hospitalidad, los Hollister siguieron al granjero hasta el granero. Pete ayudó al señor Moulin a empujar las puertas correderas. Lo que en el granero vieron los niños hizo que Pam prorrumpiese en una exclamación de asombro.

—¡Un «cariole» como el que papá encargó!

Muy extrañado, el granjero preguntó:

—¿Cómo sabes que es un «cariole»?

Emocionadísimos, los niños le hablaron del trineo que no había llegado a Shoreham.

—Tenemos que procurar localizar a Víctor Tremblay, en Quebec, para saber por qué no lo envió —concluyó Pete.

Los ojos del señor Moulin se abrieron enormemente.

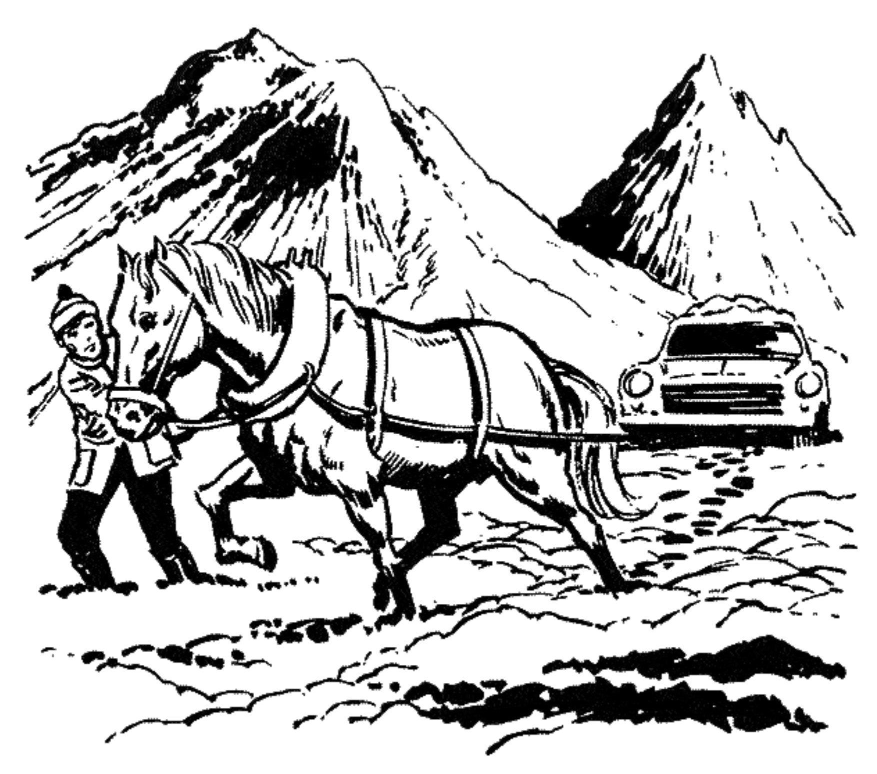
—¡Tremblay! Ése es el hombre que hizo este «cariole».

—¿Es posible? —preguntó la abuela, perpleja.

—Cuéntenos algo sobre eso —pidió Pam.

Mientras se acercaba al pesebre de «Castaño» y enganchaba el animal al trineo, el granjero contó a los Hollister que un hombre llamado Pierre Tremblay había trabajado una época para él. Pierre tenía un primo que se llamaba Víctor, que se dedicaba a construir trineos. A Víctor había comprado el señor Moulin su trineo.

«Castaño» salió del granero arrastrando el trineo. De las fosas nasales del animal salían nubecillas de vapor, porque el aire de la mañana era muy frío.



—A lo mejor usted puede decirnos a dónde se ha ido Víctor Tremblay —dijo Pam, mientras los abuelos y Sue subían al trineo, en donde ya se habían colocado los maletines.

El granjero movió lentamente la cabeza, diciendo:

—Me gustaría poder ayudaros, pero lo único que sé es que la familia de Víctor Tremblay procedía de una isla del río St. Lawrence.

—¡Oh, con lo larguísimo que es ese río! —murmuró Ricky, desencantado.

—Lo es, sin duda.

Los niños caminaron detrás de «Castaño». Al llegar al coche medio enterrado en la nieve, el señor Moulin desenganchó el caballo, dejando la volea sujeta. Luego, ató una cuerda desde la volea al coche accidentado.

—¡Ánimo, «Castaño»! ¡Ánimo! —gritó el dueño del animal.

Y «Castaño» avanzó, haciendo que la cuerda quedara tensa. El coche se movió, primero unos centímetros, luego unos palmos.

—¡Date prisa! —gritó Ricky al animal.

El abuelo Hollister estaba sonriendo cuando, de pronto, su sonrisa se convirtió en una mueca. ¡Cras! La cuerda se partió y el coche volvió a resbalar dentro de la cuneta.

«*BONHOMME* CARNAVAL»



—No vamos a llegar nunca a Quebec —rezongó Ricky.

—Ya lo creo que llegaremos —contestó su hermano.

Y corrió al centro de la carretera para hacer señales a un camión que se acercaba. El conductor se detuvo y bajó en seguida.

—Estáis en un apuro, ¿eh? —dijo—. ¡Yo tengo lo que hace falta para sacar un coche de la cuneta! —añadió, sonriendo.

Fue a la parte posterior del camión y sacó una sólida cadena, que iba sujeta al vehículo. Con la ayuda de Pete, ató la cadena al coche de los Hollister. Luego, volviendo a colocarse ante el volante, el servicial conductor hizo avanzar lentamente el camión.

—¡Ya sale! —exclamó con alegría Pam, viendo que el coche iba saliendo de la cuneta, centímetro a centímetro.

Muy pronto, el sedán estuvo en la carretera y mientras el conductor del camión desataba la cadena, Sue se acercó a decirle:

—Eres un señor muy simpático.

—Me alegro de haber podido ayudaros —dijo él—. ¿Puedo hacer algo más por vosotros?

—¿Quiere esperar hasta que yo pruebe el motor? —pidió el abuelo.

Y en seguida se sentó al volante, para probar el starter, las luces y el claxon. Ninguna de las tres cosas funcionó. En un momento el hombre del camión levantó el capó del sedán y después de echar una ojeada al motor, cogió algunas herramientas de su vehículo, estuvo manipulando en el sedan y en seguida dijo:

—¿Quiere probar ahora?

El abuelo pulsó el starter. ¡Brrrr! Funcionó en seguida y el motor se puso en marcha.

—¡Estupendo! —dijo Pete—. ¿Cómo lo ha hecho?

El conductor se echó a reír, mientras bajaba el capó.

—He utilizado un poco de magia. Eso es todo.

En seguida subió al camión y desapareció.

—Bien, señor Moulin —dijo el abuelo—. Creo que ya podemos reanudar el viaje. Mil gracias por su amabilidad.

El granjero sonrió, estrechando la mano de los Hollister.

—Espero que resolváis el misterio del «cariole» —dijo a los niños —. Si yo averiguase algo, os lo comunicaría.

Entre chirridos de neumáticos sobre la nieve, los Hollister se pusieron en camino, a toda la velocidad posible, por la carretera nevada.

—Espero que llegaremos a Quebec a última hora de la tarde —dijo el abuelo, cuando se detuvieron para comer—. Pero creo que, para entonces, habrá oscurecido completamente.

—Casi es mejor —opinó la abuela—. Quebec es muy hermoso por la noche.

Ya oscurecía cuando llegaron al Canadá. Un poco más tarde cruzaron el largo puente tendido sobre el río St. Lawrence.

—¡Mirad! —exclamó Pam—. Ahí está Quebec.

Las luces distantes parpadeabais en el río, lleno de hielo.

—Parece un collar mágico —dijo Holly, deslumbrada—. Date prisa, abuelito. Quiero ver más cosas.

Avanzaron por una carretera muy ancha y rectilínea que llevaba a la vieja ciudad. Viraron a la derecha, penetraron en una calle estrecha y tuvieron que frenar inmediatamente porque ante ellos se hallaba detenida una caravana de coches.

—¡Zambomba! ¿Qué ha pasado? —preguntó Pete, alargando el cuello para mirar a la lejanía.

—Hay un incendio —afirmó Ricky—. Vamos a salir para verlo mejor.

Pero Holly declaró:

—No es un incendio. Son personas con antorchas.

De repente, a los oídos de todos llegó el sonido de música y voces infantiles, cantando.

—¿Qué cantan, abuelita? —indagó Sue.

—La canción del carnaval, guapa.

Los niños cantaban en francés, pero los Hollister pudieron entender claramente las palabras «Carnaval, *Mardi Gras*, Carnaval».

Como todos sus nietos estaban deseando ver aquel desfile, el abuelo buscó un lugar en donde aparcar. Todos bajaron del coche y cruzaron al lugar en donde se efectuaban los festejos.

—¡Canastos! ¡Nunca había visto un desfile por la nieve! —declaró Ricky.

Pasó una banda de música, iluminada por los niños que llevaban antorchas encendidas. Inmediatamente después apareció algo que hizo que los Hollister ahogasen gritos de asombro. Sue exclamó:

—¡Un hombre de nieve! ¡Un hombre de nieve gigantísimo!

—Es diez veces más grandote que el nuestro —calculó Ricky.

Todos miraron, embobados, el enorme muñeco. Pam comentó:

—¡Qué cara tan alegre tiene!

—¡Éste es «*Bonhomme* Carnaval»! —explicó el abuelo a los niños.

El gracioso monigote de hielo llevaba una faja rodeando su amplia cintura y sobre la cabeza lucía un lindo gorro. Una amplia sonrisa iluminaba su rostro de cartón piedra, mientras sus ojos hacían alegres guiños. Cientos de niños marchaban detrás de «*Bonhomme* Carnaval», gritando y cantando.

—Vamos con ellos —propuso Pete alegremente.

En cuanto la abuela les dio permiso, los niños Hollister se unieron a los demás pequeños, calle adelante. Por fin, llegaron a una gran plaza en cuyo centro había un palacio construido con bloques de hielo. De todos los árboles cercanos colgaban focos que relucían en la helada noche.

—Veo otro «*Bonhomme* Carnaval» —anunció Pam, cuando se aproximaron.

—Y éste está hecho de hielo —* observó Pete.

En seguida, todos los niños del desfile dedicaron su atención a la gigantesca figura sentada en un trono, junto al palacio de hielo.

—Éste es un trillón de veces mayor que nuestro hombre de nieve —afirmó Ricky, con los ojos casi fuera de las órbitas por el asombro.

—¡Qué feliz soy por haber venido a Quebec! —dijo Pam, sin apartar la vista de la maravillosa escena.

Mientras, los niños de Quebec aproximaban sus antorchas al gigantesco «*Bonhomme* Carnaval», para hacer aparecer constantes sombras en su sonriente rostro de hielo. Los niños franceses hablaban constantemente, en tono emocionado, en su idioma natal.

Brillaba una y otra vez el «flash» de las cámaras fotográficas. Uno de los fotógrafos dijo, en inglés:

—Necesitamos a dos niños para que se sienten en el regazo.

Otro fotógrafo, cercano, le contestó:

—Elige los que prefieras. Hay cientos de niños.

—¿Y si buscamos turistas? —dijo el primero—. Será más publicitario.

Entonces se fijó en los Hollister y, viéndoles con ropas de viaje, comprendió que no eran naturales de Quebec.

—¿Queréis ayudarme? —preguntó a Ricky y a Holly.

—Claro —contestó muy decidido el pecoso, tomando a Holly por la mano y abriéndose camino hasta, el fotógrafo—. ¿Qué quiere que hagamos?

—Sentaos en el regazo de «*Bonhomme* Carnaval» para que os haga unas fotografías.

—¿Por dónde subimos? —preguntó Holly.



Y la abuela quiso saber si no sería peligroso.

—Tenemos una escalera de mano para estos casos —contestó, riendo, el fotógrafo—. Ahí la traen.

Un alto policía, con chaquetón azul y gorro de piel, avanzaba entre la multitud, cargado con una escalera. La colocó delante del hombre de hielo. Holly fue la primera en subir, seguida por Ricky, mientras todos los presentes aplaudían. Cada niño se sentó en una de las rodillas del gigante de hielo.

—¿Verdad que es divertido? —comentó Pam, mirando a sus dos hermanitos.

Pero, mientras los fogonazos de «flash» iluminaban la escena

como estrellas rutilantes, Pam tomó del brazo a su hermano mayor, gritando al mismo tiempo:

—¡Cuidado! ¡Holly está resbalando!

Como la escalerilla había sido apartada desde que se empezara a hacer fotografías, Holly no tenía en donde sostenerse. Y, centímetro a centímetro, se iba deslizando por la rodilla del gigante. Con carita de consternación empezó a gritar:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Ricky alargó un brazo hacia su hermana, pero estaba demasiado lejos para poder alcanzarla. Abajo, la gente dejó escapar ahogadas exclamaciones, viendo que la niña seguía bajando por la rodilla de «*Bonhomme* Carnaval».

—¡Oooh! —gritó Pam, con angustia.

Holly se precipitó al vacío… ¡Pero cayó en los brazos del alto policía con gorro de piel! Todos los presentes exhalaron primero un grito de terror y luego una exclamación de alegría, al ver que la niñita no se había hecho daño.

—*Merci, merci* —dijo Holly, mientras el policía la dejaba a salvo sobre el nevado pavimento.

—Oficial, oficial —llamó, inmediatamente, Ricky—, ¿podría hacer yo lo mismo?

Al principio, el policía francés no comprendió. Cuando el fotógrafo se lo explicó, el policía levantó la vista hacia el pequeño y dijo, sonriendo:

—*Sautez, mon petit garçon.*

Y extendió los brazos para recogerle. El traviesillo Ricky se dejó caer en brazos del policía.

—¡Caramba, estas tomas van a resultar magníficas! —dijo un fotógrafo que había captado las dos escenas.

Una vez Ricky y Holly hubieron dado su dirección al fotógrafo, los Hollister volvieron al coche y se encaminaron al hotel.

—¡Pero si vamos a vivir en un castillo! —exclamó Pam, fijándose en el edificio al que se aproximaban.

El hotel se levantaba al borde de una escollera, frente a un grupo de casas viejas, situadas a mucha menor altura, en la orilla opuesta del río. Cuando se detuvieron ante la puerta, un botones recogió los equipajes, mientras otro coche aparcaba en la acera de

en frente.

Dentro del edificio había un amplio vestíbulo, en el que la gente paseaba o hablaba, formando grupos. Unos llevaban atractivos vestidos de noche, mientras que otros iban con atuendos de esquiador.

Cuando el abuelo hubo inscrito a todos en el libro de registro, la familia tomó el ascensor hasta el quinto piso. El botones les mostró las habitaciones, cuyas ventanas daban al río.

Ricky se asomó en seguida y miró abajo.

—Abuelita, ¿qué es aquella cosa blanca que hay allí abajo? —preguntó.

—Debe de ser el tobogán —contestó la abuela, acercándose a la ventana.

—¿Podremos ir también allí?

—Mañana sí. Ahora hay que prepararse para meterse en la cama.

Se deshicieron rápidamente las maletas.



—¿Dónde está mi pijama? —preguntó Holly, buscando por todas partes.

Después de una búsqueda minuciosa se llegó a la conclusión de que la maleta se había quedado en el coche.

—Pete y yo iremos a buscarla —se ofreció Pam.

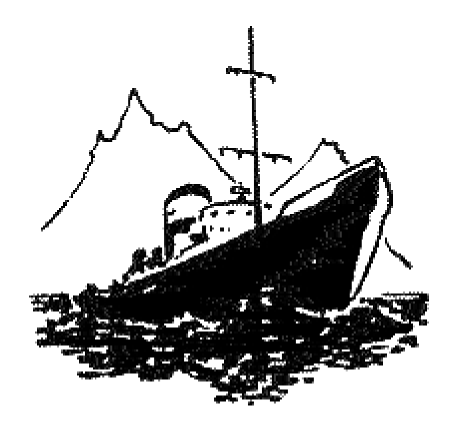
Poniéndose los abrigos, los dos hermanos mayores bajaron al vestíbulo y salieron a la calle, donde soplaba un viento helado. Estaban a punto de cruzar la acera de en frente, Cuando un ruido repentino les dejó inmóviles.

Pete miró hacia arriba y en seguida, muy alarmado, gritó:

—¡Cuidado, Pam! ¡Apártate!

Asiendo a su hermana por un brazo, Pete la empujó hasta la pared del edificio.

¡COLISIÓN!



Se produjo un chasquido y un estampido después, cuando algo se estrelló en la acera, a pocos palmos de Pete y Pam. Los dos hermanos se cubrieron la cara con las manos, mientras saltaba en todas direcciones una verdadera ducha de trocitos de hielo.

—¡Oh. Pete, podía habernos matado! —dijo Pam, estremecida—. ¿De dónde ha caído?

Los niños miraron a lo alto del edificio y pudieron ver que el tejado era inclinado y cubierto de zinc. En ese momento salió el portero del hotel que, al ver lo sucedido, explicó que el hielo había resbalado por el tejado por su propio peso.

—Se puede oír cuando va resbalando —añadió— de modo que hay tiempo de sobra para apartarse.

Pete sonrió, malhumorado, y dijo:

—Gracias por advertírnoslo. La próxima vez que oigamos un ruido como el de ahora, echaremos a correr.

Todavía temblorosos, los dos hermanos cruzaron la calle, a toda prisa, y encontraron, en el coche, la desaparecida maleta de Holly.

—Me alegro de que se quedara aquí y no en la granja de los Moulin —dijo Pete.

A la mañana siguiente, después de desayunar en el atractivo comedor del hotel, Pete comentó que estaba deseando empezar a hacer averiguaciones sobre el «cariole» desaparecido.

—Ya sé que estáis impacientes por resolver el misterio —dijo la abuela—. Pero no podemos empezar todavía. ¿Por qué no nos esperáis al abuelito y a mí en la terraza? Tenemos que escribir algunas cartas.

—Nos daremos prisa —prometió el abuelo—. Pete, entre Pam y tú, ¿querréis cuidar de los pequeños?

Los dos Hollister mayores dieron palabra de tener cuidado de los demás y los abuelos subieron en el ascensor. Los cinco Felices Hollister salieron a la terraza desde la que se contemplaba el río.

—¡Mirad qué barcote! —gritó Ricky, señalando una embarcación de doble cubierta que empezaba a cruzar el río desde la orilla opuesta.

—Debe de ser un vapor de río —dijo Pete.

Y cuando la embarcación fue aproximándose, los niños pudieron ver que en ella iban viajeros y coches.

—¡Canastos, va a chocar con ese trozo de hielo! —dijo el pecoso.

Sue se cubrió los oídos con las manos, como si esperase una tremenda explosión. Pero la embarcación se desvió a la derecha del témpano de hielo, sufrió una ligera sacudida y continuó su camino.



—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¡Qué embarcaciones tan fuertes!

—Me gustaría dar un paseo en una —declaró Holly.

Los cinco niños prestaron luego su atención a la pista del tobogán que se extendía a lo largo de la terraza, hasta una cuesta cercana.

—¡Por ahí llega un tobogán! —anunció Pete—. ¡Mirad!

Tres niños se deslizaron veloces por la pista helada y fueron a detenerse muy cerca de los Hollister.

—¡Es estupendo! —declaró Ricky.

Los cinco habrían querido subir inmediatamente al tobogán, pero sabían que debían tener paciencia. Mientras Pete y Pam seguían fascinados por la velocidad de los toboganes, Sue se fijó en algo que parecía muy interesante. Era una especie de cabina, que pendía de una polea que iba desde lo alto de la escarpadura a un grupo de casas de abajo. Unas personas salían de aquella cabina y otras entraban. Tomando a Holly y Ricky de la mano, la pequeña les llevó a aquel lugar.

—¿Qué es eso? —preguntó Ricky a un policía que vio cerca.

—*Ascenseur* —fue la contestación.

—¿Cómo? —preguntó Ricky, sin comprender.

—Es un ascensor —contestó el policía, sonriendo—. Sube y baja a la gente a las zonas más altas y más bajas de la ciudad.

—¿Podremos subir nosotros? —quiso saber Holly.

—Naturalmente. Si tenéis dinero para el billete…

Ricky buscó en su bolsillo y sacó unas cuantas monedas.

—¿Es bastante? —preguntó.

Cuando el policía les contentó que sí, los tres niños abrieron la puerta y se metieron en el cobertizo. Pagaron su billete y quedaron contemplando cómo subía el ascensor. Una gran polea impulsaba la cabina, sujeta por sólidos cables, hacia arriba y hacia abajo.

Se abrió la puerta del ascensor y los tres niños entraron. Con un chirrido, la cabina empezó a descender y fue a detenerse en la base de la escarpadura. Se abrió la puerta y los Hollister salieron.

Levantando la cabeza pudieron ver totalmente el gran paredón de roca sobre el que se hallaba construido el hotel.

—¡Qué divertido! —dijo Ricky, echando a andar por un callejón estrecho que se llamaba, según decía en un letrero: *Petit Champlain*.

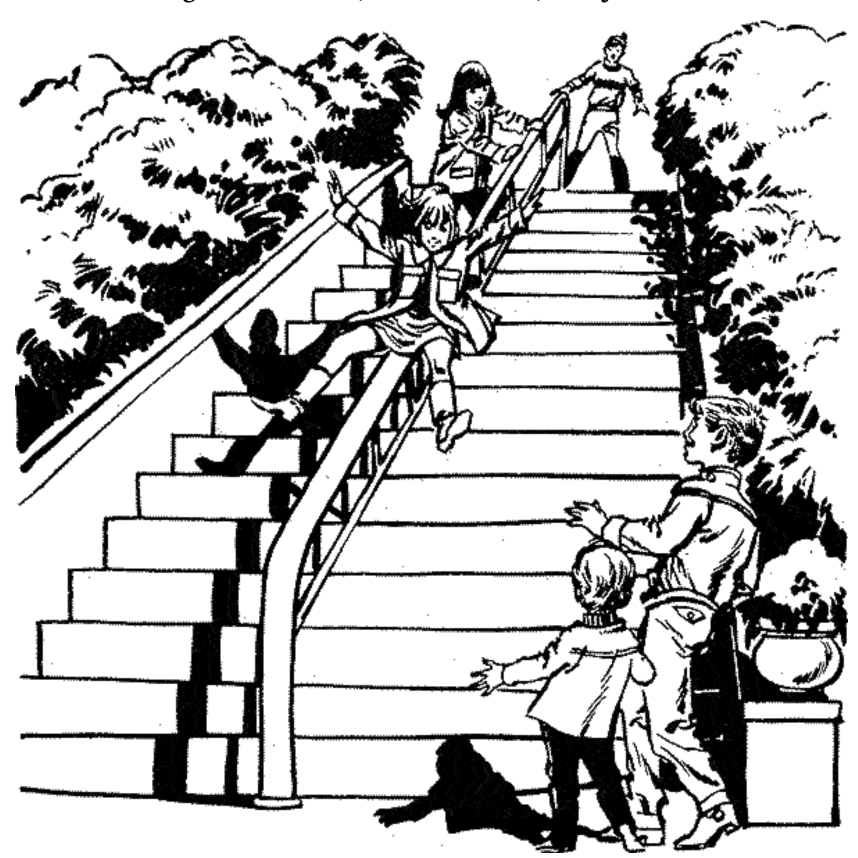
—¡Qué calle más rara! —rió Holly—. Tiene escaleritas.

Volviendo la cabeza a la izquierda, el chiquillo vio que, efectivamente, en la esquina siguiente la calle se convertía en un tramo de escaleras. En el centro había una barandilla de metal reluciente, que reverberaba al sol. Los Hollister comprendieron en seguida por qué aquel metal estaba tan brillante. Lo pulían constantemente los niños que se deslizaban por él, camino de la escuela. Dándose cuenta de que los Hollister les miraban con curiosidad, uno de los niños dijo:

—*Regardez! C'est tres ammant!*

Por toda contestación, el pequeño se sentó en la barandilla y se deslizó alegremente por ella, con las manos en alto.

—*Alors* —siguió diciendo, en francés—, *essayez-le!*



Por los gestos, Ricky comprendió lo que el otro quería decir. El pecoso subió a toda prisa las escaleras, seguido por sus dos

hermanas. En seguida se sentó a horcajadas en la barandilla y se deslizó por ella, sujetándose ligeramente con una mano.

—¡Es divertidísimo! —gritó el pequeño, mientras los demás niños aplaudían.

—Te apuesto lo que quieras a que yo lo hago sin las manos —dijo Holly.

—Estoy seguro de que no puedes —contestó su hermano.

—Ahora LO verás —repuso Holly, retadora.

Se sentó en la barandilla y, con los brazos separados como si fuesen las alas de un pájaro, empezó a descender. Pero cuando, con las trencitas flotando, estaban cerca del final, Holly resbalaba tan de prisa que no sabía cómo parar.

—¡Aaay! —gritó, apurada.

En aquel momento, un obrero, con un cubo lleno de bocadillos, pasaba por delante de la escalera. Holly salió de la barandilla con la velocidad de un rayo y ¡Plam! Aterrizó sobre el pobre obrero, que puso cara de gran susto.

El cubo voló por los aires y tanto el hombre como Holly cayeron al suelo. El cubo aterrizó un momento después y cuatro de los bocadillos se desparramaron sobre el suelo helado.

—*Qu'est-ce qui se passe?* —gritó el hombre, todavía sin comprender.

—Perdone, perdone —suplicó Holly.

Y levantándose a toda prisa del suelo, ayudó al hombre a recoger los bocadillos. Sue bajó corriendo las escaleras, mientras el hombre hablaba atropelladamente en francés. Los Hollister no entendían ni una palabra, pero una señora que pasaba les tradujo lo que estaba diciendo.

—¿De qué habla? —preguntó Ricky.

—Dice que tiene que darse prisa o perderá el vapor para ir a Levis.

—¿Dónde está eso? —preguntó Holly.

—A la otra orilla del río —contestó la señora.

—Lo Sentimos mucho, señor…

Viendo la cara de susto y preocupación de los niños, el hombre hizo un esfuerzo por sonreír y dijo:

—Soy Víctor Tremblay.

—¿Cómo?

—¡No se vaya!

Los tres niños estaban tan emocionados que casi no podían ni hablar con claridad.

—¡Le hemos encontrado! ¡Le hemos encontrado! —gritaba Holly, tirando de una manga del hombre.

Se había producido tanto alboroto que varias personas se detuvieron a ver qué pasaba; entre la gente había una confusa conversación entre los tres pequeños Hollister y el hombre franco-canadiense.

—Nosotros estábamos buscando a Víctor Tremblay —explicó Holly—. Él puede ayudamos a resolver un misterio.

La pequeña habló a continuación del «cariole» desaparecido y acabó preguntando:

—¿Dónde está nuestro «cariole», señor Tremblay?

Como respuesta, el hombre se encogió de hombros y pronunció apresuradamente algunas palabras* La maestra lo tradujo todo, diciendo:

—Hay sesenta mil personas con él apellido Tremblay en la provincia, de Quebec y con los hombres que llevan el nombre de Víctor podría llenarse el St. Lawrence. Yo no soy el hombre que buscáis, pero os deseo suerte en la búsqueda.

Los pequeños Hollister quedaron muy taciturnos y se dispusieron a alejarse, cuando vieron a los abuelos que corrían hacia ellos, seguidos de Pete y Pam.

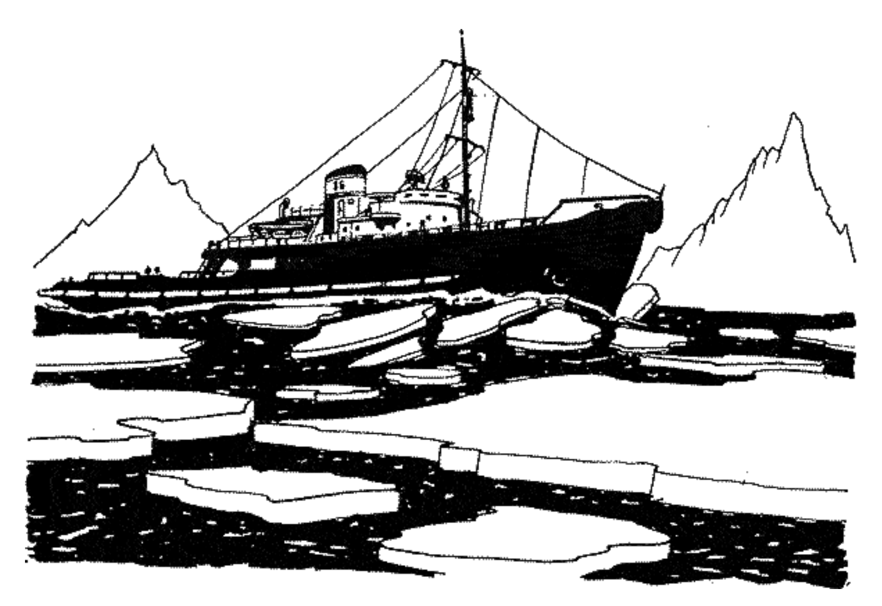
—¡Menos mal que estáis aquí! —exclamó Pam—. Creíamos que os habíais perdido.

—Gracias a que el policía nos dijo que os había visto bajar hasta aquí —añadió Pete.

En aquel momento, Víctor Tremblay miró con preocupación al vapor que estaba a punto de salir.

—Se le va a escapar —explicó Holly a su familia—. Y todo ha sido por culpa mía.

Al enterarse de lo ocurrido, el abuelo Hollister detuvo un taxi y entró en el vehículo con Sue, Holly y Víctor Tremblay, mientras los demás les seguían a pie.



—*Merci, merci!* —agradeció el señor Tremblay al salir del taxi y echar a correr hacia la embarcación.

El vapor ya se alejaba cuando los demás Hollister llegaron, pero vieron que otra embarcación semejante a la primera se aproximaba desde Levis. Mientras estaban mirando, Ricky empezó a suplicar que les llevasen a dar un paseo por el río St. Lawrence.

—Ya que estamos aquí, podríamos aprovechar y hacer lo que pide Ricky —dijo el abuelo.

Como todos estuvieron de acuerdo, Pete fue a sacar los billetes. En seguida cruzaron la pasarela, atestada de obreros que iban a Levis. La abuela tomó de la mano a Holly, mientras Pam y el abuelo cuidaban de Sue. Una vez en cubierta, los abuelos buscaron a Pete y Ricky, que no aparecían por parte alguna.

—¿Dónde se habrán metido estas criaturas? —dijo la abuela, muy preocupada, mientras la embarcación se ponía en marcha, abriéndose paso entre los témpanos de hielo.

—Puede que no hayan llegado a subir a bordo —dijo Pam.

Miró atentamente hacia las gentes que quedaban en el embarcadero, pero no vio ni rastro de sus hermanos.

—Abuelita, ¿crees que no habrán subido al vapor? —preguntó, inquieta.

El vapor avanzaba rápidamente hacia el centro del río. Los

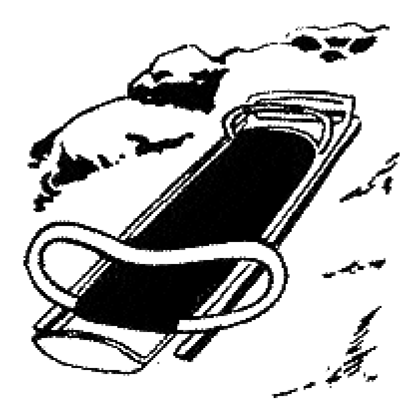
Hollister se volvieron a mirar la ciudad, que se erguía orgullosa, en lo alto de la escarpadura. El hotel tenía todo el aspecto de un castillo medieval.

—¡Allí les veo! ¡Allí les veo! —gritó Sue de repente.

—¿Dónde? ¿A quién? —preguntó Pam.

—A los niños. Allí «arribota».

DESAPARECIDO



Todos volvieron la vista hacia lo alto de la escarpadura.

—¿Cómo es posible que Pete y Ricky hayan llegado allí arriba, tan de prisa? —preguntó la abuelita, atónita.

—No, no. Yo quiero decir en la parte de «arribota» del vapor —explicó Sue con una risilla.

Los dos muchachitos estaban en lo alto del puente, junto al capitán. Al oír los comentarios de su familia, les saludaron, sacudiendo las manos, y Pete explicó a gritos:

—Nos gustaría que el capitán nos dejase conducir, pero no entiende el inglés.

—Decídselo por signos —aconsejó Pam, riendo.

Así lo hicieron sus hermanos, señalando primero el enorme timón y después a sí mismos, y por fin extendiendo la mano en dirección al embarcadero. Hasta que por fin el capitán, un hombre bajo, con cara infantil, vestido con uniforme azul, comprendió.

—*Oui, oui* —dijo, e indicó a Ricky que tomase el timón.

El pequeño lo hizo inmediatamente, haciéndolo girar primero a la derecha e inmediatamente a la izquierda, consiguiendo que la embarcación oscilase ligeramente, hasta que el capitán acudió en su

ayuda. Luego le llegó el tumo a Pete.

—¡Zambomba! ¡Qué divertido! —exclamó el chico.

Pero, mientras sostenía el timón, un enorme bloque de nieve avanzó en línea recta hacia la embarcación.

—¿Qué hago ahora? —preguntó al capitán.

Él canadiense apoyó inmediatamente una mano en el timón, ladeándolo a la izquierda, pero no pudo evitar que la embarcación sufriese un encontronazo con el témpano de hielo.

¡Crass! El casco del vapor recibió un fuerte golpe que le hizo balancearse. En vista de esto, el capitán se hizo cargo otra vez de la conducción del barco.

—*Pardon* —dijo Pete, con una avergonzada sonrisa.

Y Ricky añadió:

—*Merci* «boco».

Lo cual hizo reír a carcajadas al capitán.

Los dos muchachitos quedaron maravillados ante la habilidad del piloto cuando condujo el vapor hasta el embarcadero de Le vis. Volvieron a tender la pasarela y tanto automóviles como pasajeros salieron de la embarcación. Los abuelos Hollister y sus nietas quedaron en cubierta, debajo de donde se encontraban los dos niños.

—¡Subid! —les dijo Pete—. ¡Desde aquí se ve un panorama estupendo de Quebec!

Ricky señaló la escalerilla que llevaba hasta la timonera y las tres niñas subieron, mientras el vapor empezaba a llevarse de nuevo pasajeros y coches, para el viaje de regreso. Entre los pasajeros iba un sacerdote, con traje y sombrero negro, que también subió a la cubierta superior para admirar la vista de la vieja ciudadela francesa.

Cuando todos los pasajeros estuvieron en el vapor, el capitán hizo sonar un silbato e inició el viaje de regreso río arriba.

Mientras el viento azotaba los rostros de los Hollister, Holly tiró de la manga del abuelo, diciendo:

—¡Mira, mira! ¿Verdad que tiene gracia?

—¿Cómo hijita?

—El río está volviendo atrás —explicó la niña, asombrada.

—¡Es verdad! —concordó Pete—. Hace un rato el agua iba hacia

el océano.

—Debemos de estar viendo visiones —declaró Ricky, sentencioso.

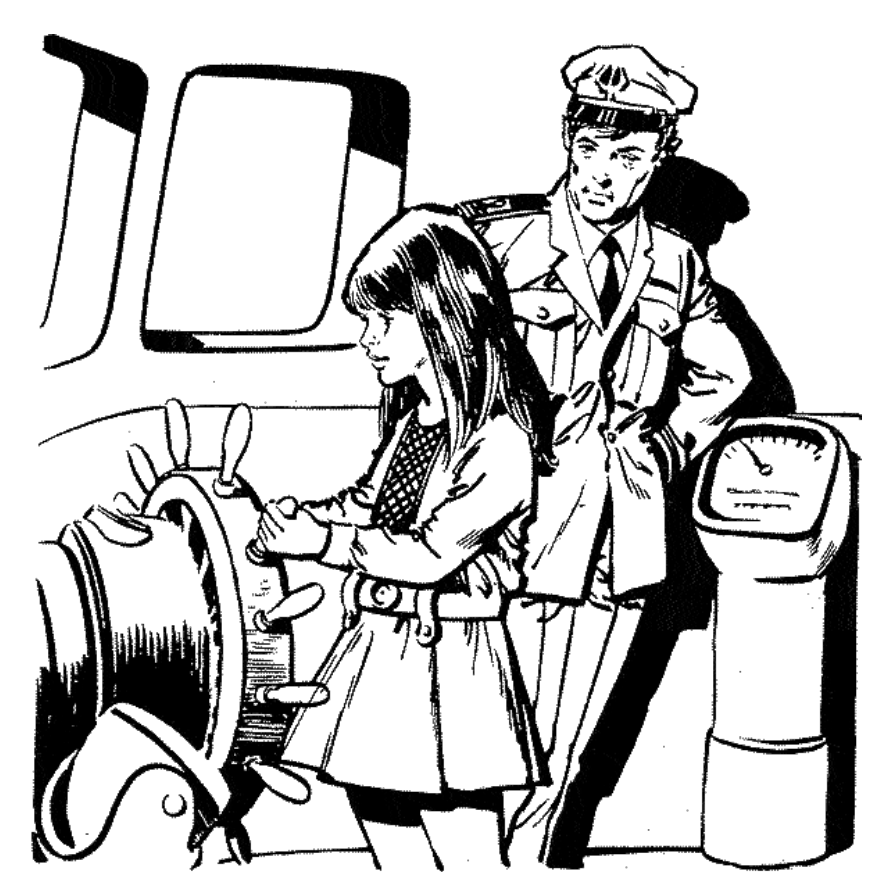
Al oír aquello, el sacerdote se volvió hacia los niños, sonriente, y dijo, en perfecto inglés:

—No. No estáis viendo visiones. Las aguas del río están moviéndose en distinta dirección que antes. La marea viene, ahora, del mar.

El sacerdote explicó que en Quebec la marea alcanzaba, a veces, de veinticuatro a cincuenta centímetros de altura.

—¡Huy! ¡El St. Lawrence es un río que sube y baja! —exclamó Sue, haciendo reír a todos.

Después de estar un rato hablando con el sacerdote, las niñas Hollister anunciaron que también a ellas les gustaría manejar el timón. Amablemente, el sacerdote tradujo la petición al capitán que accedió, sonriendo. Sue probó la primera, unos instantes, luego le tocó el tumo a Holly y, finalmente, a Pam que condujo con mucha habilidad, esquivando aunque por muy pocos centímetros, un bloque de hielo.



Cuando el capitán volvió a hacerse cargo del timón, Holly miró a Pete y, haciendo un guiño, dijo:

—¡Ja, ja! ¡No hemos tocado ni un bloque de hielo!

Cuando llegaron a Quebec, los Hollister desembarcaron, y después de despedirse del amable sacerdote, corrieron por la nevada calle, paralela al río.

—Ahora podríamos empezar a buscar pistas —propuso Pete.

—Yo tengo hambre —anunció Sue, interrumpiéndole.

Como era casi mediodía comieron unos bocadillos, en un restaurante cercano, y luego tomaron un trineo para que les llevase a la dirección de Víctor Tremblay.

Todos se instalaron en el gran trineo descubierto; Holly y Sue se sentaron en las rodillas de la abuela y el abuelo, respectivamente. El conductor les colocó una piel de toro sobre las piernas. Luego, el

caballo se puso en marcha lentamente, a lo largo de las angostas calles de la vieja ciudad; después, empezó a ascender por la ladera de la montaña.

Por fin, llegaron a la calle en la que habitaba Víctor Tremblay. El conductor detuvo al caballo ante una coquetona casa de ladrillo rojo.

—Es aquí —dijo Pam, comprobando el número—. Yo llamaré a la puerta.

Bajó del trineo, atravesó un caminillo abierto en la nieve y se detuvo ante una puerta verde. Llamó varias veces. Por fin, la puerta se abrió un poquito y por ella apareció una anciana con una toquilla sobre los hombros.

—¿Es ésta la casa de Víctor Tremblay? —preguntó Pam.

—Sí —contestó la anciana en mal inglés—. Mejor dicho, lo era.

—¿Ya no vive aquí? —preguntó Pam.

—Víctor Tremblay se puso enfermo en diciembre. No había aquí nadie que pudiese cuidarle y se marchó a vivir con su familia —explicó la mujer.

—¿Adónde?

La señora movió de un lado a otro la cabeza, respondiendo:

—Eso no lo sé.

—¿No dejó ninguna dirección?

—No. Dijo que se iba a alguna parte de la zona alta del río.

Pam se sintió desencantada.

—Gracias. *Merci* —dijo a la señora, que hizo una pequeña inclinación con la cabeza, antes de cerrar.

Cuando Pam explicó a los demás lo que había averiguado, todos quedaron unos momentos taciturnos y silenciosos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó, al cabo de un rato, Ricky.

Pete reflexionó unos instantes y acabó diciendo:

—Tengo una idea. Si Víctor Tremblay fabricaba trineos, seguramente compraría pintura y otras cosas en las ferreterías. Vamos a preguntar en alguna de esas tiendas.

El abuelo opinó que la idea de Pete podía proporcionar alguna pista; por lo tanto se ordenó al conductor del trineo que les llevase al almacén de pinturas y ferretería más cercano. Uno, dos y hasta tres comerciantes dijeron que conocían a Víctor Tremblay, pero que

no le habían visto desde hacía varios meses.

—Siento no poder ayudaros —dijo el tercer comerciante—. Pero os deseo suerte.

Para entonces Ricky, Holly y Sue se habían cansado de ser detectives y pidieron regresar al hotel.

—Prometiste llevamos en el «tubogán», abuelita —dijo Sue—. ¿Vas a llevamos?

—Yo también quiero ir —anunció, inmediatamente, Holly.

—Y yo, y yo —gritó Ricky, dispuesto a no ser menos—. Aquel tobogán es estupendo.



Pete y Pam, aunque estaban un poco desanimados, pidieron que se les dejase continuar su trabajo detectivesco.

—De acuerdo —accedió el abuelo—. La abuelita y yo podemos llevamos al tobogán a los pequeños, mientras vosotros continuáis

investigando.

Pete y Pam bajaron del trineo y, con un plano de Quebec en sus manos, se dispusieron a hacer más pesquisas, después de prometer a los abuelos regresar al hotel para la hora de la cena. El trineo se detuvo delante del hotel y el abuelo pagó al conductor.

Sue bajó la primera del trineo y corrió al tobogán. Miró a la parte alta de la rampa. No se veía a nadie. La pequeña trepó hacia la superficie, de tres pistas, dispuesta a pasar por ellas hasta el otro lado.

En aquel momento, un tobogán en el que iban dos niños, se puso en marcha desde lo alto de la pendiente. Ricky, que caminaba a poca distancia de su hermanita, lo vio en seguida y empezó a gritar:

—¡Date prisa, Sue, date prisa!

Pero el silbido del viento y el gorro que cubría las orejas a la niñita, impidieron que Sue oyera a su hermano.

Aterrorizado, Ricky echó a correr como una centella, pasó sobre las dos primeras pistas y dio a su hermanita un fuerte empujón. Los dos hermanos rodaron juntos a un lateral y el tobogán pasó casi rozándoles.

Varias personas que estaban presentes contuvieron la respiración y en seguida suspiraron, tranquilizadas, viendo que Sue y Ricky estaban a salvo. Los abuelos se acercaron en seguida para alabar el heroísmo de Ricky y hacer prometer a Sue que nunca volvería a hacer una cosa así.

—Perdón —murmuró Sue, sorbiendo una lagrimita.

Su hermano le acarició el cabello.

—Todo está bien cuando acaba bien —recitó Ricky, gravemente, repitiendo lo que había oído decir con frecuencia a los mayores—. ¿Podemos subir ahora, abuelito?

—Lo menos peligroso es el tobogán —declaró la abuela, contemplando las pistas por las que los niños podían deslizarse sentados, sin tobogán—. Podéis hacer un viaje.

Había que subir por una cuesta muy empinada hasta la cima. Cuando llegaron allí, los tres hermanos ocuparon sus puestos en un tobogán. Holly miró a la parte inferior de la cuesta y exclamó:

—¡Oooh! Es escalofriante, ¿verdad?

—Cuanto más escalofriante, mejor —sentenció Ricky—. ¡Ya nos

vamos!

Empezaron a descender, primero lentamente, luego con mayor velocidad cada vez. La rapidez del descenso y el soplo del viento les producía hormigueo en la cara y los tres gritaban, emocionados. El tobogán llegó al final de la cuesta y se deslizó horizontalmente, hasta detenerse.

Aún no había tenido tiempo los pequeños de desmontar, cuando vieron que Pete y Pam corrían hacia ellos, sacudiendo alegremente los brazos.

—¡Hemos encontrado una pista! ¡Hemos encontrado una pista! —anunció Pam.

UNA SORPRESA PARA PETE



Sin poder esperar a que sus hermanos desmontasen, Pete y Pam se acercaron a la carrera, gritando:

—¡Nos parece que hemos encontrado a Víctor Tremblay!

—¡Qué suerte! Entonces… —empezó a decir Ricky, pero dejó la frase sin acabar y quedó con la boca abierta de asombro al ver que sus abuelos desmontaban del tobogán que acababa de detenerse, y se aproximaban a los niños.

—¿A que no adivináis una cosa? —dijo Pete—. ¡Sabemos dónde está Víctor Tremblay!

Pam y él habían visitado a otro almacenista y éste les dijo que había oído decir que Víctor Tremblay, el constructor de trineos, se había ido a Baie St. Paul.

—Mirad —añadió Pete, desplegando un plano—. Aquí está ese lugar.

Con el dedo señaló un punto que marcaba una población a orillas del río St. Lawrence, a sesenta millas menos de la embocadura, que era Quebec.

—Mirad aquí —dijo Pam—. Hay una gran isla en el río, frente a Baie St. Paul. Se llama Ile aux Coudres.

—¡Ah, sí! —contestó el abuelo—. Resulta muy agradable un paseo en coche hasta Baie St. Paul. Hay muy buena carretera.

—¿Podremos ir ahora mismo? —preguntó el impaciente Ricky.

—Iremos mañana, si hace buen tiempo —replicó el abuelo—. Ahora es demasiado tarde. Sigamos divirtiéndonos con el tobogán. Peté, Pam, vosotros dos dad un par de vueltas.

Mientras subía por la cuesta, Pam se preguntó cuántos Tremblay vivirían en la Baie St. Paul. Pete iba pensando en los motivos que podían haber hecho que el constructor de trineos se marchase a Tile aux Coudres.

Después de dar varios paseos en el tobogán, los Hollister fueron al hotel, se cambiaron de ropa y bajaron a cenar.

Todos pidieron, de primer plato, una humeante sopa de cebolla. ¡Qué deliciosa estaba! Después, Pete y el abuelo quisieron probar las ancas de rana. Los demás eligieron «Pámpano en papillote», consistente en filetes de pámpano, relleno con cangrejos y langosta y cocido al homo en tarteritas de papel pergamino. A Sue le intrigaron los «platos de papel» y la abuela explicó:

—Eso son los «papillotes».

Al terminar la cena el camarero sirvió una bandejita cubierta con un paño blanco, sobre el que iban muchos hombrecitos de nieve, representando a «*Bonhomme* Carnaval».

—¡Qué lindos! —exclamó Holly, tomando el suyo—. *Merci.*

El muñequito, hecho de sabroso caramelo, tenía un sombrero color púrpura, ojos azules y boca y nariz coloradas. En la parte del pecho lucía dos botones azules y alrededor de la cintura una faja púrpura y azul.

—¡Qué cómico es! —comentó Pam, llevándose, de un bocado, el sombrero del hombrecito.

Hablando un inglés con mucho acento francés, el camarero dijo:

—Han resultado un éxito entre todos los niños que comen en el hotel.

—No es raro —repuso Pete—. Son muy buenos.

En aquel momento, el jefe de comedor, un hombre alto y atractivo, con bigote, se acercó a la mesa de los Hollister y dijo:

—Celebro que les guste. Los hacemos en la cocina del hotel.

Sonriendo, Holly preguntó:

—¿No podríamos ver cómo los hacen?

El hombre hizo una cortés inclinación con la cabeza y contestó:

—*Oui*. Si lo deseáis, me encantará enseñároslo. El *chef* no está ocupado en este momento.

Los abuelos prefirieron quedarse sentados, saboreando su café, mientras los niños iban a visitar las cocinas. Los cinco siguieron al jefe de comedor, que se llamaba señor Blanc.

—Haremos una *tournée* por la cocina —dijo el señor Blanc, volviendo la cabeza.

Abrieron unas puertas batientes y entraron en una estancia limpísima, con las paredes embaldosadas. De las grandes ollas que hervían en los fogones brotaban olorcillos deliciosos.

—Aquí es donde hacemos la sopa de cebolla —explicó el señor Blanc, mientras uno de los cocineros cogía un gran cucharón de madera para remover el contenido de la gigantesca cazuela.

—Y aquí —añadió el señor Blanc— hacemos el puré de patatas.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, contemplando el aparato que el señor Blanc les mostraba—. Si parece una lavadora…

—Sí —concordó Pam—. De las antiguas.

Dentro, las blancas y cremosas patatas estaban siendo trituradas por unas aspas giratorias.

—Y ahora —dijo el señor Blanc, haciendo pasar a los niños a una habitación más pequeña—, quiero presentaros al señor Carteau, nuestro *chef* pastelero.

Los Hollister saludaron al hombrecillo bajo y grueso, con bigote rizado, que llevaba un gran gorro de cocinero.

—Les gustaría ver cómo se hacen los «*Bonhommes* Carnaval» —explicó el señor Blanc al cocinero.

—Con mucho «plaser» —contestó el señor Carteau—. Precisamente ahora estoy preparando unos cuantos. Venid y veréis.

Después de ajustarse el delantal blanco alrededor de la amplia cintura, el cocinero llevó a los niños hasta la larga mesa en la que acababa de moldear los cuerpecillos blancos de los hombres de nieve.

—¿Tal vez a las señoritas les gustaría colocar los adornos? —insinuó el cocinero.



—Sí, sí —contestó, en seguida, Pam.

El cocinero tomó un trozo de papel encerado, lo hizo girar hábilmente para formar un cono, y en la parte más ancha del mismo vertió una mezcla de azúcar y clara caliente teñida de rojo. Tendiéndole el cucurucho de papel a Pam, el señor Carteau dijo, sonriente:

—Haz la nariz, la boca y una tira de la faja en la cintura.

Con mucha precaución, Pam cogió el cono de papel y lo oprimió suavemente. Pronto puso narices, bocas y fajas a media docena de «*Bonhommes* Carnaval». Entonces, el señor Carteau dio otro cono de cartulina a Holly, diciéndole:

—Tú le haces los ojos azules.

¡Flip, flip, flip! Los ojos azules estuvieron hechos en un momento.

—Ahora una tira azul en la faja —indicó el *chef* pastelero.

Holly siguió fielmente las instrucciones, entre alegres risillas.

—¿Qué hago yo? —preguntó Sue, con su vocecita cantarina.

—Tú les pondrás el *chapean* —decidió el *chef*.

—¿Qué es eso?

—El sombrero.

—Aaah —dijo Sue, tomando un cucurucho con azúcar batido, teñido de púrpura.

El cocinero le enseñó a aplicar la mezcla haciendo un movimiento giratorio con el cono de papel, para dar una graciosa inclinación al sombrerito. La primera vez, Sue hizo un sombrero casi tan grande como todo el «*Bonhomme* Carnaval». Sus hermanos, al verlo, rieron.

—No aprietes tanto —aconsejó el *chef*, moviendo negativamente un dedo.

Pero el próximo sombrerito quedó perfecto, y muy pronto todos los hombrecitos de caramelo lucieron uno.

—Me gustaría probar también a mí —confesó Ricky—. Pero ya no hay nada más que hacer.

Con una sonrisa, Pete repuso:

—Sí, hay.

—¿Qué?

—Zapatos.

También el cocinero sonrió, al oír aquello, y dijo:

—Hasta ahora no poníamos zapatos a «*Bonhomme* Carnaval», pero si vosotros queréis calzarle… Probad a hacerlo.

—¿De qué color? —preguntó Ricky.

—¿Por qué no se los haces colorados? —propuso Pam.

—Eso, eso. Zapatos colorados —dijo Ricky, cogiendo el cucurucho de cartulina que le daba el cocinero.

La intentona del pequeño por calzar al hombrecito fue todo un éxito, aunque no se juzgase más que el tamaño de los zapatos rojos.

—¡Zambomba! —exclamó Pete, mientras el pelirrojo aplicaba dos grandes globos sobre los pies de «*Bonhomme* Carnaval»—. ¡Si son las botas de siete leguas!

Pero, aunque el pecoso procuró hacer los próximos zapatos más reducidos, aún siguieron siendo gigantescos para el diminuto hombre de caramelo.

—Bueno. Estos hombres de nieve son diferentes ahora —dijo el niño.

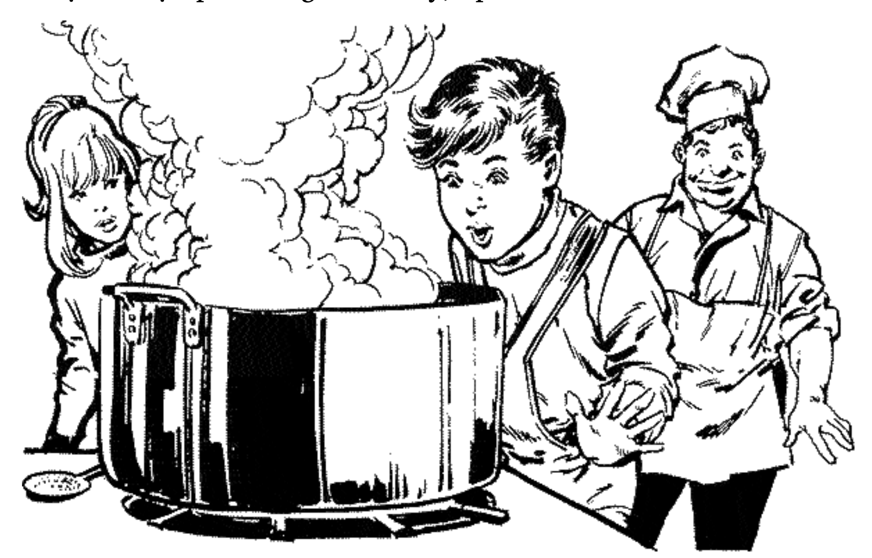
—¡No necesitas jurarlo! —le contestó Pam, a carcajadas.

A los pocos minutos los atractivos caramelos estuvieron preparados para ser levantados de la mesa. Ricky se apoderó del hombrecito de las botas más grandes.

—Vamos a ver a qué velocidad viaja con sus botas de siete leguas —dijo el pequeño y, sosteniendo la figurilla entre dos dedos, Ja hizo saltar de cazuela en cazuela.

Pero, cuando llegó a la gigantesca cazuela de puré de patatas, ¡plof! «*Bonhomme*» se cayó dentro.

—¡Eeeh! ¡Espera! —gritó Ricky, apurado.



Asomó la naricilla por el borde de la cazuela y pudo ver al hombrecito saltando de un lado a otro, en la espesa mezcla, que giraba sin cesar. Pero pronto se disolvió y fue engullido por la blanca masa.

Ricky y sus hermanos quedaron aterrados, hasta que vieron que el cocinero, riendo se acercaba al triturador de patatas.

—No ha pasado nada —dijo—. En realidad, creo que las patatas necesitaban una pizca de azúcar.

—¿Quiere usted decir que no se notará la diferencia? —preguntó Pam.

—Si alguien la nota —contestó el señor Blanc—, diremos simplemente, que son patatas *au Hollister*. Una cosa nueva para nuestro menú.

Los niños se rieron, tranquilizados.

—¿Qué «haceremos» con los otros señores de nieve? —preguntó Sue.

—¿Qué queréis hacer con ellos? —preguntó, a su vez, el señor Blanc a Pete.

—Comérnoslos —dijo el muchachito, sinceramente.

—Pero, antes, podríamos enseñárselos a los abuelitos —dijo Pañi.

—Y tendríamos que enviar algunos a nuestros amigos —opinó Holly—. Por lo menos a Jeff y Anne Hunter y a Donna Martin.

El cocinero envolvió en papel encerado cada uno de los muñequitos y luego los guardó en unas cajitas. Los Felices Hollister dieron las gracias tanto al cocinero, como al señor Blanc por aquella divertida visita a la cocina, y volvieron luego al comedor. Por el camino el señor Blanc regaló a cada niño una figurita de plástico.

—¡Más «*Bonhommes* Carnaval»! —exclamó Ricky, ensartando la diminuta figura en un ojal.

—Debéis llevarlos cuando circuléis por Quebec —les aconsejó el señor Blanc—. De lo contrario, os llevaréis una gran sorpresa.

—¿Por qué? —se asombró Ricky.

—Esperad y ya veréis —contestó el señor Blanc.

Cuando llegaron al vestíbulo, Sue estaba tan dormida que casi no podía caminar y se colgaba pesadamente del brazo de su abuela.

—Yo iré a enviar estos paquetes a vuestros amigos y luego llevaré a Sue a la cama —dijo la abuela.

—¿No podemos quedarnos un poquito más? —preguntó Holly, mirando al exterior.

Era de noche y por todas partes brillaban luces.

El abuelo se ofreció a acompañar a los niños para que vieran la ciudad iluminada. Cuando se pusieron los abrigos, cada uno de los niños se aseguró de llevar bien colocado su «*Bonhomme* Carnaval» en el ojal. Caminaron calle abajo y pronto oyeron música a distancia.

—Más bailarines —dijo Holly—. Yo quiero verles.

Y la pequeña echó a correr en dirección a la música. Los demás la siguieron y todos llegaron a una gran plaza. En un letrero Pete leyó: «Plaza Duval».

—Yo he oído hablar de esta plaza —dijo el muchachito.

Estaba muy iluminada y llena de gentes que bailaban. Otro palacio de hielo, más grande todavía que el que habían visto, se levantaba en el centro de la plaza. A la puerta del palacio había un policía y dentro se veía a varias personas jóvenes que parecían estar comprando objetos de recuerdo a un payaso. Por un altavoz, montado en un alto poste, sonaban canciones populares que los Hollister conocían bien.

Alegre como lo estaba todo el mundo, Pete bailó con Pam, Ricky y Holly. Atrás, adelante, una vuelta, otra vuelta… Pero de repente, un grupo de niñas y niños rodeó a Pete, riendo alegremente. Todos hablaban apresuradamente en francés.

—¡Zambomba! —murmuró Pete, sonriendo—. No sé lo que queréis decirme.

Al oír a Pete, hablando en inglés, una de las niñas, sin cesar de reír, le dijo, en inglés:

—Tienes que venir con nosotros.

Tomaron de la mano a Pete y tiraron de él, abriéndose paso entre la multitud y riendo a carcajadas.

—¿Adónde le llevan? —preguntó Pam, gritando para hacerse oír.

Un policía que estaba cerca, divirtiéndose con la escena, oyó la pregunta de Pam y dijo:

—¡El muchacho debe ir a la cárcel!

UN CABALLO DESBOCADO



Al oír que su hermano iba a ir a parar a la cárcel, Ricky y Holly tuvieron un gran susto.

—Ven, Ricky —dijo la niña, tirando del brazo de su hermano—. Hay que buscar al abuelito. Él puede ayudamos.

El policía, al darse cuenta de que los niños estaban preocupados, se inclinó para hablar con ellos, diciendo:

—No le va a ocurrir nada malo a vuestro hermano. Pero tened en cuenta que no llevaba un «*Bonhomme* Carnaval».

Pete se miró el abrigo. ¡El diminuto muñeco de plástico había desaparecido!

—Debes de haberlo perdido mientras bailabas —dijo Pam.

Si la mascota había caído en la nieve, a aquellas horas habría sido aplastado por cientos de pies. Pete comprendió que sería imposible encontrarlo.

—*Venez avec nous, venez avec nous!* —decían, cantando, los niños de Quebec, tirando de Pete hacia el Palacio de Hielo. Ya sin ningún miedo, los Hollister se unieron a la algarabía de los demás. Riendo alegremente siguieron a Pete hasta la puerta de la «cárcel» de hielo. Una vez dentro se encontraron frente al payaso y a varios

prisioneros.

—¿Dónde está tu «*Bonhomme* Carnaval»? —preguntó el payaso, sonriendo ampliamente.

—Lo he perdido —contestó Pete, también riendo—. Lo siento.

En ese momento, Holly gritó:

—¡Yo tengo uno, Pete!

—¿Sí?

—Un hombrecito de nieve de caramelo. ¡Míralo! —dijo la niña, rebuscando en sus bolsillos, hasta encontrar uno de los «*Bonhomme* Carnaval» de los que habían decorado ellos mismos en el hotel.

Pete tomó el muñequito de caramelo y, sonriendo, preguntó:

—¿Vale éste?

—Magnífico —declaró el payaso—. Ahora ya eres libre. —Y con un simpático guiño, añadió—: De todos modos, como eres forastero en Quebec, te vamos a regalar otro.

Los otros prisioneros no fueron tan afortunados, pues cada uno tuvo que pagar veinticinco centavos para adquirir otro hombre de nieve y así poder tomar parte en las diversiones.



Cuando los niños volvieron a reunirse con el abuelo, éste dijo:

—Yo creo que ya habéis tenido bastantes emociones por esta noche.

De modo que regresaron en seguida al hotel. A la mañana siguiente, se hicieron los preparativos para ir a Baie St. Paul. La abuela guardó pijamas y algunas prendas de repuesto en dos bolsas de viaje, por si se daba el caso de que no pudieran regresar a Quebec aquella noche. A media mañana los Hollister estaban camino de la bahía. Atravesaron las estrechas calles de Quebec y por último cruzaron un puente. El abuelo condujo el sedán por una amplia carretera, paralela al río St. Lawrence.

—Tengo la impresión de que hoy va a ser un día de muchas sorpresas —dijo Pam.

—Yo creo lo mismo. Y la primera sorpresa se aproxima ahora mismo —dijo la abuela.

—¿Qué es? —preguntó Pete.

La abuela contestó que pronto llegarían a la catedral de Ste. Anne de Beaupré, una de las atracciones turísticas más populares del Canadá francés.

—Está un poco más arriba, a la derecha —dijo el abuelo, mientras viraba a la izquierda y se detenía ante la catedral.

—¿Podemos entrar a mirar? —preguntó Pam.

—Naturalmente —repuso la abuela—. Hay una capilla a la que acuden inválidos y tullidos con la esperanza de ser curados. Muchos dejan aquí sus muletas y vuelven a su casa por su propio pie, ya sanados.

Después de contemplar las obras de arte que guardaba aquella iglesia, los niños quedaron silenciosos, mirando con asombro la infinidad de bastones y muletas dejados por enfermos. Luego, volvieron al coche.

Pasaron por St. Tite des Caps y llegaron a un pequeño pueblo que era poco más que un puñado de tiendas con unas cuantas casas a cada lado de la carretera. El abuelo tuvo que reducir la marcha, debido al abundante tráfico, consistente principalmente en trineos tirados por caballos. De repente, Pete anunció:

—¡Allí hay un «cariole» igual que el que nosotros buscamos!

El trineo, tirado por un solo caballo, se encontraba delante de un

almacén. El abuelo situó el sedán a un lado de la carretera, en cuanto encontró espacio, y se detuvieron allí para contemplar bien el «cariole».

—Puede que sea el nuestro —dijo Holly, poniéndose en pie y mirando el trineo desde la ventanilla posterior.

Una piel de oso, que él propietario de aquel vehículo había extendido sobre la parte delantera del trineo, ocultaba el lugar en que podían estar grabadas las iniciales F. H. Antes de que los Hollister hubieran tenido tiempo de bajar y mirar, dos muchachitos y una niña subieron al trineo y extendieron la piel sobre sus rodillas. Uno de los chicos tomó las riendas y el caballo emprendió la marcha. No había iniciales en aquel trineo.

—Pues no era nuestro trineo —dijo Pete, con un suspiro.

En aquel momento, el abuelo hizo sonar la bocina, antes de cruzar al centro de la carretera. El ruido repentino hizo que el caballo se encabritase. Con una fuerte sacudida, el animal arrancó las riendas de las manos del niño, y emprendió el galope, con la testuz muy erguida. Tras él, el «cariole» se bamboleaba de un lado a otro.

—¡Hay que ayudar a esos niños! —dijo Pam, mientras el abuelo detenía el coche.



Pete bajó a toda prisa y, cuando el animal desbocado pasó ante ellos, el chico saltó hacia el animal y cogió las colgantes riendas. Aunque Pete tiró con todas sus fuerzas, intentando detener al

caballo, su potencia no podía compararse con la del animal que, de una sacudida hizo perder el equilibrio a Pete y le arrastró por la nevada calle. Pero el peso del muchachito acabó haciendo que el caballo se detuviera, mientras la gente se arremolinaba en tomo al trineo.

Los más asustados eran los tres niños del trineo que, con una extraña expresión de culpabilidad, dieron las gracias a Pete en francés.

En aquel momento, del almacén salió un hombre corriendo y gritando. Y empezó a dar amenazadoras voces a los niños franceses, hasta que los tres se echaron a llorar.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Sue a su abuela.

La abuela explicó a media voz que los tres niños habían subido al trineo sin permiso del dueño, mientras éste se encontraba en la tienda.

—Pero han prometido no volver a hacer nunca una cosa así —añadió la abuela.

Aunque sabía que los niños se habían portado mal, Holly sintió lástima por ellos.

—Ellos no quisieron hacer daño a nadie —• dijo defendiéndoles.

—Es verdad —concordó Pete—. Además, ha sido culpa nuestra el que su caballo se desbocase.

—Me gustaría invitar a esos niños a unas pastas de las que veo en aquella panadería —dijo Holly.

Cuando los tres asustados pequeños oyeron el ofrecimiento, traducido en francés por la abuela Hollister, sonrieron alegremente. Acompañados de los Hollister, entraron en la panadería donde se compraron sabrosos bollitos para todos.

Mientras los comían, Ricky dijo:

—¿Os acordáis de aquella vez que «Domingo» se desbocó y rompió nuestro carro entre dos árboles?

—Claro que me acuerdo —contestó Pete.

En aquel momento, todos los Hollister quedaron silenciosos. ¡Pobrecito «Domingo»! ¿Aún no le habrían encontrado? Por un instante, cada uno de los niños sintió el deseo de trasladarse a casa durante cinco minutos, para averiguarlo.

Mientras pagaba al panadero el importe de los bollos, el abuelo

preguntó:

—¿Cuál es el mejor sitio para comer en Baie St. Paul?

—El hotel Eau Claire —le contestó el panadero—. Está cerca del río. No tiene pérdida.

Los Hollister y los tres niños franceses, que aún saboreaban los bollos, se despidieron. El abuelo puso en marcha el coche, por la ciudad ribereña. Poco después del mediodía se detuvieron ante el hotel que, en realidad, era una vieja granja desde la que se contemplaba el río St. Lawrence y l'Ile aux Coudres.

Delante de la pared posterior del hotel, Pete descubrió un avión de un solo motor, pintado de alegre color rojo, en una pista cubierta de nieve.

—¡Venid! —dijo a sus hermanos, mientras se acercaba a mirarlo.

—¡Canastos! —exclamó Ricky—. ¡Es un avión con esquíes en lugar de ruedas!

—Debe de ser divertido volar en un avión esquiador —rió Holly.

—Me gustaría saber de quién es —dijo Pam, volviendo a reunirse con los abuelos que ya subían las escaleras del porche.

Salió a recibirles a la puerta una señora muy guapa, de cabello negro, que según dijo era la señora La Fontaine. A su lado estaba un niño al que presentó como su hijito Jacques.

—Todavía no habla muy bien el inglés —explicó la señora La Fontaine, mientras los viajeros se quitaban los abrigos.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó Holly a Jacques.

—Seis en punto —dijo el niño, sonriendo.

Los Hollister no pudieron contener la risa al oír aquella explicación y Jacques se puso encamado como un tomate. Por eso Pam se apresuró a ayudarle, diciendo:

—Ha querido decir seis años justos. No te preocupes, Jacques; nosotros no sabemos hablar nada de francés. Yo creo que te explicas muy bien en inglés.

Esto hizo que Jacques se mostrase mucho más alegre y se atreviera a explicar:

—He querido decir que acabo de cumplir seis años, y soy una frambuesa.

—Vaya, vaya —dijo la señora La Fontaine, mientras acompañaba a los Hollister al comedor—. Antes de dos minutos,

Jacques ya les habrá contado toda la historia.

—¿Qué es eso de ser una frambuesa? —preguntó Pete, mientras retiraba una silla de la mesa, para que se sentase la abuela.

La señora La Fontaine explicó que se llamaba frambuesa a todos los que procedían de los alrededores del lago St. John, donde crecían muchas frambuesas.

—Estoy contento de ser una frambuesa —declaró Jacques, con orgullo.

—¿Puedo comerte? —bromeó Holly.

El pequeño desapareció entonces en la cocina y los Hollister eligieron menú. Sirvió la comida la señora La Fontaine, que les fue dando detalles sobre aquel restaurante. Ella y su familia procedían del Lago St. John, donde el señor La Fontaine era piloto aviador y se dedicaba a trasladar de un lado a otro, en la avioneta, a cazadores y deportistas. El avión rojo que los Hollister habían visto fuera era suyo.

Al oír aquello Pam dijo:

—El señor La Fontaine debe conocer a mucha gente por aquí. A lo mejor él podría ayudarnos.

—Lo hará con gusto. ¿De qué se trata?

—Estamos buscando a un señor que se llama Víctor Tremblay. ¿Le conocen ustedes? —preguntó Pam.

—¿Víctor Tremblay? —repitió la señora, quedando unos momentos pensativa. Y en seguida añadió—: Desde luego. Víctor Tremblay se marchó a Ile aux Coudres. La traducción es Isla de las Avellanas.

La señora La Fontaine siguió diciendo que el constructor de trineos se había marchado a la isla para reponerse de una enfermedad que le había dejado muy débil. Había ido a vivir a la casa de sus cinco primos.

—Los cinco son hermanos y muy aficionados al río. Van a participar en la competición de canoas que se celebrará en Quebec el domingo próximo. Los Tremblay tienen muchas posibilidades de ganar.

Al enterarse de aquello, los Hollister se pusieron tan nerviosos que casi perdieron el apetito para acabar la deliciosa comida.

—Tenemos que ir a la isla en seguida —dijo Pete.

—¿Cómo cruzaremos el agua? —preguntó Ricky—. ¿Hay algún transbordador?

—Sólo funciona en verano —repuso la señora La Fontaine—. Pero mi marido puede llevarles en la avioneta.

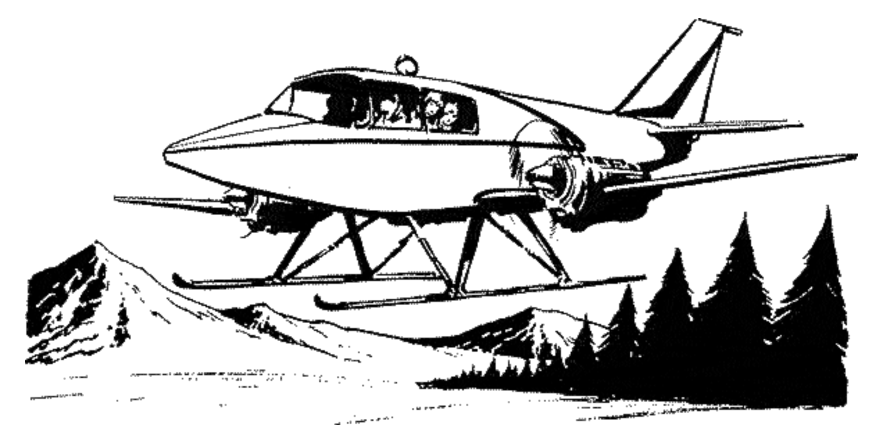
—¡Magnífico! —dijo el abuelo—. Tal vez podamos aclarar todo el misterio hoy mismo.

La señora La Fontaine llamó a su marido, que estaba en la buhardilla, y bajó inmediatamente. Era un hombre de mediana estatura, muy ancho, con barbilla saliente y ojos azules. A los Hollister les pareció muy simpático. El piloto les dijo que era, también, aficionado a la radio.

—Tengo mi emisora de onda corta en la buhardilla. ¿Queréis venir a verla, muchachos?

—Sí, sí.

Pete y Ricky siguieron al señor La Fontaine a la pequeña habitación de la buhardilla. En una mesa arrimada a la pared había toda clase de piezas de radio: un aparato emisor con discos y pulsadores y otro receptor, con un gran altavoz.



—¿Querrá usted enviar un mensaje? —pidió Ricky—. Nos gustaría ver cómo lo hace.

Complaciente, el señor La Fontaine hizo lo que le pedían. El aparato emisor dio unos chasquidos y a los pocos momentos llegó respuesta por el receptor.

—¡Qué aparato tan bueno! —exclamó Ricky, mientras Pete asentía, entusiasmado—: Me gustaría tener uno así.

Mientras bajaban al comedor, Pete explicó al señor La Fontaine que los Hollister deseaban trasladarse a Ile aux Coudres.

—Yo os llevaré —dijo el piloto—. Pero sólo puedo acomodar a tres pasajeros cada vez. ¿Qué os parece si llevo a las damas primero?

La idea de despegar en una avioneta con esquís hizo estremecer de emoción a los niños. Peté ayudó a entrar a la abuela y detrás de ella pasaron Sue, Holly y Pam. El piloto puso en movimiento la hélice y el motor empezó a runrunear; entonces, el señor La Fontaine entró en la avioneta. El aparato de alegre color rojo se deslizó sobre la nieve, aumentó la velocidad y por fin se elevó, para cruzar el St. Lawrence.

Media hora más tarde regresó el señor La Fontaine.

—Arriba todo el mundo —dijo el abuelo, y los dos chicos subieron.

Cuando los tres ocuparon sus asientos, la avioneta volvió a ponerse en marcha, zumbando sobre la deslizante pista. Cuando empezaron a elevarse, Ricky, con los ojos redondos de asombro, exclamó:

—¡Qué rápido subimos!

El señor La Fontaine ajustó un botón para regular la velocidad. Entre tanto, los dos hermanos contemplaban el río St. Lawrence, lleno de flotantes témpanos de hielo. Ya se veía muy próxima la isla cuando, súbitamente, el motor hizo un carraspeo y al momento quedó silencioso.

—¡Oooh! —exclamaron, a un tiempo, los dos niños.

El piloto inclinó la avioneta en picado para no perder la velocidad del vuelo.

—¡Me temo que no podremos llegar a la isla! —dijo a gritos, para hacerse oír por encima del silbido del viento.

—¿Y dónde aterrizaremos? —preguntó Pete, preocupado.

—En un témpano de hielo.

UN PERRITO LLAMADO «POILU»



Después de avanzar en círculo sobre los grandes témpanos flotantes, el piloto hizo descender en picado la avioneta sobre el témpano más grande que se veía en el río. El corazón de los dos hermanos Hollister latió apresuradamente, mientras la avioneta descendía hacia el hielo.

Al fin, los esquíes del aparato rozaron el flotante témpano que estaba cubierto con varios centímetros de nieve blanda. Cuando estaba en el centro del gigantesco témpano, la avioneta se detuvo. El piloto bajó del avión para revisar el motor y al poco rato anunció:

—El conducto de la *essence* se ha obstruido.

—¿Qué es *essence*? —preguntó Ricky.

—La gasolina —repuso el abuelo.

—¿Podrá arreglarlo? —preguntó Pete.

—Creo que sí, si me dais esa llave inglesa que hay debajo de mi asiento.

Pete se la dio y el piloto se puso a trabajar. Después de desenroscar una pequeña arandela metálica, apoyó los labios en el orificio y sopló.

—Ya está el paso libre —dijo, volviendo a ajustar la arandela.

En seguida, el señor La Fontaine subió al aparato y después de ajustar los controles salió para hacer girar la hélice. El motor se puso en funcionamiento con un zumbido ronco. De nuevo en su asiento, el piloto sonrió y dijo:

—Ya nos vamos.

Hizo dar media vuelta a la avioneta que se deslizó unos metros sobre el enorme témpano. Luego, con otra maniobra, situó el aparato en dirección favorable al viento.

Con el motor rugiendo, el aparato se deslizó casi hasta el borde del témpano, despegando al fin. Todos dejaron escapar un suspiro de alivio y Ricky gritó alegremente:

—¡Hurra! ¡Ya estamos salvados!

Sin embargo, el piloto estuvo muy serio hasta que ganaron altitud. Entonces sonrió ampliamente y señaló el extremo más lejano de la isla, diciendo:

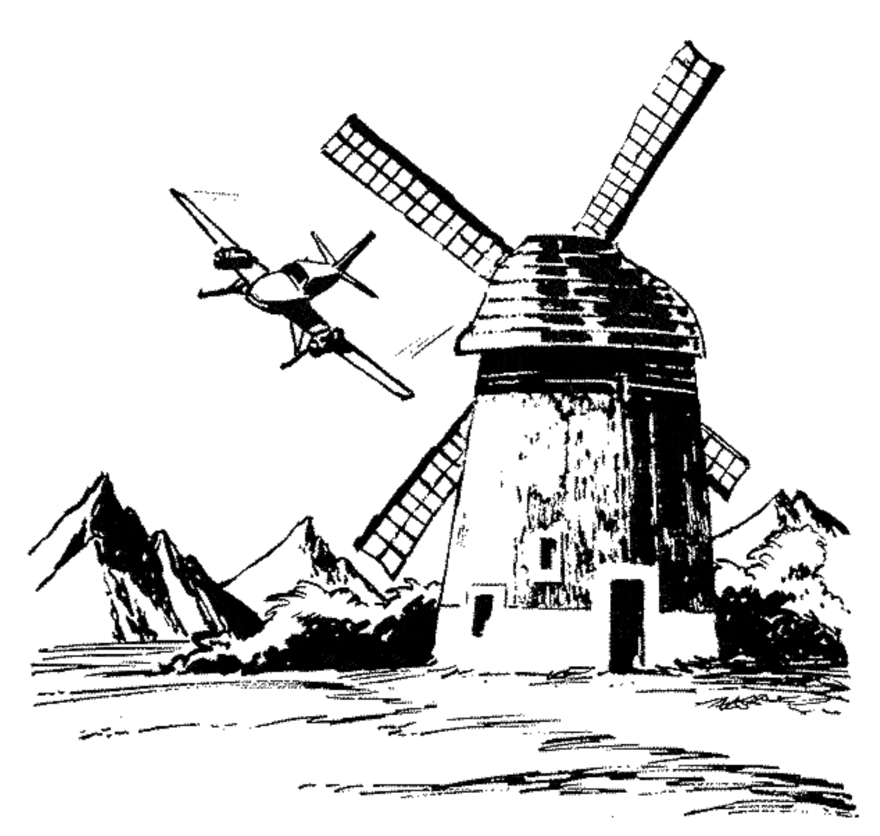
—Allí hay algo que es famoso.

—¿El viejo molino?

—Sí. Volaré a poca altura para que puedan verlo.

Tanto el abuelo como los dos chicos contemplaron con interés el molino, mientras el piloto hacía que el aparato se aproximase.

—Dicen que es igual que los de Francia —explicó el señor La Fontaine a los Hollister, mientras el molino iba quedando atrás.



Recorrida una corta distancia, el señor La Fontaine hizo descender el aparato sobre un maizal, cubierto de nieve, para detenerlo cerca del coche para viajar sobre la nieve, en el que esperaban la abuela, Holly, Sue y Pam.

—No me gusta volar después de oscurecido —dijo el piloto al abuelo Hollister—. No les llevará mucho tiempo localizar a los Tremblay, de modo que, si dentro de una hora, no han regresado aquí, daré por hecho que se quedan a pasar la noche. Volveré a buscarles mañana por la tarde.

El abuelo dijo que estaba de acuerdo con aquella situación y después de despedirse entró con los demás en el coche para la nieve. Este coche, en lugar de ruedas corrientes, tenía un engranaje y oruga como los tanques y, dentro, una larga baca a cada lado.

El conductor no sabía hablar inglés y por eso fue el señor La Fontaine quien le dijo que llevase a los Hollister a casa de una persona que sí lo hablaba.

—Les llevará a casa del señor Mailloux —dijo él piloto—, que les indicará dónde está la granja de los Tremblay.

Sujetando bien las bolsas de viaje, los Hollister sufrían sacudidas y saltos sobre los bancos, mientras el vehículo avanzaba por el maizal hasta llegar a una carretera enlodada. Allí el conductor tomó un camino que llevaba a una granja levantada en pleno campo.

Con nuevas sacudidas y bandazos, el vehículo fue a detenerse ante la puerta de la fachada. Un anciano barbudo abrió la puerta y salió. Después de hablar en francés con el conductor, se presentó a los Hollister diciendo que era el señor Mailloux.

—Entren —invitó— y descansen un momento, mientras yo les digo dónde viven los Tremblay.

Pidió al conductor que aguardase allí e hizo pasar a los Hollister a una salita, amueblada con una mesa y sillas, todo muy viejo.

—Me han dicho que vienen ustedes de Quebec —dijo el viejecito, sentándose en una silla de respaldo recto.

—Sí —contestó Holly—. ¿No ha estado usted nunca allí?

—Sí, sí. Estuve hace cincuenta años. Fui a Quebec a comprarme un caballo. Pero la gran ciudad… *Ma foi!* No pude soportarla. Por eso volví en seguida a mi isla y no me he vuelto a marchar desde entonces.



Los visitantes quedaron asombrados al saber que alguien podía vivir tantos años en un mismo sitio, sin salir. Pero, cuando continuaron hablando con el señor Mailloux, se enteraron de que había mucha gente en Ile aux Coudres que nunca había estado en el continente.

—A nosotros nos gusta esta tierra. Dios es bueno con nosotros. Tenemos buenas cosechas de manzana —explicó el anciano—. ¿Para qué vamos a marchamos a otra parte?

Mientras él hablaba, los niños oyeron unos extraños arañazos. Al volver la cabeza, todos pudieron ver un perrito que asomaba la cabeza por la puerta de la cocina.

—«Poilu» —llamó el señor Mailloux—. Ven a conocer a mis visitantes.

El perrito entró en la sala y saltó a las rodillas de su amo.

—¡Qué lindo es! —dijo, Pam, acercándose para acariciar al

diminuto perro raposero.

—«Poilu» es mi amigo. Y sabe hacer muchas gracias —afirmó el anciano—. Mirad.

Se levantó de la silla y fue a buscar su gorro de piel, colgado de un clavo, junto a la puerta. Después de ponerse el gorro, volvió a sentarse. Inmediatamente, el perrito saltó a las piernas del anciano y desde allí a su hombro. Luego, ante el entusiasmo de los niños, le quitó el sombrero a su amo.

—¿Veis? «Poilu» sabe que debo ser educado y no llevar el sombrero puesto en casa —rió el señor Mailloux.

—¿Querrá «Poilu» hacer lo mismo con nosotros? —preguntó Holly.

—Probadlo —repuso el anciano, con una carcajada.

Holly se puso el sombrero y se sentó en el suelo. Al momento, «Poilu» levantó las patas delanteras, las apoyó en el hombro de Holly, con los dientes quitó el gorro de la cabeza de la niña y dio tres ladridos.

—¡Es un perro sabio! —exclamó Sue, añadiendo—: Nuestro perro «Zip» también hace cosas así. Pero él es más grandote.

Cada uno de los niños tuvo su tumo para ponerse el gorro de piel y esperar a que el perro se lo quitase. Luego, hablaron a Mailloux del desaparecido Víctor.



—Sí. Víctor lleva varios meses viviendo en nuestra isla —dijo el viejo granjero.

Entonces, se levantó para acercarse a una ventana y, desde ella, señaló una granja situada media milla más allá, en la carretera.

—Allí es donde viven los cinco hermanos. Todos son solteros.

—Oh, pobrecillos —se compadeció Pam—. ¿Y no tienen ninguna mujer que guise para ellos?

—Sí, tienen una —contestó el señor Mailloux—. *Tante* Cecile, su tía, no piensa más que en tenerles bien atendidos.

Los Hollister se enteraron de que, desde hacía muchos años, la tía de los Tremblay cuidaba la casa de los rudos hombres del río.

—Habla un poco de inglés, de modo que se entenderán ustedes bien.

Continuamente, los ojillos curiosos de Ricky habían estado revisando cuanto había en la pequeña sala. De repente, se fijó en algo que le llamó mucho la atención. Era un objeto extraño, parecido a una salsera, con un mango de metal que lo sujetaba a un clavo de la pared.

—¿Qué es eso? —preguntó el pelirrojo.

—Es el objeto más antiguo de la isla —contestó el señor

Mailloux, riendo—. Es una lámpara dé aceite, es decir un candil, traído por los franceses que habitaron inicialmente estas tierras.

—Yo no sabía que la gente tenía aceite entonces —dijo Pete.

—Usaban aceite de marsopa.

El anciano añadió que los curiosos mamíferos que nadaban por el río St. Lawrence eran capturados en trampas adecuadas.

—Las marsopas proporcionaban un buen aceite para los candiles de nuestros antepasados —concluyó el señor Mailloux, descolgando el candil y ofreciéndoselo a Ricky.

El pequeño dio varias vueltas al objeto entre sus manos. Luego, cuando fue a pasárselo a Pam… ¡El candil resbaló de sus manos!

—¡Ooh! —exclamó el pequeño, e inclinándose a toda prisa, logró coger el objeto antes de que se estrellase en el suelo.

—¡Canastos! Por poco…

—¡No ha ocurrido nada! —le tranquilizó el viejecito, recogiendo el candil para enseñarlo a los demás niños.

Estaban a punto de salir de la casa, cuando el señor Mailloux dijo a los niños:

—Esperad. Tengo una sorpresa para vosotros.

—Tenías razón, Pam —murmuró Sue—. Hoy es el día de las «sorprisas».

El granjero desapareció en la cocina para volver al poco rato con una bandeja llena de olorosas y rojas manzanas. Dio una a cada visitante, diciendo:

—Vuelvan por aquí alguna vez.

—Nos gustará mucho. Yo querría volver a jugar con «Poilu» —dijo Holly.

Los Hollister se guardaron las manzanas en el bolsillo y volvieron al vehículo que, en un momento, les dejó ante la casa de los Tremblay. Cuando el abuelo fue a pagar al conductor, el francés movió de un lado a otro la cabeza y declaró, sonriente:

—*Non, non*. Muchas gracias, pero son ustedes invitados, en nuestra isla —concluyó, siempre en francés.

Cuando la abuela tradujo lo que el hombre había dicho, los niños gritaron, agradecidos, *merci, merci*, y le despidieron, moviendo las manos, mientras el hombre se alejaba en su vehículo.

Pete llamó a la puerta. Salió a abrir una mujer de edad, con las

mejillas encamadas y cubiertas de arrugas como una manzana que se ha tenido guardada mucho tiempo. La abuela Hollister fue la primera en hablar, preguntando:

—¿Es usted *Tante* Cecile?

—*Oui* —contestó la mujer, con un parpadeo de sus brillantes ojos azules, como si quisiera comprender quiénes eran sus visitantes.

La abuela se presentó a sí misma, a su marido y a sus nietos.

—Estamos buscando a Víctor Tremblay —explicó la abuela.

—Entren —invitó *Tante* Cecile—. No hay nadie en casa, pero volverán pronto.

Cuando entró en la casa con los demás, Pete miró a su alrededor con curiosidad. Aquélla no era como las viviendas que se veían en los Estados Unidos. La planta baja, en lugar de estar dividida en habitaciones, era una sola estancia, muy espaciosa.

Al fondo había una chimenea encendida y a un lado una mesa de comedor. En la parte de delante se veía un mullido sofá, varias sillas y un viejo piano. ¡Pero qué olor a limpieza y frescura había en toda la estancia!

Antes de que nadie se quitase el abrigo, la abuela explicó a qué se debía su visita.

—Creo que a los niños les gustaría más jugar un rato fuera —dijo por fin, la abuela—. ¿Pueden salir?

—Claro que sí —repuso *Tante* Cecile, cogiendo un grueso abrigo que tenía cerca de la puerta, y echándoselo por los hombros—. *Venez*. Venid conmigo. Os enseñaré nuestras aves.

—¿Son gallinas? —preguntó Holly, saliendo con los demás hacia la parte trasera del edificio.

—Para nosotros son de la misma utilidad que las gallinas —contestó la señora—. Ahora veréis.

Pronto llegaron ante un gallinero cubierto con tela metálica, pero lo que había dentro no eran gallinas. Pam se paró en seco, exclamando:

—¡Son faisanes! ¡Qué bonitos! ¿Los cuida usted, *Tante* Cecile?

—Sí —repuso la mujer.

Los faisanes eran fáciles de criar en aquel clima y en el mercado se pagaban a precios más altos que las gallinas.

—Tenemos cincuenta faisanes.

Mientras Pete, Pam, Ricky y Sue contemplaban las graciosas aves revoloteando por el gallinero, Holly se alejó, para investigar por su cuenta la parte posterior de la granja y quedó sorprendida, al ver que el terreno descendía escalonadamente hasta la orilla del río.

Volviéndose hacia sus hermanos, les llamó, diciendo:

—¡Pete, Pam! ¡Mirad lo alta que queda esta isla sobre el río!

Los otros se acercaron en seguida, mientras Holly se inclinaba hacia el precipicio. De repente, le resbaló un pie y la niña dio un grito.

—¡Holly! ¡Holly! —gritó Pam, asustada, corriendo en ayuda de la pequeña.

Pero Holly había desaparecido, resbalando por el precipicio nevado.

LOS RIBEREÑOS



Sin dudar ni un momento, Pete se deslizó por el precipicio, detrás de Holly. Levantando una gran rociada de nieve, el muchachito descendió en posición casi vertical.

A mitad del precipicio vio a Holly sujeta a un arbolillo. Pete hundió los tacones en la nieve y procuró agarrarse a una rama del mismo árbol. ¡Y lo consiguió!

—¡Sujétate, Holly! —animó Pete a su hermana, que pendía de la rama como un saco de harina.

—Es… estoy… bien, Pete —tartamudeó Holly—. Sujétate bien tú, no vayas a caerte al fondo.

Cuando miró el paredón rocoso, cubierto de nieve, que se prolongaba varios metros bajo sus pies, Pete contuvo el aliento, muy asustado. Si Holly y él resbalaban un poco más podían sufrir serios daños.

—¿Qué haremos? —preguntó Holly, con un hilito de trémula voz.

Los dos hermanos miraron a lo alto del precipicio. Pete se dio cuenta en el acto de que no era posible volver arriba, a no ser que les izasen con una cuerda. Él podía arriesgarse a soltarse y resbalar

por el paredón rocoso, pero no quería que su hermana lo intentase.

Mientras estaba pensando en todo aquello, Holly vio una embarcación que llegaba por el río.

—Pete, unos hombres vienen hacia aquí.

Volviendo la cabeza, Pete pudo ver una embarcación descubierta, en la que iban cuatro hombres con remos y otro con un canalete. La embarcación se abría paso a través de los helados témpanos.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó Pete, para llamar la atención de los remeros.

Pero los hombres estaban demasiado lejos y no podían oírle. Holly hizo un movimiento y consiguió sujetarse al tronco del árbol, donde estaba más segura. Entonces, se quitó el sombrero y lo agitó en el aire con una mano.

Los niños pudieron ver que la embarcación se dirigía a un embarcadero situado casi directamente debajo de ellos. Muy pronto, los gritos de Pete y las sacudidas del sombrero de Holly llamaron la atención del hombre del canalete, que miró hacia allí y agitó una mano. En seguida, habló con los remeros que también levantaron la cabeza hacia el despeñadero.

—Gracias a Dios que nos han visto —dijo Pete, arrastrándose un poco para llegar al lado de Holly.

Los hombres remaron con más fuerza y pronto llegaron al embarcadero. En una demostración de extraordinaria fuerza, los cinco hombres subieron la embarcación a la orilla y la dejaron en la arena, boca abajo.

—Siendo tan fuertes —comentó Pete, con una sonrisa—, podrán rescatamos. —Y colocando las manos a modo de bocina ante los labios, gritó—: ¡Eeeeh! ¿Pueden ayudarnos?

Los hombres replicaron a voces, en francés; pero, por los ademanes, Pete comprendió lo que les decían:

—¡Sujetaos bien!

El timonel corrió a una cabaña cercana al embarcadero y salió con una gruesa soga. El más alto y fuerte de los hombres enrolló un extremo de la cuerda a su mano, retrocedió unos pasos, hizo girar el brazo, describiendo un arco, y arrojó el otro extremo de la cuerda a Pete. La cuerda llegó muy cerca de los pies de Pete y volvió a caer

abajo.

—¡Dios mío! —murmuró Holly.

El hombre volvió a repetir la operación de enrollar la cuerda en su mano. Pete pudo ver que los músculos del cuello del hombre se tensaban, cuando arrojó el cabo de la cuerda con todas sus fuerzas. La cuerda chocó contra la pared del precipicio, retorciéndose como una serpiente. Inmediatamente, Pete extendió un brazo y consiguió atraparla.

—*Bon, bon!* —gritaron los hombres de abajo.

Pete no podía comprender sus palabras, pronunciadas en francés, pero sabía lo que tenía que hacer. Tirando de la cuerda, la ató alrededor del tronco.

—Ahora bajaremos por la cuerda, Holly. Yo iré primero. Tú me sigues. Pero sujétate con fuerza.

Estas proezas eran del gusto de la traviesa Holly y lo que había comenzado siendo un temible accidente se transformó en una emocionante aventura. Sujetándose bien con ambas manos, Pete descendió con precaución por la cuerda. A pocos palmos del suelo se soltó y dio un salto.

—Gracias por habernos salvado —dijo—. *Merci.* —Luego miró a Holly y preguntó—. ¿Preparada?

—Sí —repuso Holly, cogiéndose a la cuerda y pasando ambas piernas sobre ella.

Resbaló muy rápidamente y fue a caer en los brazos extendidos de los amables hombres del río.

—Muchas gracias —dijo Holly—. Son ustedes muy fuertes.

Los robustos remeros sonrieron. Por primera vez, los dos hermanos les miraron atentamente. El timonel, que era el más bajo, sonrió a los Hollister y se quitó el gorro encarnado de punto. Llevaba un grueso jersey gris, de cuello alto, pantalones de pana del mismo color, y botas, lo mismo que sus compañeros. Hizo una inclinación con la cabeza y en torpe inglés dijo:

—Es un placer haberos ayudado. Me llamo Víctor Tremblay y…

—¡Tremblay! —repitió Pete, abriendo inmensamente los ojos, como si acabara de ver un fantasma.

—¡Ah! ¿Habéis oído hablar de mí?

—Ya lo creo. Usted es la persona a quien estamos buscando —

dijo Pete, presentándose y presentado a su hermana—. Somos de la familia Hollister, a quien tenía usted que enviar un trineo —concluyó Pete.

El rostro de Víctor se iluminó al recordar.

—¿Os gustó? —preguntó en seguida—. Creo que es el mejor que he hecho en mi vida.

Los dos hermanos se miraron, perplejos.

—Es que… no lo recibimos —repuso Pete.



—¡Cómo! —exclamó el constructor de trineos, frotándose nerviosamente las manos—. Yo lo envié. ¡Debíais haberlo recibido

por Navidad!

Víctor Tremblay empezó a ir y venir, a grandes zancadas, sin acabar de creer lo que estaba oyendo.

—Es una terrible injusticia para vosotros —murmuró—. Yo cobré el importe del «cariole» y os devolveré el dinero, si no conseguimos encontrarlo.

—¿De qué modo nos lo envió usted? —preguntó Pete.

Víctor Tremblay contestó que había concluido la fabricación del trineo en Ile aux Coudres. Luego, lo colocaron con toda precaución en una embarcación del río y se trasladó a la otra orilla, donde se encargó de enviarlo un hombre llamado Daniel Wilmot. Él lo llevó a Quebec, desde donde debía haber salido directamente hacia la dirección de los Hollister.

—Creo que debemos ir a contar a nuestra familia todo eso, ahora mismo —opinó Pete—. Están en lo alto del precipicio.

—Venid conmigo —dijo Víctor, echando a andar por un caminillo serpenteante por el que se llegaba a la altura de Ile aux Coudres.

Durante el camino presentó a los otros hombres.

—Son mis primos.

Los cuatro hombres se llamaban Laurent, Jean-Marc, Paul y Marcel. Uno a uno, los cuatro fueron quitándose el gorro de punto y haciendo una cortés inclinación con la cabeza. Jean-Marc, el más alto, era quien había arrojado la cuerda a Pete.

Pam, Ricky y Sue, seguidos de los abuelos y de *Tante* Cecile, corrieron por la nieve para salir al encuentro de sus hermanos y dar las gracias a los hombres que les habían salvado. Después de dejar las botas a la entrada de la casa, todos pasaron al interior. Allí se volvió a hablar de todo lo que se había averiguado sobre el «cariole».

—¿Y dice usted que es un tal Daniel Wilmot quien tenía el encargo de enviarlo? —preguntó el abuelo.

—Sí. Él se encargó. Y es amigo mío. No puedo comprenderlo.

—¿Cree usted que lo enviaría a una dirección equivocada? —preguntó Pam.

—Lo dudo —repuso Víctor—, porque el señor Wilmot tenía la dirección de ustedes.

—Vaya. Tendremos que volver a ser detectives —comentó Sue.

Los demás sonrieron y Víctor Tremblay, con un suspiro, dijo:

—Quisiera que, verdaderamente, fueseis detectives, para que me ayudaseis a encontrar a mi desaparecido primo Gabriel. Os explicaré. Otro de mis primos, Gabriel, el capitán de nuestro equipo en la carrera anual de canoas, ha desaparecido.

—¿En el río? —preguntó Pam, preocupada.

—No. Se fue a la región del lago St. John con un amigo para poner trampas. No hemos sabido nada más de él y, si Gabriel no está aquí para el concurso de canoas, nosotros no participaremos.

Gabriel era el mayor y el más experto remero de todos sus primos, siguió explicando Víctor. Él y sus hermanos habían practicado durante muchos meses la travesía del río helado. Tenían muchas posibilidades de ganar, pero sin Gabriel no podían ni pensar en presentarse.

—Es lamentable —comentó la abuela Hollister.

—¡Nosotros le encontraremos! —resolvió Ricky, poniéndose en pie, de un salto—. Pero para eso tendremos que quedamos aquí y buscar pistas.

Viendo el entusiasmo del pequeño, *Tante* Cecile sonrió.

—Nos encantaría que os quedaseis a pasar la noche aquí —dijo.

Cuando su esposa se volvió a mirarle, el abuelo Hollister aceptó la invitación, diciendo:

—Es usted muy amable. Han sucedido tantas cosas desde que llegamos a la isla que me temo que hemos estado aquí más tiempo del previsto. Seguramente, el señor La Fontaine ya se ha ido.

Al ver que los Hollister se quedaban en su casa, los remeros rieron y se palmearon las rodillas, como niños felices.

—¡Magnífico! —exclamó Víctor—. No hemos visto mucha gente de fuera este invierno. Nos alegra tenerles con nosotros.

—Éste es Gabriel —informó Jean-Marc, tomando una fotografía de encima de una mesa—. Se le hizo esta fotografía cuando estaba preparando las trampas.

Los niños se colocaron en corro para contemplar la fotografía donde podía verse a un hombre de aspecto simpático, con grandes ojos castaños y espesa barba, castaña también.

Estaba inclinado sobre un extraño artefacto de madera y acero.

—Parece un hombre muy valiente. Es raro que se pudiera perder —dijo Pam, admirativa—. ¿Llevaba algún perro?

—No —replicó Laurent—. Hace tiempo que no tenemos perro.

—Nosotros tenemos uno —informó Sue—. Es un perro pastor y se llama «Zip».

—Y también tenemos un burro —añadió Holly—. Pero ahora se nos ha perdido.

Todos los niños volvieron a ponerse tristes, al pensar en el desaparecido «Domingo». Para cambiar de conversación, Pete dijo:

—¿Podremos ver su barca?

—Naturalmente —contestó Víctor.

Mientras *Tante* Cecile preparaba la cena, los niños salieron con Víctor y bajaron por el mismo caminillo por donde habían subido hasta llegar a la orilla del agua. Como la canoa estaba ahora en el embarcadero, los Hollister pudieron contemplarla con tranquilidad. Víctor explicó que medía casi siete metros de largo y era puntiaguda por ambos extremos.

—Ésa es la característica de una canoa. Supongo que en los Estados Unidos lo llamaríais una barca de remos.

En contestación a las preguntas de Ricky, Víctor dijo a los niños que la canoa medía 1,60 metros de anchura y pesaba unos 170 kilos. Estaba construida con madera de roble y Cedro.

Se veía una chapa de acero pulimentado, de algo más de medio centímetro de grosor, que servía de quilla.

—Hacemos que la canoa se deslice por el hielo sobre esta quilla —siguió explicando Víctor.

La chapa de acero medía unos cuatro centímetros en la parte delantera y se ensanchaba hasta medir veinte centímetros en la parte posterior.

—Las tres planchas de encima son de cedro. Las demás son de roble, para que resista los impactos contra los témpanos de hielo.

—Me gustaría pasear en esta canoa —confesó Ricky, mirando, insinuante, A Víctor.

—Esta noche, no. Pero quizá mañana.

Cuando Víctor echó a andar con las niñas, hacia la casa, Pete y el pecoso se quedaron rezagados.

—Nos gustaría echar otra mirada a la canoa —dijo Pete a los

que se alejaban.

Víctor y las niñas les dijeron adiós con la mano y desaparecieron, cuesta arriba.

Después de pasar la mano una y otra vez por la resplandeciente quilla metálica, Ricky exclamó:

—¡Cuánto me gustaría ser un barquero como ellos!



—¡Y a mí! —confesó su hermano—. Oye, podríamos probar ahora mismo.

—¿Cómo?

—¿Aquello de allí no es una barca de remos? —preguntó Pete, señalando una pequeña embarcación, muy próxima al agua—. Podemos usarla y practicar.

Entre los dos chicos empujaron la barca hasta el helado río y saltaron al interior.

—No iremos muy lejos —dijo Pete, prudentemente, empezando a remar.

Ricky se colocó en la parte delantera y se inclinó sobre la proa para ir apartando varios bloques de flotante hielo que amenazaban con chocar con la barca.

—¡Qué divertido! —gritaba el pelirrojo.

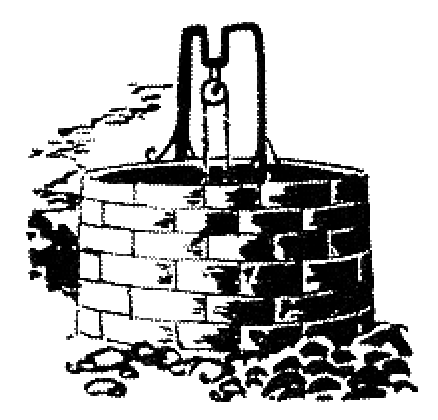
Pete no había prestado atención a la corriente que empezó a impeler la barca río abajo, con alarmante velocidad. Inmediatamente, el muchachito movió los remos con rapidez,

esforzándose por volver a la orilla. Pero los bloques de hielo iban rodeando la embarcación tan de prisa que no era posible abrirse paso hacia el agua clara.

Una expresión de susto apareció en la cara de Pete, que dijo con angustia:

—¡Ricky, el hielo nos está bloqueando!

UN CONTRATIEMPO PARA PAM



—¿Qué haremos? —preguntó Ricky, viendo que los bloques de hielo iban amontonándose junto a la frágil embarcación.

—Nosotros solos nos hemos metido en este conflicto, y debemos salir de él también solos —declaró, resueltamente, Pete.

Levantó los remos de los escálamos y entregó uno a Ricky, diciéndole:

—Aparta el hielo con esto. Yo te ayudaré.

Con grandes esfuerzos, los dos hermanos consiguieron, al fin, hacer un claro alrededor de la barquita. A toda prisa, Pete se colocó en la parte posterior y remó desesperadamente. Lograron avanzar unos cuantos palmos antes de que los témpanos volvieran a rodearles. Se valieron de los remos una vez más para apartar el hielo y, repitiendo una y otra vez aquel sistema de apartar primero los témpanos y remar inmediatamente, los dos hermanos Hollister consiguieron, con enormes apuros, llegar a la orilla.

Se fatigaron mucho cuando volvieron a dejar la barca en la arenosa orilla, pero, al fin, pudieron echar a andar cuesta arriba, en dirección a la casa. Por el camino Ricky sonrió, diciendo:

—¡Pete, ahora ya somos hombres del río!

El hermano mayor quedó unos momentos pensativo y luego, con una risilla, repuso:

—Creo que tienes razón, pero, de todos modos, tendremos más cuidado la próxima vez.

Ya estaba la cena preparada cuando los dos chicos llegaron a la granja de los Tremblay. Fue un menú muy sencillo, consistente en pescado al homo, zanahorias hervidas y manzanas asadas. ¡Pero qué bien les supo todo a los Hámster, después de aquel día tan ajetreado!

—Nuestra variación alimenticia es muy escasa —explicó *Tante* Cecile—. Viviendo en la isla, tenemos que amoldamos a lo que almacenamos, más la pesca. ¿Les gustaría ver nuestro sótano, donde guardamos parte de las provisiones?

—Sí, sí.

Después de que Pam y Holly hubieron ayudado a fregar los platos, y Pete llevó más leña para la chimenea, *Tante* Cecile dijo a los niños:

—Venid. Os enseñaré el sótano.

Los niños se fijaron, entonces, en una trampilla que no habían visto antes, situada en la esquina izquierda del fondo de la gran estancia. Paul Tremblay la abrió y a la vista quedó una escalera que bajaba hasta una húmeda bodega. Con una linterna en la mano, *Tante* Cecile abrió la marcha por las escaleras, seguida de los niños.

En el sótano había tres enormes artesas* Una contenía patatas, la segunda manzanas y la tercera zanahorias, cubiertas con una capa de tierra.

—Aparte de lo que pescan los hombres, éstos son los principales suministros que tenemos para el invierno. Este año hemos tenido una buena cosecha de manzanas —dijo *Tante* Cecile, sonriendo. Y llena de orgullo, declaró—: ¡Mis muchachos tienen el mejor huerto de la isla!

—Yo no sabía que pudiera haber tantas patatas en el mundo —comentó Holly, con asombro—. Sus muchachos deben de tener mucho apetito.

—Es cierto —asintió *Tante* Cecile, riendo.

—Qué sitio tan «percioso» —dijo Sue, olfateando el aroma de las frutas—. Cada vez que quiera una manzana bajaré aquí.

Cuando volvieron a estar arriba y la trampilla quedó cerrada, Pam notó que Sue no aparecía por ninguna parte.

—Se habrá quedado en el sótano, a comer una manzana —opinó Holly.

Hubo que levantar de nuevo la trampa y Pam asomó la cabeza, gritando:

—¡Sue! ¿Estás ahí?

—Sí, Pam, y estoy casi comiendo.

Riendo y preguntándose qué habría querido decir, los demás esperaron a que la pequeñita subiera. Al cabo de un momento apareció Sue con el corazón de una manzana en las manos, y un brillo travieso en los ojos. Había querido decir que estaba casi acabando de comer.

—Este diablo de chiquilla —rió la abuela—. Nunca se sabe lo que quiere decir.

Pronto fue hora de que Sue, Holly y Ricky se acostaran, y la abuela subió con ellos al piso alto. A la familia Hollister se le había preparado una hilera de camas en la gran habitación del segundo piso, al fondo de la cual había una separación que servía para vestirse y desvestirse.

Mientras los hermanos Tremblay, Víctor y el abuelo jugaban a las cartas en la gran mesa del piso bajo, Pam y Pete se sentaron en el suelo, junto al fuego. En voz muy bajita hablaron de los varios misterios en que estaban complicados: la desaparición de «Domingo», el «cariole» que no había llegado a su casa de Shoreham y, ahora, la desaparición de Gabriel Tremblay.

—Yo creo que habrán encontrado a nuestro burro —dijo Pete—. Pero seguramente no lo sabremos hasta que vengan papá y mamá.

—Sí —concordó Pam—. ¡Pobre «Domingo»! Si se quedó a la intemperie, se habrá puesto enfermo.

Pete movió la cabeza afirmativamente y luego dijo:

—Cuando volvamos a Quebec, tenemos que trabajar de firme, Pam, para encontrar el «cariole». Me da la impresión de que no ha salido de Quebec.

—Puede que tengas razón. Oye, Pete, tengo una idea —anunció Pam, poniéndose en pie.

—¿Sobre qué?

—Sobre Gabriel Tremblay. ¿Te acuerdas de la emisora de onda corta que tiene el señor La Fontaine? ¿No podría él ayudamos?

También Pete se levantó de un salto.

—Claro que sí. Puede ponerse en contacto con otras personas que tengan instalaciones de radio en la región a donde fue Gabriel. ¡El señor La Fontaine podría conseguir noticias!

Los dos hermanos estaban tan nerviosos con su gran idea que se acercaron inmediatamente a la mesa. Esperaron a que los jugadores terminasen una mano y entonces Pete explicó sus planes.

—Muy bien pensado* Sí, señor —dijo Víctor—. ¿Y cómo ninguno de nosotros había pensado en eso? Ahora comprendo por qué os llaman los jóvenes detectives —concluyó, sonriendo.

Pete y Pam se pusieron encamados. Luego, Pam dijo:

—El señor La Fontaine no vendrá hasta mañana por la tarde. ¡Cómo me gustaría que pudiéramos verle antes!

—Tal vez sea posible —contestó Víctor—. Mañana temprano, mis primos y yo iremos a llevar la canoa a Baie St. Paul.

—¿Quiere decir que podríamos ir con ustedes? —preguntó Pam, nerviosísima.

—Será mejor esperar a mañana, antes de decidir —sonrió Víctor —. El río puede estar agitado.

Al día siguiente, cuando se despertaron, los Hollister pudieron ver que hacía muy buen tiempo. Desde la cocina, en donde estaban preparando el desayuno, llegaba un olorcillo apetitoso. Mientras comían un plato de papilla caliente, salpicada con azúcar moreno, Víctor se dirigió a los niños, diciendo:

—Mis primos y yo hemos decidido ir en la canoa hasta Baie St. Paul esta mañana. Podemos llevar dos pasajeros.

Todos los niños habrían querido ir, pero la abuela consideró lo más conveniente que fuesen los dos muchachitos quienes acompañasen a los hombres en aquella dura travesía.



Tante Cecile, viendo el desencanto que se dibujaba en la cara de las tres niñas, les dijo:

—No os preocupéis. Nosotras encontraremos cientos de cosas que hacer aquí. Para empezar, podéis ayudarme a hacer marcadores de manzanos.

—Eso parece muy divertido —dijo Holly—. ¿Cómo los hacemos?

—Os lo enseñaré en seguida —contestó, sonriendo, la amable señora canadiense.

Los Tremblay se pusieron los gruesos jerséis, los gorros y las botas de goma. Los dos hermanos Hollister se abrigaron con sus sólidos chaquetones, gorras y botas.

—Vamos, chicos —dijo Víctor, y, Pete y Ricky se despidieron de su familia.

Bajaron por el sendero hasta el río y los Tremblay ocuparon sus puestos en la canoa. Mientras Pete y Ricky se colocaban en la parte delantera, los cuatro hermanos canadienses empuñaron los remos. Víctor apartó la canoa del embarcadero, usando una canaleta. Remando con ahínco, los Tremblay condujeron la canoa a lo largo de los pequeños canales de agua, formados entre los flotantes témpanos.

Entre tanto, en la granja, Pam, Holly y Sue estaban muy ocupadas, aprendiendo a hacer marcadores para manzanos. *Tante* Cecile había sacado de un armario dos persianas viejas.

—¿Va a usarlas para algo? —preguntó Holly.

—Sí, hijita.

Ante el asombro de los abuelos y las tres niñas, *Tante* Cecile hizo

un largo corte en la persiana, desde la parte inferior hasta el borde de enrollado. Con hábiles dedos siguió rasgando, «rip, rip, rip», hasta que toda la persiana se convirtió en una serie de tiras de dos centímetros de ancho.

Al ver aquello, Sue prorrumpió en risitas.

—Si parece la faldita de una negra —dijo.

Tante Cecile se echó a reír, contestando:

—Tienes razón. No se me había ocurrido.

La amable señora proporcionó a las niñas tijeras, diciendo que debían cortar las tiras de persiana en secciones de unos tres metros.

—A cada una de las tiras se le marcará la variedad del manzano en cuyo tronco se enrolle. Tendremos que hacer mil tiras, porque este año tenemos muchos manzanos nuevos en el huerto.

—¿Y vamos a hacer todas las tiras ahora? —preguntó Holly.

—No. Ahora, sólo las que salgan de esta persiana.

No tardaron mucho rato las tres niñas en hacer el trabajo y, cuando acabaron, *Tante* Cecile les dijo:

—¿Os gustaría mirar los vestidos que guardo en mi baúl?

—Sí, sí —repuso Sue, entre alegres grititos.

Las niñas fueron con *Tante* Cecile al piso de arriba, donde en un rincón de la enorme estancia había un baúl. Cuando levantaron la tapa resultó estar lleno de ropas antiguas de niños. La señora sacó unas cuantas prendas y se las tendió a las niñas.

—¡Qué bonito! ¡Cuánto vuelo tiene! —se entusiasmó Pam, mientras se colocaba en los hombros un vestido a rayas verdes y blancas, adornado con encajes, que le llegaba hasta el suelo.



—Este tan largo, de las mangas grandotas, me sentaría bien a mí —decidió Holly—. ¿Puedo probármelo?

—Sí.

—A mí me gusta éste —hizo saber Sue—. Pero ¿para qué sirven estos pantalones blancos, tan raros?

—Son los pantalones que usaban antiguamente las señoras. Estarás muy linda con ellos, si te pones este vestido rosa y el gorrito.

Las niñas se vistieron con aquellas prendas y empezaron a bailar y hacer piruetas con aquellos extraños vestidos, pasados de moda.

—Mirad esto —dijo *Tante* Cecile, sosteniendo en alto un minúsculo sombrerito rojo.

—¡Oooh! Eso no sería para un niño, ¿verdad? —preguntó Holly.

Tante Cecile contestó que había pertenecido a un mono. Su

abuelo, al volver a casa desde África, se llevó en el barco un gracioso mono. Aquel gorrito había sido confeccionado para el animal, muchos, muchísimos años atrás.

—Yo «sabo» quién podría llevarlo ahora —afirmó Sue—. El perrito del señor Mailloux.

—¿«Poilu»?

—Sí. ¡Le sentaría estupendamente!

—¿Por qué no se lo lleváis? —propuso, sonriente, *Tante* Cecile.

—Nos gustaría mucho dárselo —dijo Pam.

Y Holly añadió:

—Al pobre le hace mucha falta, porque siempre está cogiendo el sombrero de su dueño.

Las tres niñas se quitaron las ropas antiguas, se pusieron las botas y los abrigos y salieron hacia la casa del señor Mailloux. Pam llevaba en el bolsillo el gorrito encamado.

Corriendo y deslizándose por la nevada carretera, las tres hermanas llegaron a la casa del señor Mailloux y llamaron a la puerta.

—Entrad, entrad —dijo el simpático viejecito—. Supongo que queréis jugar con «Poilu».

—Sí —repuso Pam, desabrochándose el abrigo—. Y tenemos un regalo para él.

En ese momento, «Poilu» apareció en la salita. Pam le llamó y, cuando el perrito se aproximó, ella le puso en la cabeza el diminuto sombrero. Una tira de goma que pasaba bajo las mandíbulas del animal, sostenía el sombrero. El perrito inclinaba la cabeza hacia uno y otro lado, como si estuviera muy orgulloso con su nuevo *chapean*.

—Ahora voy a ser yo quien te quite a ti el sombrero —dijo Holly, inclinándose.

Pero «Poilu» era demasiado rápido para ella. El animalito se apartó de un salto y el sombrero se ladeó, cubriéndole el ojo izquierdo. Ninguna de las niñas conseguía dar alcance al juguetón «Poilu».

—Eres un bromista —le regañó Holly.

Después de haber estado un buen rato divirtiéndose con el perro, Pam dijo:

—Sería mejor volver a casa de los Tremblay. Puede que el señor La Fontaine venga a damos noticias.

Cuando las niñas abrieron la puerta de la fachada, «Poilu», muy orgulloso con su sombrero, salió delante de ellas.

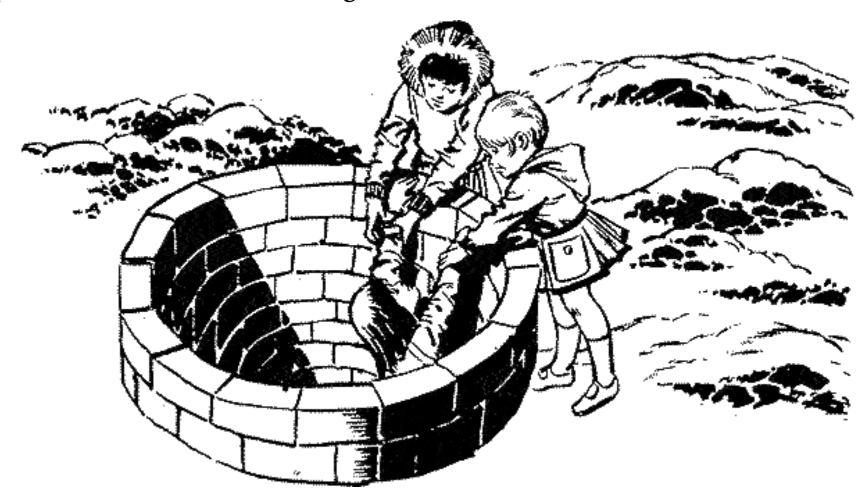
—Vuelve a dentro —le ordenó Holly.

También el señor Mailloux llamó a su perrito, pero «Poilu» no le hizo ningún caso. Y cuando las niñas se marcharon, echó a andar tras ellas. Al llegar a la carretera, Pam se volvió para decir:

—Vuelve a casa, «Poilu». Tu amo te espera.

Pero «Poilu» se limitó a menear el rabo y siguió andando tras las niñas.

—Ya «sabo» por qué no quiere volver —anunció Sue—. ¡El pobrecito no entiende el inglés!



—Es verdad —repuso Pam—. Valdrá más atraparle y llevarle en brazos a su casa.

La niña se agachó hacia el animal; pero, antes de que Pam le hubiese llegado a tocar, «Poilu» echó a correr hasta un campo cercano y saltó por encima de lo que parecía una pequeña zanja. Cuando quiso imitarle, Pam dio un resbalón en la nieve.

—¡Ooh! —gritó y habría desaparecido por completo si no llega inmediatamente al borde rodeado de ladrillos—. ¡Socorro! ¡Socorro!

Sus hermanas corrieron junto a Pam, cuyos dedos empezaban a resbalar de los ladrillos.

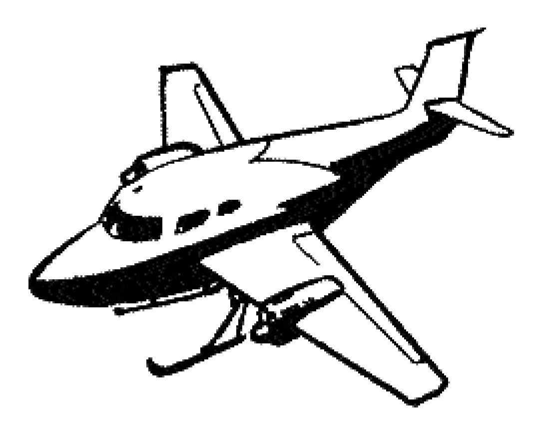
—Estoy en un pozo —gimió la mayor de las hermanas—, pero

no puedo tocar el fondo. Busca a alguien que nos ayude. ¡Deprisa!

Pero, en lugar de hacer lo que Pam decía, Holly y Sue la tomaron por las muñecas, intentando sacarla del pozo, mientras gritaban pidiendo auxilio. Pero no lograban arrastrar a Pam quien, de un momento a otro, podía resbalar de las manos de sus hermanas y caer al fondo. Uniéndose a la confusión, estaba «Poilu», que corría en círculos, alrededor de las niñas, ladrando de manera estridente.

—¡Si el señor Mailloux pudiera oímos! —gimió Holly, con la carita llena de lágrimas—. ¡Socorro! ¡Socorro!

NOTICIAS DESALENTADORAS



—¡Sujétate con fuerza, Pam! ¡Sujétate! —rogó Holly cuando una de las manos de su hermana se desprendió del brocal del pozo.

El pie de Pam buscó a tientas en la pared del pozo y su bota se apoyó en un hueco, evitando, de momento, que la niña se fuese al fondo.

—¡Socorro! ¡Socorro! —chilló Sue, con toda la fuerza de sus pequeños pulmones.

De repente, la puerta del señor Mailloux se abrió de par en par y el viejecito salió corriendo, en dirección a las niñas. Al llegar al pozo abandonado, se inclinó ante el brocal y, ayudado por Sue y Holly, consiguió sacar a Pam. La niña se sentó en el suelo, muy débil después de los esfuerzos que había hecho, y respirando entrecortadamente, dijo al señor Mailloux:

—Muchas gracias por su ayuda.

—¡Dios Santo! —dijo el señor Mailloux, quitándose el sombrero, para secarse el sudor—. Si llegas a caer al fondo, podías haberte roto una pierna.

En pocos momentos. Pam recobró las fuerzas y se levantó del suelo. Holly y Sue le sacudieron la nieve del abrigo. El viejecito dio

unas palmadas en el hombro de Pam.

—Será mejor que volváis a mi casa, para que descanses un poco, antes de ir a casa de los Tremblay.

Las niñas creyeron notar que «Poilu» se daba cuenta de que había sido su travesura lo que provocó aquel problema, porque el perrito se acercó a Pam, aullando tristemente. Ella le colocó bien el gorrito, después de lo cual el animal siguió al grupo, obedientemente, a la casa. El señor Mailloux preparó tres tazas de sidra caliente y la sirvió con galletas.

—Está buenísimo —dijo Pam.

Estaban las niñas acabando la sidra cuando llamaron a la puerta. El señor Mailloux fue a abrir y se encontró ante los abuelitos Hollister.

—Creímos que las niñas se habían perdido —explicó, sonriendo, la abuela.

—Casi nos perdemos… en un agujerote —dijo Sue, contando en seguida lo que les había pasado.

El abuelo sacudió de un lado a otro la cabeza y dijo al señor Mailloux:

—Vivir las aventuras de nuestros nietos es un trabajo agotador. Parece que no tienen más interés que el de meterse en un conflicto tras otro.

—Pero siempre salimos bien —dijo Holly, muy hueca.



Cuando los abuelos hubieron tomado, también, una taza de sidra caliente, todos se despidieron del señor Mailloux y se alejaron por la nevada carretera.

—Estaba pensando si Pete y Ricky no habrán visto aún al señor La Fontaine —dijo Pam, caminando detrás del abuelo.

También los dos chicos habían tenido una mañana llena de emociones. Cuando la canoa se encontraba a medio camino, Jean-Marc se fijó en la expresión de los dos pequeños pasajeros y habló en seguida con Víctor, en francés. El fabricante de trineos respondió riendo:

—Creo que es lógico. ¿Qué os parece si nos ayudáis, muchachos?

—¡Zambomba! ¿Podemos remar? —preguntó Pete.

Víctor dijo que Pete podía sustituir a Jean-Marc en uno de los remos, y Ricky cogería el canalete, para ir abriendo paso. Entusiasmados, ambos hermanos se apresuraron a ocupar el puesto de los dos hombres. Los hermanos Tremblay remaron con más lentitud, para que Pete pudiera ir a su mismo ritmo.



Ricky sonreía de oreja a oreja cuando cogió el canalete y guió la embarcación, alejando los témpanos de hielo.

«Me alegro de haber practicado ayer», pensó.

Víctor explicó a los Hollister que la marea era un serio problema para los hombres del río.

—No podemos cruzar nunca el St. Lawrence en línea recta. La corriente nos arrastra hacia arriba o hacia abajo. De modo que siempre salimos un poco más abajo del lugar en que queremos desembarcar en la orilla de en frente. Por eso hoy teníamos que salir a una hora determinada.

Pete y Ricky comprendieron perfectamente. Habían embarcado en un trecho situado algo más abajo de Baie St. Paul. Ahora la marea subía, haciendo retroceder las aguas del río, y los navegantes tenían la impresión de ser empujados directamente hacia el hotel Eau Claire.

—¡Han calculado muy bien la desviación del agua! —dijo Pete, admirado, cuando la canoa se detuvo.

Todos saltaron a tierra y los hombres sacaron del agua la embarcación y la colocaron boca abajo, para protegerla del hielo.

—Tendremos que ir primero a la oficina de correos —dijo Víctor —. Mis primos tienen el trabajo de recoger toda la correspondencia que llega para la isla.

—¿Les importa que Ricky y yo vayamos directamente a ver a los señores La Fontaine? —preguntó Pete—. Queremos pedirle al piloto que intente averiguar algo sobre Gabriel.

—Que no deje de hacerlo —rogó Víctor—. Nosotros iremos al hotel dentro de un rato.

Pete y Ricky corrieron al hotel, deseando hablar en seguida con

su propietario. Encontraron a Jacques probando unos esquíes en la pequeña pista de aterrizaje de su padre.

—¡Hola! —saludó Ricky, corriendo a su encuentro—. ¿Cómo va el día?

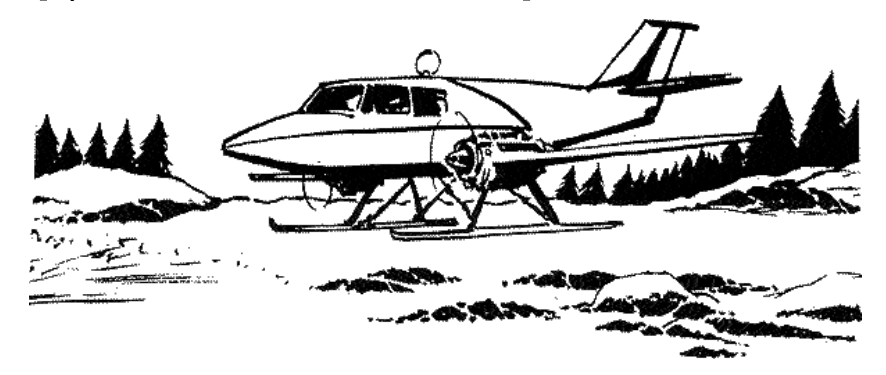
—*Bien! Bien!* —contestó el pequeño de mejillas sonrosadas—. Estoy esperando a *mon père*.

Jacques señaló el cielo y añadió que su padre había llevado aquella mañana, en la avioneta, a unos cazadores al interior, pero que debía volver pronto.

—Necesitamos verle —dijo Pete—. Esperaremos. Jacques, ¿piensas ser piloto cuando seas mayor?

—*Oui* —replicó el niño canadiense—. Estoy practicando ya. ¿Veis?

En ese momento, el pequeño se desabrochó el abrigo y extendió los brazos como si fuesen alas. El viento soplaba con fuerza y empujó al niño un corto trecho sobre la pista helada.



—Tenéis una buena pista de aterrizaje, Jacques —comentó Pete, deslizándose sobre el hielo, junto al pequeño provisto de esquíes.

Ricky pidió que le dejasen probar a él los esquíes y Jacques, complaciente, se los quitó, para que el pecoso se los pusiera. Ricky se desabotonó el abrigo y se deslizó velozmente por la helada pista.

Entonces el zumbido de un motor de avión llamó su atención. Levantando la cabeza, pudo ver que la avioneta del señor La Fontaine iba haciéndose cada vez más grande en el cielo, descendiendo hacia la pista.

La avioneta describió varios círculos y al fin se dispuso a tomar tierra. En el mismo momento en que los esquíes del aparato iban a

rozar la pista, una fuerte ráfaga de viento empujó un bidón vacío de gasolina hasta el tramo de terreno de aterrizaje.

¡El bidón quedó exactamente debajo de la avioneta del señor La Fontaine!

—¡Pete! ¡Va a chocar con la lata de gasolina! —gritó Ricky, alarmadísimo.

El hermano mayor ya se había dado cuenta de lo que ocurría y corrió a la pista. Llegó junto al bidón vacío, le dio un fortísimo empujón y lo lanzó lejos de allí. Inmediatamente, Pete se echó al suelo, y quedó inmóvil, mientras la avioneta pasaba sobre él e iba a detenerse muy cerca de la granja transformada en restaurante.

El señor La Fontaine saltó a tierra, abrazó a su hijo y estrechó la mano de Pete.

—Has sido un valiente, actuando como lo has hecho —dijo—. El único modo de evitar una tragedia habría sido volver a tomar altura, pero no sé si me habría sido posible.

Luego, el piloto llevó el bidón a un cobertizo donde no pudiera provocar ningún accidente.

—Queríamos hablar con usted —le dijo Pete.

—Entrad conmigo —invitó el señor La Fontaine.

Siguiendo al piloto, los niños entraron por la puerta trasera del restaurante y se encontraron en una gran cocina, una esquina de la cual servía de comedor a la familia. La señora La Fontaine saludó a los recién llegados y sirvió, en seguida, unas tazas de humeante chocolate. Mientras lo tomaban, Pete habló de la desaparición de Gabriel Tremblay que, probablemente, estaba por la región del lago St. John.

—Sí. Conozco bien la zona. Es fácil perderse allí.

—Señor La Fontaine —dijo Pete—. ¿Cree usted que podría utilizar su radio para hacer averiguaciones sobre él?

—Sí. Creo que puedo.

En aquel momento, sonaron pasos en la puerta trasera y los hermanos Tremblay, en compañía de Víctor, entraron en la cocina del restaurante. El matrimonio La Fontaine habló de lo mucho que lamentaba la desaparición de Gabriel.

—*C'est dommage* —dijo la esposa del piloto. Y mirando a los niños, tradujo—: Es muy lamentable.

Pero el señor La Fontaine sonrió, afirmando:

—Pete me ha dado una idea. Tal vez yo pueda ayudar. Tengo un amigo en lago St. John, que posee una emisora de radio y tal vez capte mis señales de onda corta. Venid conmigo —concluyó el piloto, dirigiéndose a los niños y poniéndose en pie.

Pete, Ricky y Jacques siguieron al señor La Fontaine a lo largo de dos tramos de escaleras que llevaban hasta la pequeña habitación de la buhardilla. El piloto se sentó en seguida a la mesa en la que tenía todo el equipo. Los dos hermanos Hollister escucharon con la boca abierta cómo el señor La Fontaine hablaba apresuradamente en su lengua natal. Por fin, replicó alguien por el altavoz y se entabló una conversación en rápido francés. Al poco el señor La Fontaine dijo:

—*Merci, merci.*

Y cortó la comunicación. Ricky, mientras el señor La Fontaine empezaba a bajar las escaleras, preguntó:

—¿Qué ha dicho?

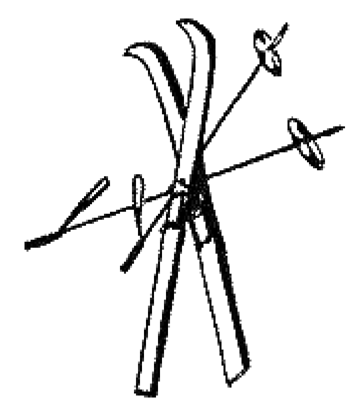
—La noticia no es buena —repuso el piloto.

Cuando llegó a la cocina, el señor La Fontaine explicó que había habido una fuerte tormenta de nieve en los alrededores del lago St. John. La tormenta sorprendió en la intemperie a Gabriel, que seguramente se había metido en el refugio más próximo.

Al oír aquello, los Tremblay se sintieron al mismo tiempo tranquilizados y desanimados. Les hacía felices saber que Gabriel sólo estaba bloqueado por la nieve. Pero Víctor explicó por qué estaban desencantados. Levantándose de la silla, dejó escapar un suspiro y dijo con desaliento:

—¡Ya no podremos participar en la carrera de canoas de Quebec!

DETECTIVES EN LA NIEVE



Las desconsoladas expresiones de los Tremblay hicieron sentir mucha pena a Pete y Ricky. Los Hollister, al resolver otros misterios, habían podido ayudar a otras personas, en varias ocasiones. Los dos hermanos tenían en la mente la misma idea. ¿Qué podrían hacer para encontrar a Gabriel, y conseguir que los Tremblay participasen en el concurso de canoas de Quebec?

De repente Pete tuvo una idea y dijo al señor La Fontaine, con los ojos brillantes de emoción:

—¿No podríamos ir Ricky y yo a buscar a Gabriel en su avioneta, señor La Fontaine?

El piloto no supo qué responder, pero Jacques dijo inmediatamente:

—*Mon père* puede encontrar a Gabriel Tremblay. Yo lo sé.

Esto hizo sonreír a su padre, que respiró profundamente, para luego decir:

—Es casi imposible localizar a un hombre en aquella selva.

—Pero hay una probabilidad —dijo Pete, gravemente.

—Desde luego.

—Entonces, podemos probar.

—Pero vuestros abuelos… —titubeó el piloto—. Puede que no les guste que hagáis tal cosa.

—Estoy seguro de que los abuelos nos dejarían —afirmó Pete—. Los Tremblay han sido muy amables con nosotros y si podemos recompensarles de alguna manera…

—Está bien. Yo estoy dispuesto, si a vosotros os dan el consentimiento vuestros abuelos.

Se decidió que los dos niños volverían a Ile aux Coudres en canoa para hablar con los abuelos. El señor La Fontaine dedicaría aquel día a revisar el motor de la avioneta y prepararse para el viaje.

—Saldremos mañana por la mañana —dijo—. Yo pasaré a recogeros.

El piloto prometió estudiar aquella noche los mapas aéreos y comunicarse por radio con su amigo del lago St. John para averiguar si había novedades respecto a Gabriel.

El viaje de regreso por el río se efectuó en un tiempo muy breve. Pete fue el primero en entrar en casa de los Tremblay con las informaciones sobre su última aventura.

—¿Nos dejaréis ir? —preguntó, suplicante, después de haberlo explicado todo.

—¿No será peligroso? —dijo la abuela, cautamente.

—Ya sabes que el señor La Fontaine es un piloto buenísimo. Además, con su avioneta de esquíes puede aterrizar casi en cualquier parte —insistió Pete.

—Hay muchos lagos helados —dijo el abuelo—. Pero…

—Déjales ir, abuelito —intervino Pam, suplicante.

El abuelo Hollister se rascó la barbilla, pensativo. Al cabo de un momento, dijo:

—Por mí podéis ir, si tu abuela accede.

—Yo doy mi consentimiento —dijo, por fin, la abuela—. Tengo la corazonada de que todo va a salir bien. Podéis ir.

—¡Hurraaa! —gritaron los dos hermanos.

Los cinco Felices Hollister empezaron a saltar y bailar alegremente. *Tante* Cecile sonrió y los toscos hombres del río contemplaron con admiración a los decididos pequeños.

—*Bonne chance! Bonne chance!* —dijo Víctor, estrechando la

mano a Pete y Ricky.

—¿Lo que ha dicho es lo mismo que «buena suerte»? —preguntó Pam.

—*Oui* —contestó Jean-Marc—. Rezaremos por vosotros.

A la mañana siguiente, antes de que saliera el sol, *Tante* Cecile despertó a los muchachos. Después del desayuno, el automóvil de la nieve trasladó a Pete y Ricky hasta el campo de aviación. El señor La Fontaine les estaba esperando, con el motor de la avioneta silencioso.

—*Bonjour*, amigos —dijo—. Subid.

Los chicos entraron en el aparato. El motor empezó a runrunear y la avioneta se deslizó sobre la pista. Luego, el morro se elevó. La nevada pista empezó a quedar abajo, muy abajo. ¡Estaban a punto de iniciar la búsqueda!

Una vez que hubieron ganado la altura conveniente, el señor La Fontaine dijo:

—Tenemos buenas noticias, para comenzar el viaje.

—¿Qué es? —preguntó, interesado, Pete.

—He vuelto a ponerme en contacto con mi amigo del lago St. John y me he enterado de que Gabriel y su compañero pusieron trampas en el Lago de la Rana. Los dos hombres quedaron separados a causa de la tormenta. El amigo de Gabriel ha regresado sano y salvo y ahora se está organizando un grupo para buscar a Tremblay.

A Ricky se le iluminaron los ojitos.

—A lo mejor le encontramos nosotros primero —dijo, esperanzado.

—Tal vez —asintió el piloto, al tiempo que colocaba un mapa sobre las rodillas de Pete, que iba sentado a su lado—. Ahí, en ese punto, está el Lago de la Rana. Llegaremos dentro de una hora.

El aparato se había alejado del río St. Lawrence y estaba sobrevolando por los bosques cubiertos de nieve de las laderas de las montañas. De vez en cuando, se distinguían grupos de esquiadores que, vistos desde aquellas alturas, parecían hormigas deslizándose por las pendientes.

Por fin apareció en el horizonte una enorme extensión helada y el señor La Fontaine explicó:

—Éste es el lago St. John. El Lago de la Rana está detrás.

Llevó varios minutos volar por encima del lago St. John. Una vez en el otro lado, el piloto hizo descender un buen trecho al aparato.



—¿Veis aquel trecho blanco que tiene la forma de un sapo? Por eso se le llama el lago de la Rana —explicó, el piloto a sus acompañantes.

Ricky aplastó la naricilla contra el cristal de la ventanilla y Pete miró fijamente al frente, pero ninguno de los hermanos pudo ver otra cosa que no fuese una interminable extensión de bosques. Al cabo de un rato, sin embargo, Ricky gritó:

—¡Me parece qué ya lo veo!

—¿Dónde? —quiso saber Pete.



—Allí. Detrás de aquella loma, a la izquierda.

El piloto sobrevoló por aquel trecho, diciendo:

—Ahí está.

El pequeño lago, cubierto de nieve y bordeado por árboles oscuros tenía la forma de un sapo que está saltando.

El piloto manipuló en el motor y el aparato empezó a descender poco a poco.

—¡Miren! —exclamó Pete, señalando a su derecha—. ¡Allí hay una casita y sale humo por la chimenea!

—¡A lo mejor dentro está Gabriel! —gritó Ricky, esperanzado, mientras el aparato se posaba en la nieve y se deslizaba un trecho sobre ella.

El piloto desconectó el motor y el aparato se detuvo. Volviéndose a Ricky, el señor La Fontaine le pidió que abriera el pequeño compartimento para equipajes.

—Encontrarás raquetas para la nieve —dijo—. Vamos a necesitarlas.

Ricky buscó en el compartimento y entregó en seguida tres pares de raquetas reticulares a Pete, quien las dejó caer sobre la nieve. Luego todos bajaron de la avioneta y se ajustaron las raquetas a sus botas.

—Me siento, igual que un pato —gritó, entusiasmado, Ricky, levantando pesadamente los pies, mientras se encaminaba a la casita solitaria.

Era un edificio hecho con troncos de árbol, que tenía una puerta

y una ventana, las cuales estaban ahora ocultas por la nieve. Mientras se aproximaban, el señor La Fontaine dijo:

—No se ven huellas de pies. La persona que esté ahí dentro lleva sin salir varios días.

En aquel momento, Ricky miró hacia la parte posterior de la cabaña y, sin querer, dio un grito de miedo.

—¿Qué pasa? —preguntó, alarmado, Pete.

—¡Hay un animal grandísimo allí! ¡Le he visto moverse!

El señor La Fontaine abrió la marcha hacia la parte trasera de la cabaña. El animal que había allí era un enorme alce, que se mostró tan sorprendido de tener compañía como los recién llegados.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. ¡Vaya un tamaño que tiene!

—¿Nos hará daño? —cuchicheó Ricky, preocupado.

A modo de respuesta, el gigantesco alce dio media vuelta y se alejó a la carrera por ungí cuesta, buscando refugio en el bosque.

—De vez en cuando hay algún alce que se siente curioso, aunque, en general, son muy tímidos —dijo el señor La Fontaine, mientras se acercaban a la puerta de la cabaña.

Pete llamó, pero no contestó nadie. Volvió a, llamar.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, desde dentro, una voz apagada.

—¿Está usted ahí, Gabriel? —preguntó, en voz alta, el piloto.

Se abrió una rendija de la puerta y un hombre barbudo asomó la cabeza. Después de ver a sus visitantes, abrió la puerta de par en par.

—Entren —invitó—. Pero yo no me llamo Gabriel, sino John Thompson.

Cuando Pete, Ricky y el señor La Fontaine se hubieron presentado al hombre, Ricky preguntó:

—¿Vive usted siempre solo, en el bosque, señor Thompson?

—Creo que soy lo que puede llamarse un chiflado —dijo el barbudo, sonriendo—. Me gusta cazar y vivir solo. Soy una especie de ermitaño.

El cazador explicó que tenía su casa en Winnipeg, pero que todos los inviernos pasaba varios meses en aquella cabaña solitaria. Cuando los visitantes le hicieron más preguntas, el señor Thompson respondió que no había visto a Gabriel Tremblay.

—Pero, si está por estos alrededores, puede haberse refugiado en

una cabaña que está a veinticinco millas al norte del pequeño lago llamado Diamante de María.

—*Oui, oui* —dijo el piloto, que conocía aquel lugar.

Mientras charlaban, el señor Thompson preparó a los viajeros una bebida caliente, hecha con nieve, que se derritió en el fuego, y unos cubitos de caldo.

—Les deseo mucha suerte —dijo, cuando los tres «sabuesos» se despidieron.

Tras subir al aparato, detrás de los dos niños, el señor La Fontaine despegó, dirigiéndose al pequeño lago conocido por el nombre de Diamante de María. Se llamaba así, dijo el piloto, porque resplandecía como una gema con el sol estival.

No les resultó difícil localizar el lago, pero sí tuvieron problemas para el aterrizaje. El señor La Fontaine describió varios círculos, buscando un trecho adecuado, en el hielo, para que se posase la avioneta.

Estuvieron planeando a muy poca altura. A Pete le parecía que las ramas más altas de los árboles iban a chocar con el fuselaje. Pero el piloto situó al avión en picado y tomaron tierra perfectamente.

—¡Caramba! —exclamó, con un suspiro—. No me gustaría tener que hacer esto muy a menudo.

«¡Qué habilidoso es este hombre!», pensó Pete, con admiración.

—Ahí está la cabaña —anunció Ricky, señalando un bosquecillo cercano a la orilla del agua.

Entre la arboleda se distinguía una casita. Colocándose de nuevo las raquetas para la nieve, los tres se encaminaron al minúsculo edificio, tan pequeño como un cobertizo. Tenía una puertecita cubierta con una lona.

—¿No hay nadie en casa? —gritó Pete, cuando se aproximaron.

LOCALIZADO



De repente, en el umbral de la cabaña apareció un hombre alto y robusto. En su voz sonó un timbre alegre al exclamar:

—La Fontaine, *mon bon ami!*

—¡Gabriel!

Los dos hombres corrieron al encuentro el uno del otro y se abrazaron al estilo francés (un fuerte apretón y un roce de las mejillas, primero una, luego la otra). Después de una conversación en la que se intercalaron muchos ademanes y risotadas, el piloto quedó un momento aturdido y se volvió para decir a los niños:

—Pete, Ricky, perdonadme. No me he dado cuenta de que no entendéis el francés.

—¿Es de verdad Gabriel Tremblay? —preguntó Ricky, parpadeando.

—Ya lo creo que lo es —contestó el piloto, que luego presentó a los Hollister y todos entraron en la cabaña.

Ésta se hallaba toscamente amueblada. Una gran piel de oso cubría el suelo, de tierra sin enlosar. Sobre una mesa de madera sin pulir, había una fiambrera y un tenedor; y, al fondo de la estancia, se veía un fogón de gasolina. Clavada en la pared había una litera

con un saco para dormir, encima. Los hombres se sentaron en la litera y los niños en el suelo. El señor La Fontaine tradujo lo que le había contado Gabriel. Cuando le sorprendió la tormenta se encaminó, como pudo, a la cabaña y conservó en lo posible las energías, hasta estar en condiciones de emprender el regreso a casa, cosa que pensaba hacer aquella tarde.

—Pero no habría llegado a tiempo para el concurso de canoas —dijo Pete—. En cambio, ahora sí podrá participar.

—*Merci, merci!* —exclamó Gabriel, cuando su amigo le tradujo lo que Pete acababa de decir.

Cuando Gabriel recogió su impedimenta, el grupo se puso en marcha hacia la avioneta. El despegue resultó muy suave, como conseguido por el experto piloto canadiense. Pronto se encontraron sobrevolando los bosques, en línea recta hacia Ile aux Coudres.

Cuando el señor La Fontaine describió un círculo, antes de tomar tierra, un grupo de personas, incluidas los Hollister, se hallaba reunido en la pista de aviación. Y en el momento en que la hélice dejó de girar, todos se abalanzaron a la avioneta. Al ver que de ella bajaba Gabriel, todos prorrumpieron en gritos de alegría.

—¡Huy, qué risa! —exclamó Sue, contemplando la escena—. Todos se están dando abrazos.

—Es una costumbre francesa —explicó el abuelo.

Cuando los nativos se enteraron de que habían sido los Hollister —y Pete en particular— quienes dieron la idea de salir en busca de Gabriel, aplaudieron con calor. Y cada uno de los Hollister recibió un abrazo afectuoso al estilo francés.

—¡Qué bonito es todo en Quebec! —dijo, entusiásticamente, Sue que había recibido un fuerte abrazo de *Tante* Cecile.

La señora sonrió y dijo que estaba muy agradecida de lo que los Felices Hollister habían hecho.

—Como regalo, quiero que os llevéis a vuestra casa algunos de los vestidos franceses, antiguos, que os enseñé. Y tengo dos trajes que sentarán bien a los muchachos. Pueden seros útiles alguna vez para hacer una función teatral.

El travieso Ricky sonrió, diciendo:

—*Merci! S’il vous plait*, etc., etc. Porque no sé nada más en francés.

También los demás niños dieron las gracias a la señora y todos entraron en el vehículo de la nieve. Cuando llegaron a casa de los Tremblay, el abuelo pidió al conductor que aguardase. Volviéndose a los Tremblay añadió:

—Mi familia y yo regresaremos en seguida a Quebec. El señor La Fontaine nos está esperando.

—Para nosotros es un disgusto que tenga usted que irse —aseguró *Tante* Cecile—. Voy a buscar los vestidos.

Y subió a seleccionarlos, con Pete y Ricky, que tenían que recoger los maletines. Cuando volvieron a reunirse todos para despedirse, Víctor dijo:

—Confío en que encontréis el «cariole». De no ser así, me lo decís y os construiré otro. —Y cambiando de tema, añadió—: Naturalmente, iréis a presenciar el concurso de canoas.

—Iremos todos —prometió Pete.

Después de unas afectuosas despedidas, los Hollister se marcharon y, poco rato después, tomaban tierra ante el hotel de la familia La Fontaine. En cuanto se quitaron los abrigos, Pam dijo a su abuelo:

—Querría telefonear a la policía. Puede que sepan algo de lo que ocurrió con nuestro «cariole».

—Hazlo, hazlo.

Cuando comunicó con el cuartelillo de policía, Pam pudo hablar con un sargento que hablaba inglés. Después de enterarse de todo, el sargento dijo a la niña que no sabían nada de «cariole» alguno que llevase las iniciales F. H.

—Pero pondré a mis hombres sobre aviso —se ofreció.

—*Merci* —dijo Pam, antes de colgar.

—Yo también «nesesito» telefonear —notificó Sue—. Quiero hablar con papá y mamá.

—¡Buena idea! —aplaudió Pete—. Puede que ya sepan algo de «Domingo».

—Y yo quiero saber cuándo van a venir —dijo la abuela—. ¿Quién pide la conferencia?

—Yo lo haré —se ofreció Pete.

No pasó mucho rato antes de que les pusieran en comunicación con Shoreham.

—¡Hola, mamá! —saludó Pete, cuando su madre descolgó el teléfono.

—¡Hola, hijo! ¡Qué cerca suena tu voz!

A continuación se sostuvo una agitadísima conversación. Cada uno de los niños, lo mismo que el abuelo y la abuela, cogieron unos momentos el auricular. El señor y la señora Hollister dijeron que llegarían a Quebec, en avión, el domingo.

El burro «Domingo» todavía no había sido hallado, pero al parecer unos niños le habían visto en un campo, al otro extremo de la ciudad. Sin embargo, la policía no había logrado localizar al animalito.

—Pero todavía estamos a viernes —dijo la señora Hollister—. Aún queda un día para buscar, antes de que papá y yo tomemos el avión. Tal vez lleguemos a Quebec con buenas noticias.

Largo rato después de haber colgado el teléfono, los niños seguían hablando sobre el desaparecido burro.

—Si alguien ha visto a «Domingo», estoy segura de que el oficial Cal le encontrará —declaró Pam, esperanzada.

—Y si, además, encontramos el «cariole», todos los misterios se habrán aclarado —dijo Holly.

En aquel momento sonó el teléfono. La abuela Hollister acudió a contestar.

—Sí, sí. Perfectamente, *merci* —dijo, antes de colgar.

—¿Quién era, abuelita? —preguntó Pete.

—La dueña del hotel. Me ha dicho que esta noche hay un baile de máscaras en el Coliseum y le gustaría que acudiésemos.

—¿Disfrazados? —quiso saber Holly.

—Sí. Ha sido una suerte que *Tante* Cecile os haya regalado esos antiguos trajes franceses.

Después de cenar, los niños Hollister se vistieron con los trajes franceses. Pete y Ricky sonrieron satisfechos, al mirarse en el espejo.

—Me da un poco de vergüenza —dijo Ricky, al cabo de un rato, mirándose los apretados pantalones de terciopelo marrón y la chaquetilla corta, bordada en oro.

—Y a mí —confesó Pete, que llevaba un traje parecido al de su hermano, aunque en terciopelo negro y con largas medias blancas.

—Formáis una familia lindísima —afirmó la abuela—. Será mejor que nos marchemos ya.

En el exterior, la temperatura no era superior a cero. El abuelo les llevó en el coche al Coliseum, que era un edificio muy grande, con techo en forma de cúpula, rodeado por grandes zonas para aparcamiento, en las que se hallaban cientos de coches. El abuelo buscó un espacio para dejar su sedán.

Adelantándose, los niños entraron en el edificio espléndidamente iluminado. En seguida oyeron sonar compases musicales.

—¡Oh! ¿Verdad que es maravilloso?

El abuelo compró las entradas y toda la familia subió la rampa que llevaba al centro del Coliseum. Los niños tuvieron que contener los gritos de asombro que se escapaban de su garganta, ante lo que estaban viendo. Hileras de asientos, para los espectadores, rodeaban la pista de madera pulimentada en la que cientos de personas, con los más inesperados disfraces, bailaban al compás de una alegre melodía.

—¡Mirad qué disfraces tan raros! —advirtió Ricky.

Entre los bailarines más cercanos, el pequeño descubrió varios zulúes, una mariposa y una bailarina.

—Nunca hasta ahora había visto tantos disfraces diferentes —comentó la abuela—. Algunos son preciosos.

Los abuelos se quedaron en los asientos, mientras los niños iban a la pista. Los dos niños se turnaron para ir bailando con sus tres hermanas. Cuando Ricky giró airosamente con la chiquitina Sue, los espectadores aplaudieron.

Un hombre que llevaba papel y lápiz en la mano, e iba pasando entre los danzarines, se detuvo para preguntar a Pam:

—¿Todos sois de la familia?

—Sí, señor. Somos los Felices Hollister de Shoreham, en los Estados Unidos.

—¡Bien venidos a Quebec! —dijo el hombre, sonriente—. Espero que paséis una buena velada aquí.

El baile duró más de una hora. Cuando terminó, un señor muy agradable, con traje de etiqueta, habló en francés por el altavoz.

—Me gustaría saber qué está diciendo —dijo Pam.

Al oírla, una joven muy linda, vestida de muñequita francesa, la cual se encontraba cerca, dijo a Pam:

—Yo os lo traduciré. Van a hacer un concurso de disfraces. Hay muchos premios.

Pam miró con admiración a la hermosa joven que le estaba haciendo de intérprete, y se preguntó si su disfraz de muñeca ganaría algún premio.

—Soy Marielle Dumas —se presentó la joven—, una de las siete duquesas.

Cuando todos los Hollister se presentaron a la simpática muchacha, Pam le preguntó en qué consistía ser duquesa. Marielle contestó que se elegían siete duquesas, una de cada distrito de Quebec. Una de ellas sería elegida reina del Carnaval y las otras iban a ser sus damas de honor.

—¡Qué emocionante! —dijo Pam.

Y Holly añadió:

—Entonces, ustedes deben de ser muy famosas, ¿no?

La ocurrencia de la pequeña hizo reír a Marielle, quien dijo que ser «duquesa» resultaba muy divertido. En el gran desfile de carnaval, irían todas en «carioles», precediendo a la reina.

Marielle se quedó junto a los Hollister mientras se celebraba el concurso de los disfraces. Un joven vestido de jirafa ganó el premio de la originalidad. El premio al más cómico correspondió a un payaso con cabeza de col.

De repente, los Hollister oyeron pronunciar el nombre de Marielle Dumas. Su traje había sido elegido como el más bonito.

—¡Hurra! ¡Hurra! —gritó Sue, mientras sus hermanos felicitaban a la afortunada.

El presentador volvió a hablar y Marielle tradujo sus palabras a los Hollister.

—Ahora van a dar el premio al grupo familiar más atractivo. ¡Mirad! Uno de los jueces viene hacia aquí.

Los Hollister se quedaron con la boca abierta cuando un joven con calzones de seda y chaquetilla con encajes en las bocamangas, se inclinó profundamente ante ellos. En medio del alboroto y los aplausos, los niños apenas pudieron comprender qué estaba sucediendo. Sin saber cómo se vieron empujados hasta la tarima de

los músicos. Mireille les siguió. Volvió a hablar el presentador por el altavoz.

—Habéis ganado un premio —dijo Mireille en un susurro—, como el mejor grupo familiar, ataviado con auténticos trajes de época.

Nunca los Hollister se habían sentido tan sorprendidos. Pam y sus hermanas hicieron una graciosa reverencia, sujetándose las amplias faldas, mientras Pete y Ricky inclinaban ceremoniosamente la cabeza. Los espectadores aplaudieron con entusiasmo. Cada uno de los niños recibió un dorado medallón, como recuerdo del acontecimiento.

—¡Qué divertidísimo! —gritaba Holly, mientras regresaban a la pista de baile, en donde les aguardaban los abuelos.

—Venimos a felicitar a nuestros maravillosos nietos —dijo la abuela, muy complacida.

Los niños presentaron a Marielle, que les había acompañado hasta la pista. Luego, la joven les preguntó por qué motivo estaban en Quebec. Pete les contó la historia del «cariole» que no aparecía por parte alguna.

—No logramos encontrarlo.

Y Pete añadió que les era muy difícil para ellos hacer averiguaciones en Quebec, ya que no sabían hablar francés.

—No os preocupéis por eso —dijo Marielle—. Yo os ayudaré. ¿Qué os parece si me convierto en vuestra intérprete? Mañana tengo el día libre.

El ofrecimiento fue aceptado, inmediatamente, con gran entusiasmo, por los niños.

—Iré a buscaros a vuestro hotel, mañana a las diez decidió Marielle.

—¡Estupendo! —exclamó Pete—. Con su ayuda, seguramente encontraremos nuestro trineo.

Marielle se inclinó para dar un beso a Sue, dijo adiós a los demás y desapareció en la pista de baile. Poco después los Hollister se marcharon. Media hora más tarde, los cinco niños, cansados después de tan agitado día, dormían profundamente, esperando que las averiguaciones que hiciesen al día siguiente fuesen afortunadas.

A las diez en punto Marielle llegó al vestíbulo del hotel.

—¿A dónde vamos primero? —preguntó, riendo.

Pete propuso ir a la estación de mercancías.

—Entonces podríamos hacer una cosa —dijo Marielle—. ¿Os parece que vayamos en el trineo de mi familia? Es bastante grande para todos.

—¡Eso, eso! —aplaudió Sue—. ¿Podré conducir yo el caballo?

—Naturalmente —asintió Marielle.

La joven salió con los niños a la calle, donde, detenido junto al bordillo, había un trineo blanco y rojo, al que iba enganchado un caballo tordo. El animal piafaba sobre la nieve, con impaciencia.



Pete, Ricky y Holly se instalaron en el asiento trasero, mientras Pam y Sue se colocaban delante con Marielle.

—Ven aquí, Sue —dijo la «duquesa», cogiendo las riendas—. Siéntate en mis rodillas.

Con las piernas ya cubiertas por edredones hechos con piel de oso, los niños anunciaron que estaban preparados. Marielle dio al caballo una ligera sacudida con las riendas y se pusieron en marcha; subieron primero por una calle, luego descendieron por otra hasta llegar a lo alto de una colina, por la que bajaron hasta la estación.

—La oficina de mercancías está dentro —decidió Pete.

Entró en el edificio y se encaminó a la ventanilla de mercancías. Por suerte, el empleado hablaba un poco el inglés.

Cuando Pete se hubo explicado, el hombre dijo:

—Ahora que recuerdo, sí, enviamos un «cariole». Pero nos fue devuelto.

Pete quedó asombrado.

—¿Cómo pudo ser eso?

El empleado ojeó un fajo de papeles y, por fin, sacó uno que enseñó a Pete, diciendo:

—Mira. Puede que esto te permita comprender.

SOBRE LA PISTA



El empleado, que según dijo se llamaba Henri, tendió a Pete una hoja de envío que el muchacho leyó rápidamente. El nombre del remitente era correcto: Víctor Tremblay. De repente, según iba leyendo, el misterio se puso en claro para Pete.

—Envío para John Hollister, Shoreham, California. Shoreham no pertenece a ese estado.

—Entonces, ahí está el error —dijo el empleado—. Por eso devolvieron el «cariole» a Quebec.

—¿Por qué no le dijeron a Víctor Tremblay lo que ocurría?

El hombre contestó que habían intentado, sin éxito, localizar al fabricante de trineos. Cuando Pete le habló de sus aventuras en Ile aux Coudres, el empleado le felicitó, diciendo que los Hollister eran unos magníficos detectives.

—Habéis encontrado a Tremblay y, ahora, también tenéis vuestro «cariole».

—¿Sí? ¿Dónde está? —preguntó Pete nerviosamente, casi temblando de emoción.

—En nuestro almacén.

—¿Podemos recogerlo ahora?

Henri dijo que el almacén estaba cerrado los sábados.

—¡Zambomba! Entonces ¿no podremos recoger nuestro «cariole» hasta el lunes? —preguntó Pete, desencantado.

El empleado miró a Pete, sonriendo, y dijo:

—Después de haber hecho este viaje al Canadá, para buscarlo, y de haber rescatado a Gabriel Tremblay, os merecéis una solución mejor, ¿verdad? Si puedo arreglarlo, tendréis hoy mismo vuestro «cariole».

—¡Estupendo!

Henri dijo que el guarda del almacén no vivía muy lejos de la estación de mercancías.

—Él tiene la llave. Decidle que yo os he mandado para que os deje*entrar en el almacén a buscar vuestro trineo.

El empleado del ferrocarril escribió las señas del guarda en un pedazo de papel que entregó a Pete. El chico, muy emocionado, llegó corriendo al trineo y explicó a los demás las buenas noticias.

—¡Canastos! ¡Por fin hemos encontrado la pista! —gritó Ricky, entusiasmado.

—Llegaremos a la casa del guarda en un momento —dijo Marielle, haciendo que el caballo reanudase la marcha.

Cinco minutos más tarde, la «duquesa» detenía el trineo ante una casita de madera, de una calle lateral.

—Será mejor que hable yo misma con el guarda —dijo, bajando del trineo—. Lo más fácil es que estas personas sólo hablen francés.

Marielle llamó a la puerta, que se abrió en seguida. Pero no fue el guarda, sino su esposa, la que apareció en el umbral, y después de hablar en francés, indicó a Marielle que entrase.

—Puede que el guarda no quiera damos la llave —dijo Pete, haciendo suposiciones.

—O no querrá trabajar en sábado —opinó Pam.

—Dios quiera que Marielle salga pronto —murmuró Holly, golpeándose las enguantadas manos, para calentarse los dedos.

Por fin volvió a abrirse la puerta y Marielle salió sonriendo a la mujer y diciendo:

—*Merci, merci.*

La «duquesa» subió al trineo y cogió las riendas.

—No has podido traer al vigilante —se lamentó Ricky.

—No estaba en casa.

Marielle explicó que, al principio, la esposa del guarda había rehusado entregarle la llave del almacén. Pero, tras unos minutos de insistencia, se avino a entregarle a Marielle un duplicado de la llave.

—Yo creo que me la ha dado porque me ha reconocido como a una de las duquesas —dijo la joven, sonriendo.

—Es que eres muy guapa. ¡Reguapísima! —declaró Sue, zalamera, encogiéndose, mimosa, en el regazo de Marielle.

En pocos minutos llegaron al almacén. Era un edificio sombrío, situado muy cerca de la estación de mercancías. Marielle detuvo el trineo y todos bajaron.



—Ésta es la puerta principal —anunció Pete, señalando el candado que la cerraba.

Marielle sacó de su bolso la llave y la introdujo en la cerradura, que se abrió con facilidad.

—Entremos, entremos —apremió Pete.

—¿Dónde está el interruptor de la luz? —preguntó Holly.

Los niños palparon las paredes, pero no pudieron descubrir ningún interruptor. Marielle dijo:

—Tendremos que ir con mucho cuidado para no tropezar en algo y caer.

Cuando la joven entró en el almacén, de altísimo techo, Sue la siguió, diciendo:

—¡Qué «fantasmoso» es esto!

—No tengas miedo, guapina —la tranquilizó Pam—. No puede sucederte nada… ¡Ayyy!

El grito de Pam hizo dar un salto a todo el mundo. Pero, inmediatamente comprendieron el motivo del grito. Un ratón pasó rápido como una centella, entre las piernas de la niña, para refugiarse en una pila de cajas de madera.

Pam se rió de su propia reacción, y explicó:

—No es que me dé miedo un ratón. Fue la sorpresa…

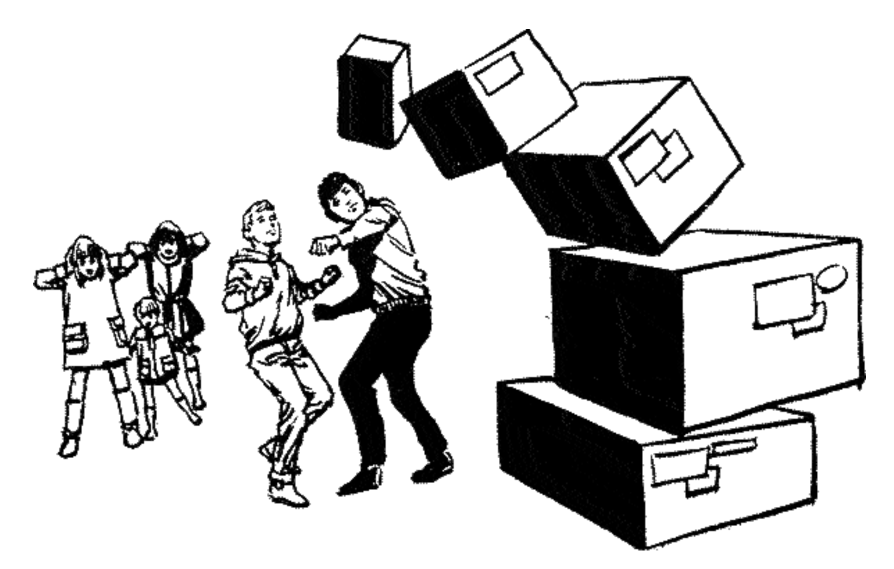
—¿Estás segura? —preguntó Ricky, burlón.

Había paquetes y cajas de todas clases y tamaños, apilados en la espaciosa nave. Los tragaluces del techo, cubiertos de nieve, dejaban entrar una ligera claridad.

—¿Habrá murciélagos? —preguntó, recelosa, Sue, cogiéndose muy fuerte, de la mano de Pam, mientras todos se movían de un lado a otro, buscando un embalaje con un «cariole».

Al cabo de un rato, Pete se fijó en una gran puerta de doble hoja, situada al fondo de la nave.

—Si nuestro «cariole» está aquí, lo más seguro es que lo dejasen cerca de esas puertas. Es el único sitio por donde puede meterse un trineo —razonó el mayor de los Hollister.



Pero por mucho que buscaron, no descubrieron otra cosa más que cestas. Formando una pila muy alta, vieron tres grandes cajas, colocadas una sobre otra. Ricky anunció:

—Aquí hay un rincón donde todavía no hemos mirado.

—¿Dónde es? —preguntó su hermano.

—Detrás de estas cajas.

—Son muy pesadas para que nosotros podamos moverlas.

—Yo te ayudaré, Pete. Entre los dos podremos apartarlas.

Los dos hermanos apoyaron los hombros en la caja de debajo.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Pam, acercándose.

Pete dio un nuevo empujón que hizo que la caja de arriba se ladease. Él no se dio cuenta de ello, pero Pam, que miraba hacia arriba, gritó:

—¡Cuidado!

La advertencia llegó en el momento oportuno. La caja se inclinó aún más y cayó en el momento en que los dos chicos se apartaban de un salto. La enorme caja se estrelló en el suelo a muy pocos centímetros de Ricky.

—¡Oooh! —exclamó Pam, muy tranquilizada.

—Gracias, Pam —dijeron a un tiempo Ricky y Pete.

Entre los tres colocaron bien la caja, que había quedado ladeada. Por fortuna, no se había estropeado con la caída.

—Ahora ya podemos ver lo que hay detrás —dijo Holly.

Levantándose sobre las puntas de los pies, la niña miró por encima de las dos cajas. ¡Pero el «cariole» no estaba allí!



—¡Oh, Dios mío! ¿Será posible que os hayan robado el trineo? —exclamó Marielle.

—¿Cómo pueden haberlo robado? Este almacén está cerrado siempre que falta el guarda.

—Bueno. Tendremos que devolver la llave —dijo Marielle—. Di palabra de llevarla en seguida.

Desencantados, los niños volvieron al trineo y en él se encaminaron a casa del guarda. Esta vez Ricky fue quien desmontó y llamó a la puerta. Abrió la mujer y Marielle, desde el trineo, le explicó que no había podido encontrar el «cariole».

—Puede que volvamos el lunes para ver a su marido —dijo la joven, en francés.

Ricky subió al trineo y el carruaje se puso en marcha, camino del hotel. Pero esta vez no se conversaba alegremente.

—No os deis aún por vencidos —dijo amablemente Marielle—. Yo os seguiré ayudando en la búsqueda.

Mientras hablaba, Marielle dio un tironcito de la rienda izquierda y el caballo dio la vuelta por una esquina. En dirección opuesta llegaba un caballo blanco, tirando de un «cariole» y lo que vieron entonces hizo estremecerse a los cinco hermanos.

Era la parte delantera, el «cariole» llevaba dos iniciales doradas:

F. H.

—¡Es nuestro «cariole»! ¡Deténgase! —gritó Pete al conductor—. ¡Deténgase!

Pero el conductor siguió adelante, sin hacerle el menor caso. Lo que no podían saber los Hollister era si lo había hecho adrede o si, por llevar un sombrero hundido hasta las orejas, no había oído a Pete, El caso es que siguió su camino, sacudiendo las riendas, con lo que el caballo aumentó la velocidad.

—¡Pare! ¡Pare! —suplicó Pam—. Éste es nuestro «cariole».

—Por favor, Marielle, da la vuelta y síguele —pidió Holly, con los ojos llenos de lágrimas.

—Quisiera hacer algo —dijo la «duquesa»—, pero la calle es demasiado estrecha y no puedo girar aquí. Tendremos que esperar a llegar a la primera esquina.

Faltaban varios metros para llegar a la esquina y, cuando Marielle hizo girar su trineo y empezó la persecución, el «cariole» estaba a gran distancia, aunque todavía visible.

—¡Rápido! ¡Rápido! ¡Vamos a atraparle!; —gritó Sue, sacudiendo la mano de Marielle, con el deseo de que el caballo acelerase su ritmo, que corriese a más velocidad.

Por fin el animal emprendió el trote.

—¡Hurra! ¡Le estamos alcanzando! —gritó Ricky, entusiasmado.

El conductor del «cariole» parecía ignorar que los niños le perseguían, pues ni volvía la cabeza, ni miraba a derecha o izquierda.

—Es muy extraño —murmuró Pete, hablando con Pam—. ¿Crees que pensará meterse por algún callejón?

El rápido «clop, clop, clop» de los cascos de los caballos sobre la endurecida nieve, y el silbido del viento azotando los rostros de los niños hacían más emocionante la persecución. Dentro de pocos minutos habrían llegado junto a su «cariole», pensaban los cinco hermanos.

Mientras Marielle azuzaba al caballo, para hacerle correr aún más, Ricky} sintiéndose como si participase en un concurso de carreras, empezó a gritar:

—¡Le estamos ganando! ¡Le estamos ganando!

Pero, en aquel mismo momento, Pam exclamó con voz ronca:

—¡Mirad! El caballo blanco también va al trote. ¡El conductor está intentando desaparecer!

LA CARRERA DE CANOAS



—¡Más de prisa! ¡Más de prisa! —gritó Pete, mientras el trineo corría a toda velocidad y se iba acortando la separación entre los Hollister y el «cariole» con las iniciales.

Pero en la esquina siguiente cruzó un camión enorme. El trineo tuvo que detenerse un momento para dejarle paso.

—¡Canastos! ¡Qué mala suerte! —masculló Ricky, casi llorando.

Cuando el camión hubo pasado, el «cariole» no estaba ya a la vista.

—Debe de haberse metido por alguna calle lateral —dijo Marielle, haciendo correr más al caballo.

En cada esquina los Hollister miraron a derecha y a izquierda, pero el «cariole» conducido por el misterioso personaje parecía haberse esfumado.

Marielle y los cinco niños recorrieron calles y calles durante una hora, pero todo fue inútil. Por fin, se presentaron en la policía para contar lo que les había ocurrido.

Después de comer, Sue Se acostó un rato y Ricky y Holly pasaron unas horas divirtiéndose en el tobogán, con sus abuelos. Durante ese tiempo, Pete, Pam y Marielle estuvieron recorriendo

calles y calles, tanto de la parte alta, como de la parte baja de la ciudad, en el trineo de la joven.

—Parece que nuestro «cariole» se ha esfumado en el aire —se lamentó Pete.

—A lo mejor está escondido en algún garaje —opinó Pam.

—Esté donde esté —dijo Marielle, en tono animado—, vuestro «cariole» volverá a aparecer por las calles en un momento u otro y la policía lo descubrirá.

Poco antes de la hora de cenar, la «duquesa» dejó a Pete y a Pam en el hotel y se marchó, diciendo que se pondría en contacto con ellos al día siguiente.

—Y no os olvidéis de la carrera de canoas —dijo, al despedirse.

A la mañana siguiente la abuela estuvo comentando que le parecía increíble que hubiera transcurrido una semana desde que salieran de Shoreham hacia Quebec.

—Han «sucidido» tantas cosas, que parece un año entero, ¿verdad? —dijo, risueña, la pequeñita Sue.

Después de ir a la iglesia, los niños empezaron a sentirse a cada momento más nerviosos, pensando en que se aproximaba la hora del concurso de canoas. Las sólidas embarcaciones ribereñas se habían concentrado en la helada superficie de la dársena de la Princesa Louise, que era el punto de partida para la carrera. Los abuelos llevaron a los niños en el sedán hasta el lugar en que se encontraban los Tremblay y Víctor.

—¿Estáis preparados? —inquirió gravemente, Sue.

—Sí, guapa —contestó Jean-Marc, riendo.

Víctor sugirió:

—¿Por qué no presencias la carrera desde el Vapor?

Víctor explicó que la enorme embarcación tomaba cientos de viajeros y se situaba en el St. Lawrence, fuera del camino de las canoas.

—¿Por qué no lo hacemos? —preguntó Pete—. Así veríamos todo el tiempo la canoa de los Tremblay.

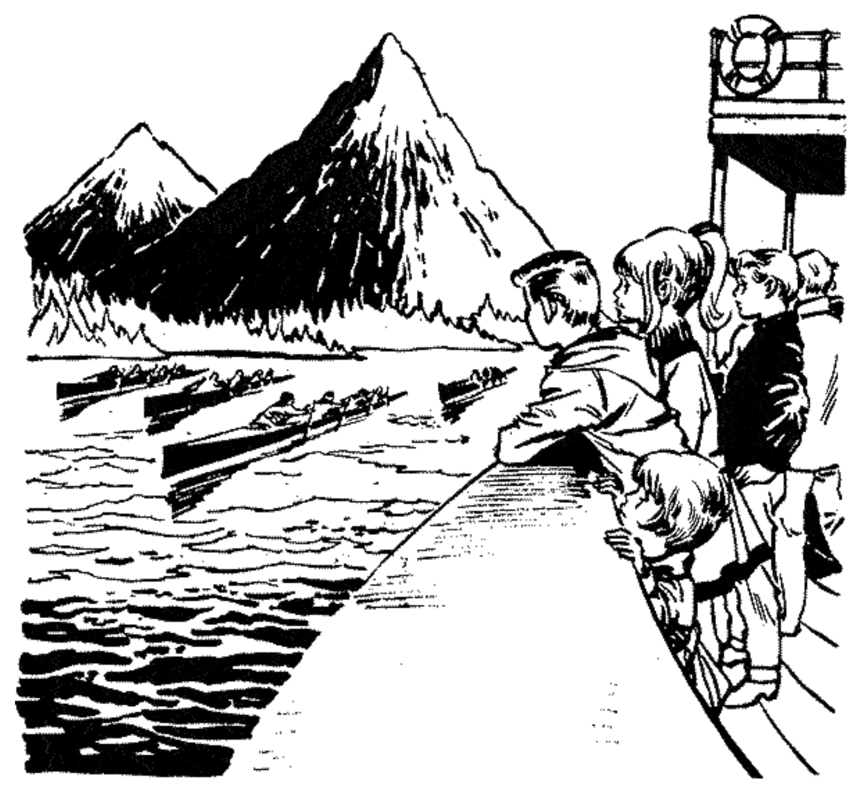
No había tiempo que perder, ya que el vapor emprendería la marcha dentro de poco rato. El abuelo llevó a la familia y a Víctor en el coche, colina abajo, hasta la parte baja de la población, en donde aparcó el vehículo. Después de comprar los pases, todos

entraron en el vapor. Sonó la sirena y la embarcación se puso en movimiento entre los enormes témpanos del río. Al llegar al centro de la corriente el vapor se detuvo y quedó flotando, siendo impelido suavemente corriente abajo.

—Miren allí —dijo Víctor, señalando la dársena Princesa Louise —. La carrera está a punto de empezar.

Los Hollister pudieron ver nueve canoas, con sus tripulantes al lado, que esperaban oír el disparo que daba iniciación al concurso. Los ecos de un disparo surcaron las aguas. Los participantes empujaron sus embarcaciones sobre el hielo, hasta las aguas del St. Lawrence. ¡La carrera había empezado!

—¡Daos prisa! ¡Daos prisa, Tremblay! —gritó Ricky, sin poder dominar los nervios.



Todas las canoas se hallaban ahora en plena corriente y los remeros tenían que hacer grandes esfuerzos para avanzar corriente arriba, manteniéndose paralelos a la orilla. En el muelle de la Reina

las embarcaciones cruzaron el río en diagonal, hacia el tramo final, en la orilla de Levis. Los espectadores daban gritos de aliento, unos a un grupo de participantes, otros a otro. Mientras tanto, los concursantes remaban furiosamente, avanzando entre los flotantes témpanos.

—¡Nosotros vamos delante! —gritó, con entusiasmo, Pam.

Los amigos de los Hollister llevaban a los demás una pequeña ventaja. Todos remaban rítmicamente en las frías aguas. Pero súbitamente, Víctor masculló una palabra de desaliento. Un enorme témpano de hielo que giraba veloz, en la corriente, bloqueaba el camino de los Tremblay.

—¡Van a chocar con el hielo! —se alarmó Holly—. ¡Oh, mirad!

Efectivamente, la canoa chocó con el enorme bloque de hielo, pero uno de los hermanos saltó en seguida fuera de la embarcación. Le siguió otro de los hermanos y entre los dos empujaron la canoa hasta situarla sobre el témpano. Todos los Tremblay se encontraban ahora sobre el bloque de hielo, empujando y arrastrando la embarcación hacia el otro extremo del témpano, para situarla en el agua otra vez.

Con una habilidad sorprendente, los hombres volvieron a saltar a la embarcación, que ya habían llevado al agua. Pero, por desgracia, se habían quedado en segundo lugar y remaban furiosamente, deseosos de avanzar a los que ahora llevaban la delantera.

Ahora las canoas formaban una hilera que cruzaba el río de una orilla a otra. Una de las embarcaciones tuvo mala suerte, quedó bloqueada por varios témpanos y se vio empujada corriente abajo.

Los Tremblay, entre tanto, luchaban por colocarse en cabeza de la hilera y, poco a poco, iban aproximándose a la primera canoa. Por unos momentos, la embarcación encontró obstruido el paso por uno de los abundantes témpanos y los Tremblay aprovecharon la ocasión para adelantarse por un estrecho canal que acababa de formarse en el flotante hielo. Los cinco hermanos llevaban ahora una Ventaja de media longitud de su embarcación.

—¡Adelante! ¡Adelante! —gritó Pete, entre la barahúnda provocada por los demás espectadores, amontonados en la borda del vapor.

Los Tremblay fueron los primeros en llegar al helado embarcadero de Levis. El último tramo tuvieron que recorrerlo cargándose la canoa sobre sus espaldas.

Viendo la victoria de sus primos, Víctor tarareó una alegre tonadilla francesa y movió los pies, con ganas de ponerse a bailar.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos conseguido! —gritó, emocionadísimo—. Y no habríamos ganado, de no ser por los Felices Hollister.

Los espectadores estuvieron mirando cómo, una tras otra, las canoas iban llegando al muelle de Levis. La banda de música interpretaba melodías alegres. Sonaron fuertes aplausos cuando los triunfadores cruzaron la pasarela y entraron en el vapor, para efectuar en él el viaje de regreso.

Transcurrieron casi diez minutos, antes de que los Tremblay dejasen de recibir abrazos y apretones de manos de la entusiasmada multitud. Por fin, los cinco hermanos pudieron llegar a donde les esperaban los Hollister.

—¡Qué orgullosos estamos de ustedes! —dijo Pam, mientras toda su familia felicitaba a los ganadores de la carrera.

—No podíamos defraudar a nuestros pequeños amigos —contestó Jean-Marc, sonriente, agachándose a tomar a Sue para sentarla sobre sus hombros y subir con ella a la cubierta superior.

Los demás le siguieron y, durante la travesía hacia Quebec, Pete puso a los Tremblay al corriente de la persecución del «cariole».

—Ya lo estábamos alcanzando, pero, en el último momento, desapareció —concluyó el muchacho.

—¿Pudisteis ver bien al conductor? —preguntó Víctor.

—Yo sí —afirmó Holly.

—¿Le reconocerías, si volvieras a verle?

—Claro.

El vapor iba abriéndose camino entre el flotante hielo. Ya sólo faltaban cien metros para llegar a Quebec cuando Holly, que se distraía inspeccionando a los pasajeros de abajo, gritó, de repente:

—¡Le veo! ¡Le estoy viendo!

La pequeña señalaba a un hombre que se abría paso entre los pasajeros, para llegar el primero a la pasarela.

—¡Ahí está el hombre que nos quitó nuestro «cariole»! —siguió

diciendo Holly, a gritos.

—¡Vamos! ¡Hay que alcanzarle! —decidió Pete.

Pero bajar las escaleras y alcanzarle entre tanta multitud no era cosa fácil. Cuando los Hollister alcanzaron la cubierta inferior, el vapor había llegado al muelle y ya estaba tendida la pasarela.

—¡Rápido! ¡Rápido! —apremiaba Holly, nerviosísima—. Hay que atraparle.

Sin embargo, a pesar de lo mucho que se esforzaron los Hollister por alcanzarle, el hombre llegó, a empellones, a la pasarela y desembarcó. Viéndolo, Víctor dijo a los niños:

—No os preocupéis. A nosotros no se nos escapará.

Pete corría detrás de los Tremblay cuando éstos salieron a la calle inmediata al embarcadero.

—¡Por ahí va! —anunció el chico, a voces.



El hombre iba por la acera, con andares despreocupados.

—¡Deténgase! ¡Deténgase! —le gritó Pete.

Y Paul Tremblay añadió:

—Arrétez-vous, arrétez-vous!

Al oír aquello, el hombre miró a su alrededor. Pete se apresuró a sujetarle por un brazo y Paul por el otro. En el rostro del hombre se pintó una infinita sorpresa.

—¿Qué quieren? —preguntó en francés.



Los Tremblay le explicaron rápidamente lo que sospechaban.

—¡Pero yo no soy ningún ladrón! —protestó el hombre, al enterarse.

—Entonces, ¿por qué usa el «cariole» de los Hollister? —preguntó Víctor.

Los cinco niños observaban, mientras los hombres intercambiaron en francés rápidas frases, incomprensibles para ellos.

—¡Ah! —exclamó, finalmente, Víctor—. Eso lo explica todo.

Víctor dijo a los niños que el hombre al que acababan de detener era el guarda del almacén del ferrocarril. Había estado admirando el «cariole» y, el día anterior, se le ocurrió sacarlo para probarlo.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Pete.

—En el garaje del almacén. Iremos allí inmediatamente.

Como el almacén no quedaba demasiado lejos, todos fueron a

pie. El guarda sacó una llave y abrió la puerta. ¡Allí estaba, por fin, el «cariole»!

—¿Os gusta? —preguntó Víctor, que sabía perfectamente cuál iba a ser la respuesta.

—¡Nos gusta! ¡Nos gusta! —afirmó Pam.

—¡Es un gran trabajo, Víctor! —declaró Pete, muy serio.

Los cinco hermanos subieron al «cariole», mientras sus abuelos y los Tremblay les observaban, sonriendo aprobadoramente.

Sonaron exclamaciones de alegría, mientras todos los niños corrían a tocar el bonito trineo.

El guarda volvió a hablar en francés y Víctor tradujo a los Hollister lo que el hombre decía:

—Quiere obsequiaros de alguna manera y os alquilará un caballo para que podáis pasear en el «cariole» hoy.

El guarda se marchó a toda prisa, para volver más tarde con un caballito blanco que enganchó al «cariole».

—¿Crees que podrás conducir tú solo, Pete? —preguntó Víctor.

—Claro que puedo —repuso Pete.

Con frecuencia había conducido Pete a «Domingo», tirando de su carreta, y se sentía capaz de gobernar un caballo que tirase del trineo, aunque fuese cargado de pasajeros.

—Ahora nosotros tendremos que irnos a visitar unos parientes que tenemos en Quebec —dijo Víctor.

—Hasta la vista, amigos —dijo Ricky, haciéndose el hombre, cuando los Tremblay se marcharon.

Los abuelos volvieron al muelle para recoger el coche, aparcado allí, después de acordar con los niños que se reunirían en el hotel.

—¡Arre! ¡Arre! —gritó Pete, y el caballo arrancó el «cariole», por las angostas calles de la parte baja de la ciudad.

—¡Hurra! ¡Ya lo tenemos! —vociferaba Ricky, en el colmo de la alegría—. ¡Qué contentos van a ponerse papá y mamá!

Mientras conducía al caballo por una cuneta, Pete efectuó un giro hacia la izquierda. Lo hizo bien, pero con demasiada rapidez. La parte izquierda del trineo ascendió a un banco de nieve y el vehículo osciló peligrosamente.

—¡Sujetaos! —gritó Pam a sus hermanos.

Pero la repentina y fuerte sacudida había tomado a todos por

sorpresa. Los cinco Felices Hollister se vieron lanzados a la calle cubierta de nieve.

«ALOUETTE, ALOUETTE»



Formando un verdadero revoltijo de brazos y piernas, aterrizaron los niños en plena calle. Pete y Pam fueron los primeros en levantarse. Todavía aturdidos por el golpe, ayudaron a ponerse en pie a Ricky, Holly y Sue. La rubita Sue lloraba con desconsuelo.

—¡Dios mío! —se lamentó Pam, asustada, mientras sacudía la nieve del abrigo de la pequeña—. ¿Dónde te has hecho daño, guapa?

—No me he «hacido» daño —declaró la pequeña, sin que por ello cesasen de brotar lágrimas de sus ojos.

—Entonces, ¿por qué lloras? —preguntó Pete.

—Porque se ha «rompido» nuestro «cariole». ¡Tan bonito como era!

—No. No se ha roto —aseguró Ricky—. Mirad allí.

El caballo había recorrido unos pasos y acabó deteniéndose en un trecho llano. El trineo estaba intacto.

Al ver aquello, Sue decidió echarse a reír.

—¡Huy! ¡Qué rara estás riéndote y con los ojos llenos de lágrimas! —comentó Holly.

—Creí que el trineo había resbalado por la cuesta y estaba hecho

trocitos, allí abajo —explicó Sue—. Pero está entero. ¡Qué bien!

Ninguno de los hermanos había sufrido más daño que la impresión de la caída, de modo que todos volvieron a colocarse en el trineo, Pete empujó las riendas y pronto estuvieron en el hotel. Holly fue la primera en cruzar la puerta.

—¡Mamá! ¡Papá! —exclamó, al ver al señor y la señora Hollister, que estaban en el mostrador de recepción.

Los otros cuatro corrieron también para abrazar a sus padres.

—¡Qué alegría nos da veros!

—¡Ya está resuelto el misterio!

—¡Hemos encontrado el «cariole»!

—¡Y a Gabriel!



Cuando todos se hubieron calmado un poco, Pam preguntó:

—¿Habéis encontrado a «Domingo»?

—Sí —dijo la señora Hollister, feliz de poder dar aquella noticia a sus hijos.

—¡Cuéntanos qué ocurrió! —pidió Pete.

En ese momento salían del ascensor los abuelos Hollister, que corrieron a saludar a los recién llegados. Luego, todos guardaron silencio, mientras la señora Hollister explicaba que dos obreros temporeros, que estaban viviendo en una cabaña de los bosques próximos a Shoreham, se habían llevado a «Domingo».

—¿Quieres decir que ellos lo robaron? —preguntó Pete.

—No fue eso, exactamente —contestó entonces la madre.

Y siguió explicando que, cuando por fin encontró el burro, el oficial Cal interrogó a los dos hombres. Al parecer, Joey y Will les habían dicho que los Hollister deseaban que alguien se hiciese cargo de su burro, mientras estaban de viaje. Viendo que, haciéndose cargo de «Domingo» durante unos días, podían ganar dinero utilizando el burro para dar paseos a los niños de la población, los dos hombres acudieron al garaje y se llevaron el burro.

—De modo que Joey y Will eran los culpables… —dijo Pam, indignada.

—Los muchachos nos han pedido disculpas —dijo, conciliador, el señor Hollister—, y ahora «Domingo» ya está en su establo.

Todos tomaron el ascensor y subieron al compartimiento de los Hollister, donde los niños contaron a sus padres todos los detalles de la emocionante semana pasada en el Canadá.

—El desfile es mañana por la noche —dijo Pete—. ¿Podremos quedamos a verlo, mamá, por favor?

Se acordó que la familia se quedaría a presenciar el acontecimiento más importante de aquel Carnaval de Invierno.

El resto del domingo y parte del día siguiente lo pasó la familia visitando la capital. Marielle no fue a verles al hotel hasta media tarde. Los niños le contaron, en seguida, cómo habían encontrado al fin, el «cariole».

—¡Cuánto me alegro! —dijo la joven—. Yo venía a deciros un gran secreto.

—¿Vamos a tener otra aventura? —quiso saber Ricky.

—Puede decirse que sí —sonrió Marielle—. ¿Os gustaría pasear en una carroza, esta noche?

—¿En el gran desfile? —preguntó Pam, sintiéndose ya ilusionada.

—Sí —contestó Marielle—. Varios miembros de la junta del desfile, que vieron a los Hollister con los trajes de época, en el Coliseum, os invitan a pasear en la carroza de la *Alouette*. ¿No os parece esto magnífico?

—¡Estupendo! —exclamó Pete—. Pero yo creí que *Alouette* era una canción; una graciosa canción francesa.

La «duquesa» contestó que, efectivamente, era una canción.

Todas las carrozas que participasen en el desfile de aquella noche tendrían relación con canciones francesas.

La *Alouette*, o alondra, sería una de ellas, convertida en figura gigantesca.

—Pero temo que a la pobre alondra le queden muy pocas plumas, porque se las arrancaron —dijo la joven, riendo y haciendo alusión a la letra de aquella canción.

Al oír aquello, también la abuela se echó a reír y cantó:

Alouette, gentille alouette,
Alouette, je t'y plumerai.

—Muy bien —aplaudió Marielle—. Como usted sabe la letra, todos podrán cantarla esta noche, durante el desfile.

Después de cenar, los niños Hollister se pusieron gruesas prendas interiores, debajo de los trajes de época. Marielle fue a buscarles y les mostró la larga fila de carrozas y las personas que iban en ellas.

Detrás de todas iba la reina, con una capa de armiño, corona y cetro.

—¡Oh, qué guapa es y qué elegantísima está! —se admiró Pam.

Los Hollister fueron a ocupar sus puestos en una de las carrozas. Pronto empezó el desfile, mientras tocaba la banda de música, bailaban los payasos y los rechonchos *Bonhommes* Carnaval saltaban alegremente entre las carrozas. Los que desfilaban llevaban antorchas encendidas que iluminaban las calles, dando un aspecto misterioso a la alegre escena. Las aceras estaban invadidas por miles de gentes, que agitaban las manos y que cantaban, rebosando alegría.

Los padres y abuelos de los Felices Hollister permanecieron a la puerta del hotel, mientras pasaba el desfile. ¡Cómo se divirtieron, viendo la carroza en la que se representaba *Sur le Pont d'Avignon!* El puente estaba colocado en alto y los bailarines saltaban una y otra vez por encima. Después apareció la carroza de *Bonbons, Caramels, Chocolat*. Allí aparecía un esquimal, comiendo caramelos y helados.

La abuela y la señora Hollister aplaudieron con entusiasmo a la nueva carroza. Allí todos cantaban *Marie-Anne s'en va-t-au Moulin*,

es decir: «Mary Ana se va al molino». En la carroza iba Mary Ana con su asno, y un lobo les observaba a poca distancia.

Siguiendo a esta carroza iba *La Cañe du Cañada*: «El Pato del Canadá». En ella iban un pato gigante y otros más pequeñitos, tocando instrumentos musicales y cantando. La carroza que iba detrás hizo estallar en carcajadas a todo el mundo. En una huerta aparecía una col descomunal, entre cuyas hojas asomaban la cabeza varios gusanitos. Era la representación de la canción *Savez-vous planter des choux?*, que quiere decir: «¿Sabe usted cómo plantar coles?».

Detrás iba otra banda de música y después la carroza de la *Alouette*. Inmediatamente, la gente empezó a cantar. La gigantesca alondra, sin más plumas que unas poquitas en la cola, aparecía recién desplumada. Cuando la carroza pasó ante los señores Hollister, el diablillo de Ricky arrancó las pocas plumas que le quedaban a la pobre *Alouette* y todo el mundo aplaudió alegremente.

Era en conjunto un espectáculo bellísimo.

—¿Verdad que éste es el desfile más maravilloso que hemos visto? —cuchicheó Pam a Pete, mientras los dos miraban atrás.

Detrás de ellos desfilaban las «duquesas», en carrozas con forma de caballo. Pam saludó con la mano a Marielle, que era la primera de las damas de honor. Marielle respondió sacudiendo la mano y enviándole un beso.

Una tras otra fueron pasando las «duquesas». Por último apareció la reina, sonriendo y saludando a toda la gente que se esforzaba por acercarse, deseando ver bien a la belleza de Quebec.

El carnaval concluyó con el canto, entonado por cientos de bocas, que decía:

Carnaval, Mardi Gras, Carnaval,
A Quebec c’est tout un festival.
Carnaval, Mardi Gras, Carnaval,
Chantons tous le joyeux Carnaval.
Carnaval, Mardi Gras, Carnaval,
A Quebec c’est tout un festival.

Cuando los Felices Hollister bajaban de la carroza, seis hombres robustos acudieron a saludarles. Eran Víctor Tremblay y sus cinco primos. Cada uno de los poderosos remeros sentó a uno de los niños Hollister sobre sus anchos hombros. Y, mientras caminaban en dirección al hotel, los alegres hermanos Tremblay entonaron la estrofa *Alouette, alouette*.

Y la multitud les respondió:

Je t'y plumerai.